

trataron de convenirse, sujetándose á la deliberacion del rey de Inglaterra; y aun cuando algunas proposiciones no eran del gusto de las partes, el bien de la paz superó todos los obstáculos y se concluyeron felizmente las negociaciones. Murió don Alonso en 5 de abril de 1196, nombrando por sucesor á su hijo primogénito don Pedro, bajo la tutela de su esposa doña Sancha, hija de don Alonso VII de Castilla.

PEDRO II. Siguiendo el espíritu religioso de aquellos tiempos, quiso recibir don Pedro la corona por mano del pontífice Inocencio III, y en prueba de su reconocimiento depuso sobre el altar el cetro y la diadema, haciendo su reino feudatario de la silla Apostólica. El papa por este acto de sumision le distinguió con el renombre de *Católico*, que transmitió á sus sucesores; pero el feudo y censo que anualmente se obligó á satisfacer fue solo durante su vida, á causa de las turbulencias y protestas de los aragoneses que por esto sobrevinieron. Tomó parte don Pedro en la guerra que hubo en Francia contra los albigenses, favoreciendo con sus caudales y persona al

conde de Tolosa pariente suyo, y uno de los primeros gefes de la secta; mas pereció el rey en la batalla ganada por los cruzados en las márgenes del Garona el 13 de setiembre de 1213, á los diez y siete años de reinado. Algunos dias antes habia solicitado separarse de la reina, en razon de haber estado casada anteriormente con el conde de Cominges que aun vivia. La reina pasó á Roma para defender su causa, y aunque la sentencia la fue favorable sirvió solamente para declarar hijo lejítimo al príncipe heredero don Jaime.

JAYME I, el Conquistador. Don Jayme solo tenia cinco años cuando heredó el trono, y de consiguiente no faltaron competidores para obtener la rejencia y el gobierno. Desde luego su tio don Fernando abad de Montaragon, y don Sancho conde de Rosellon, y tio del rey difunto, pretendieron separadamente encargarse del reino, suponiendo ilejítima la procedencia de don Jayme, cuya causa sostenian con teson, mientras que el príncipe, por disposicion del papa, permanecia aun en poder de Simon de Monfort, gefe de la cruzada contra los albigenses, desde

que acaecieron las desavenencias de sus padres, é ínterin se deliberaba en el consistorio romano sobre el asunto. No obstante la mayor parte de la nacion proclamó al príncipe, y pidió al papa mandase entregarle á fin de evitar una guerra civil; y á pesar de que Simon se opuso en algun modo, cedió al fin al decreto espedido en el concilio provincial celebrado en Mompeller, y á las conmi-naciones del papa. El príncipe les fue pues restituido y conducido al fuerte de Monzon, confiando su custodia y educa-cion á don Guillermo de Monredó, mien-tras sus ambiciosos tios disputaban sus derechos acerca del gobierno del reino.

Logró al fin el conde de Rosellon apoderarse del mando; mas disgustados los pueblos de sus disposiciones, deter-minaron traer á su jóven príncipe á Za-ragoza para entregarle las riendas del gobierno, aunque solo tenia diez años. Quiso el conde malograr este proyecto apoderándose del rey, y al efecto, con suficiente número de tropas, sorprendió en el camino á los que le conducian; pe-ro temiendo las resultas contemporizó.

El jóven monarca á fin de propor-

cionarse un apoyo contra sus ambiciosos rivales, y á persuasión de sus consejeros, se casó con doña Leonor, hija de don Alonso VIII de Castilla; pero no faltaron revoltosos que de acuerdo con el infante monge don Fernando se apoderasen de don Jaime, teniéndole como prisionero en su mismo palacio; si bien logró fugarse con el favor de Monredó, refugiándose en el castillo de Horta perteneciente á los Templarios. La muerte de uno de los principales caballeros rebeldes, la cual se atribuyó á disposicion del rey, fue causa de que muchos pueblos, escepto Calatayud, abrazasen el partido de su tio; pero don Jayme con su amable carácter y gran indulgencia sofocó la sedicion, y acojiéndose todos á ella, sin esceptuarse su propio tio, se restableció totalmente la tranquilidad.

Terminadas las disensiones intestinas dió principio don Jayme á sus espediciones militares por la conquista de Mallorca: esta isla se hallaba en poder de los mahometanos desde que se hicieron dueños de España, y florecia tanto bajo su dominio, así como las demas Baleares, que en 1229 tenia disposicion de pre-

sentar un número de combatientes superior quizá á los habitantes que la ocupan en el dia. Una fanfarronada imprudente atrajo al príncipe que la gobernaba entonces la enemistad de don Jayme, perdiendo por ella el trono, pues desembarcando en su isla el monarca aragones le hizo prisionero; sin embargo le trató con mucha generosidad. En el espacio de tres años se hizo dueño don Jayme de las demas Baleares, dejando á los moros imposibilitados de continuar sus piraterías, y privados de esta escala para comunicarse con Murcia y Valencia. La estension y riqueza de este último reino no podia menos de llamar la atencion de don Jayme; y en efecto desde luego formó el proyecto de engrandecer su poder con la adquisicion de aquella poblacion, atendiendo á que nunca era mas fácil conseguirlo que poseyendo las Baleares. Convidó pues para la empresa á todos los guerreros de Europa que quisiesen concurrir voluntariamente, y aumentadas bastante sus fuerzas por este medio, y apoderado por otra parte de Burriana, Peñíscola, Puig, Denia y otras fortalezas de primer orden, marchó con-

tra Valencia, la cual á pesar de la heroica y obstinada resistencia que hicieron sus habitantes se le rindió en 1238, siguiéndose á esta victoria la sumision de todos los pueblos, de tal manera que tuvo la complacencia de unir á su corona las de Valencia y Murcia.

Disgustado don Sancho el *Fuerte*, rey de Navarra, con su sobrino Teobaldo conde de Champaña, adoptó por su heredero á don Jaime de Aragon, y este no quiso manifestar menos su generosidad haciendo lo mismo con don Sancho, á pesar de ser sumamente ridículo que el adoptante fuese un jóven de veinte y tres años, y el adoptado un anciano de setenta y ocho; mas sin embargo falleció don Sancho y fue colocado en el trono Teobaldo.

Tuvo don Jayme un hijo de la princesa de Castilla, llamado don Alonso; pero disgustado de su esposa halló fácilmente un pretesto para la separacion en su parentesco en tercer grado y fue anulado el matrimonio, si bien á don Alonso se le reconoció por lejítimo. Pasó don Jayme á segundas nupcias con doña Violante, princesa de Ungría, teniendo de

ella un hijo llamado don Pedro, á quien declaró heredero con don Alonso, hijo de la castellana. Esta division no podia menos de traer fatales consecuencias, pues asignaba á don Pedro el condado de Barcelona con una alteracion de límites que no convenia á catalanes ni aragoneses. Sumamente perjudicado el príncipe don Alonso con esta desmembracion del reino, creyó debia oponerse á ella, y al momento se unió á su favor la mayor parte de la nobleza aragonesa; pero aunque no solamente se separó el príncipe del rey, sino que contrajo alianza con Castilla, no llegó el caso de recurrir á las armas, si bien no cesaron las diferencias hasta la muerte de don Alonso. Gustaba don Jayme al parecer de hacer particiones, y por lo tanto subdividió sus estados entre tres hijos que ya tenia de doña Violante, asignando al mayor don Pedro, Aragon, Cataluña y Valencia; á don Jayme las islas Baleares, y á don Fernando todos los estados que tenia en Francia.

Quando debia gozar don Jayme del fruto de sus gloriosas victorias, y se hallaba en el último período de su vida, se

vió precisado á recurrir á las armas para contener una nueva insurreccion de los moros. Se habian espatriado muchos de resultas de la toma de Valencia; pero quedaron no obstante los suficientes para hacer temer una conspiracion, y conociéndolo don Jayme decretó su expulsion, por la cual salieron del reino sobre cien mil: mas aun los que quedaron para las labores del campo, preválidos de la ancianidad del rey, solicitaron la proteccion de los granadinos y berberiscos á fin de recobrar su libertad, y formaron un buen ejército con el que intentaron apoderarse de algunas fortalezas. Marchó don Jayme contra ellos; pero una grave enfermedad que le acometió en Alcira le obligó á detenerse: allí se arrepintió públicamente de todos sus defectos, vistió el hábito del Cister, haciendo profesion de retirarse al monasterio de Poblet si recobraba la salud, y logrando llegar á Valencia, falleció en 27 de julio de 1276, dejando por sucesor á su hijo don Pedro.

PEDRO III. Este monarca continuó la expedicion contra los moros, y los batió tan completamente, que abandonan-

do casi todos sus hogares se refugiaron en Granada. Con esta victoria aseguró sobre su cabeza la diadema, mas despues faltó poco para que la perdiese por sostener los derechos de su esposa Constanza al trono de Nápoles y de Sicilia. Era esta hija de Manfredo, bastardo del emperador Federico II y conde de Tarento, el cual siendo tutor de Conradino, hijo de su hermano Conrado, despues de envenenar á este, hizo creer habia muerto su sobrino y pupilo á fin de apropiarse los estados de Nápoles y Sicilia que le pertenecian. Reputaba la corte de Roma estos reinos como feudo de la Iglesia, desde la donacion hecha por Pipino, rey de Francia, con el objeto de desposeer de ellos á la familia de Federico, de quien tantas ofensas habia recibido. A este fin ofreció el cetro al rey de Inglaterra; pero este no le admitió juzgando arriesgado despojar de él al que lo poseia; y temeroso Manfredo de que los gloriosos hechos de don Jayme de Aragon llamasen la atencion del papa, y solicitase su proteccion para llevar á efecto sus miras, trató inmediatamente de contraer alian-

za con él, ofreciendo la mano de su hija Constanza á su hijo primojénito don Pedro, cuyo enlace y coalicion no pudo impedir la corte romana á pesar de los muchos esfuerzos que hizo al efecto.

Clemente IV, que ocupaba á la sazón el trono Pontificio, hizo á san Luis, rey de Francia, iguales proposiciones que habia hecho al de Inglaterra, siempre que espeliese de Sicilia al usurpador Manfredo; pero llamaba mas su atencion la armada que iba á enviar á la conquista de Tierra Santa, y se desentendió tambien de tomar parte en este negocio. Por último, admitió la oferta Carlos de Anjou, su hermano; y coronado en Roma por el mismo pontífice, se puso en marcha inmediatamente contra Manfredo: le avistó en las inmediaciones de Benevento, y atacándole con denuedo perdió Manfredo en el combate la corona y la vida, quedando el vencedor dueño de todos sus estados.

Parecia regular que don Jayme hubiese favorecido á su consuegro contra su rival, mediante al interes que tenia de que la corona de aquel, recayendo despues en su nuera Constanza, se radi-

case luego en su descendencia ; pero permaneció neutral, y acaso hubiera seguido su ejemplo su hijo don Pedro, aunque todavía mas interesado, si los sicilianos no le hubiesen llamado vivamente en su socorro, ofreciéndole cuantos recursos necesitase para la empresa, con tal que les restituyese la libertad de que se veian privados, recobrando el trono que pertenecia indudablemente á su esposa.

En efecto, preparó una fuerte armada, la cual salió secretamente de Tortosa; y contando ya los sicilianos con este apoyo, sacrificaron impunemente en un dia y á una misma hora cuantos franceses ocupaban la isla, escepto su gobernador Guillermo de Porcelet, sin duda por el buen comportamiento que habia tenido, aclamando en seguida por su rey á don Pedro; y este hecho es justamente el que se conoce con el título de *Visperas Sicilianas*, ocurrido en 1282.

No podia mirar con indiferencia este agravio Carlos de Anjou; y habiéndole proporcionado el pontífice Martino IV un respetable ejército, hubiera conseguido vengarse á no haber llegado

en socorro de la isla la escuadra aragonesa, la cual le infundió tal temor que se retiró con no poca precipitación á Calabria. Por último, aceptaron los dos reyes un combate cuerpo á cuerpo en la ciudad de Burdeos para terminar las diferencias; pero Carlos tenía el doble designio de acometer la isla tan luego como saliese de ella don Pedro: mas este la dejó en buen estado de defensa antes de partir al desafío, el cual no llegó á verificarse por prohibirlo el papa; si bien don Pedro permaneció en el campo todo el día prefijado, aguardando á su competidor, y acompañado solamente de tres caballeros, dejando las armas antes de retirarse en manos del senescal, en prueba de su exactitud, conociendo así mismo la poca seguridad en que se hallaba por no estar el campo asegurado. Interin estas desavenencias, y á instancias del papa, fue invadido el Aragon por el rey de Francia, llevando por do quiera que marchaba el terror y la desolacion, retirandose despues de haber satisfecho yilmente su venganza en unos pueblos indefensos. Por otra parte el pontífice no solo eximió á estos de la obediencia

que debian á su monarca, condenándole á la pérdida de sus reinos, sino que los concedió al príncipe cristiano que los conquistase, y por último declaró señor de ellos á Carlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia, aunque con cierta dependencia de la corte de Roma.

Hizo don Pedro su competente apelacion contra tan injusta sentencia; pero al mismo tiempo no descuidó los aprestos militares para rechazar los ataques que preveia y que muy luego sucedieron. En efecto, invadido el Rosellon por cien mil combatientes, y no habiéndose opuesto don Jayme, rey de Mallorca, que poseia las plazas mas fuertes, se hizo dueño de aquel condado, atravesó los Pirineos, apoderóse del Ampurdan; y no pudiendo Gerona resistir al considerable número de sus sitiadores, hubo de rendirse despues de acreditar bien su valor la guarnicion que la defendia: mas en medio de estos progresos la escuadra francesa, situada desde Coliubre hasta Guijols, fue deshecha por una catalana, procedente de Barcelona, en la embocadura del Ter, pues de veinte y cuatro naves de que se componia, apresó quin-

ce, y puso en desordenada fuga las restantes; al mismo tiempo, y en el cabo de san Feliu, consiguió don Pedro otra victoria, en la cual perdió el rey de Francia cuatro mil hombres, trece galeas y la caja militar; finalmente, una enfermedad contagiosa que sobrevino entre las tropas francesas de tierra obligó á su monarca á regresar precipitadamente á su país; pero aun no pudo lograr salvar el poco ejército que le quedaba, pues alcanzándole el aragones en la retirada, acabó de destruirle.

A poco tiempo falleció don Pedro en Villafranca de Panadés á 8 de noviembre de 1285, cuando premeditaba vengarse del indecoroso proceder de don Jayme, apoderándose de las Baleares; pero recomendó esta expedición á su primojénito don Alonso, y dejó afianzado en el trono de Sicilia á su hijo segundo don Jayme, por haber muerto su competidor y hecho prisionero á su hijo Carlos de Salerno, que renunció en favor suyo cuantos derechos le pertenecian.

ALONSO III. Este monarca protestó en el acto de su coronacion, que no debía á la Iglesia el cetro que empuñaba,

ni tampoco lo recibia en su perjuicio; y asimismo que esta augusta ceremonia podria verificarse en cualquier otro lugar que no fuese sagrado. Semejante resolucion le atrajo la enemistad del pontífice, el cual se negó abiertamente á admitir las proposiciones de paz que le hizo don Alonso; y aunque éste por mediacion del rey de Inglaterra puso en libertad á Carlos de Salerno, á fin de reconciliarse con la silla Apostólica, si bien quedándose con sus hijos en rehenes, y exijiendo que Roma, Francia y Carlos de Valois no hostilizasen en tres años el Aragon y Sicilia, ó en caso contrario se pusiese otra vez á su disposicion el prisionero; no obstante, no pudo lograr el rey de Francia que su hermano renunciase sus miras á la corona de Aragon; antes faltando este al derecho de gentes, arrestó en Navarra á unos embajadores que aquel enviaba al pontífice, y este por su parte coronó en Rieti á Carlos de Salerno por rey de Sicilia, absolviéndole del cumplimiento del tratado sin atender á las condiciones con que habia recobrado su libertad.

Finalizada la tregua, y conociendo

el aragones lo infructuosos que eran ya los medios pacíficos, como asimismo que el rey de Inglaterra alegaba varias escusas para cesar en el empeño que habia contraido de mediador, limitándose á instar inútilmente á Carlos para que diese satisfaccion de su persona, hizo grandes aprestos militares para sostener sus derechos; pero últimamente cedió el papa, y cometió el examen de la competencia de las naciones beligerantes á dos cardenales legados de Francia, los cuales á presencia y con acuerdo de otros embajadores aragoneses y franceses acordaron un tratado de paz, dirigido principalmente á afianzar al pontífice el dominio de Sicilia, desposeyendo de él á los descendientes de Manfredo; y tuvo don Alonso la debilidad de firmarlo, abandonando los intereses de su madre y hermana, sin que haya fundado motivo á que atribuir este injusto procedimiento. Falleció en 18 de junio de 1291, habiendo obtenido el renombre de *Liberal*; dejó por sucesor á su hermano don Jayme.

JAYME II. Se hallaba don Jayme en la actualidad poseedor de la Sicilia; mas

como vacilase aun esta corona sobre su cabeza, á pesar de todos sus esfuerzos por sostenerla, la cedió á su hermano Federico. No obstante, sin saberse ni poderse averiguar el motivo, tan luego como se vió afianzado en el trono de Aragon, protejió las miras del papa sobre el dominio de aquel reino, presentándose en Sicilia con una fuerte escuadra mandada por el célebre Roger de Lauria unido á Carlos de Salerno; mas Federico defendió bizarramente sus estados, y don Jayme tuvo que contentarse con la Córcega y la Cerdeña, cuya posesion le habia concedido el pontífice para cuando las conquistase, lo cual realizó en poco tiempo.

Desde entonces se dedicó exclusivamente á favorecer el comercio marítimo que hacian sus vasallos y consiguió ponerlo floreciente. Su hijo primojénito don Jayme rehusó constantemente el cetro, á pesar de las instancias de su padre, y tomó el hábito de san Juan de Jerusalem; por lo que al fallecimiento de don Jayme, ocurrido en 2 de noviembre de 1327, pasó la corona á don Alonso IV, su hijo menor.

ALONSO IV. A pesar de tener ya entonces sucesor don Alonso en su hijo llamado don Pedro, habido de su primera muger doña Teresa de Entenza, apenas murió ésta, contrajo nuevos esponsales con doña Leonor de Castilla, cuya disposicion causó un descontento jeneral. Se habia obligado con juramento á no enajenar nada del patrimonio real por diez años; mas inmediatamente quebrantó el pacto cediendo á su esposa la ciudad de Huesca y otros pueblos y fortalezas. Opusieronse los estados del reino á esta infraccion; mas don Alfonso trató de persuadirles que no habia sido su voluntad incluir en el estatuto á su mujer é hijos, y por lo tanto apenas dió á luz la reina un niño, cedió á favor del recién nacido varias villas y otras posesiones de considerable valor. Previendo la reina los malos resultados que sobrevendrian por tantas donaciones, propuso al rey exijiese de los ricos-hombres y demas caballeros juramento de mantener al infante en posesion de ellas; mas don Ot de Moncada, uno de los que habian de prestarle, se opuso con teson haciendo ver los perjuicios que de este acto se

seguian á los intereses del príncipe heredero. Sin embargo, fue inútil la resistencia, pues el rey persistió en despojar á un hijo para enriquecer al otro, hasta que todo el reino se declaró abiertamente contra semejantes disposiciones, y los tres Estados manifestaron estar unánimemente resueltos á defender la integridad del patrimonio real. Valencia tomó las armas para rechazar la fuerza con la fuerza; y á pesar de presentarse don Alonso en el consejo, donde se valió de instancias y aun de amenazas para aplacar á los sublevados y llevar adelante sus intenciones, tomó la palabra Guillen de Vinatea, uno de los primeros majistrados, y despues de hacer patente con suma entereza lo contrario que era semejante abuso á las leyes del reino y los perjuicios que traia á la corona, concluyó diciendo: " Los del gobierno de esta ciudad preferimos morir en defensa de las leyes, y nunca prestaremos nuestro consentimiento á tan exorbitantes enajenaciones contra los derechos del príncipe. ¿Qué vigor, qué fuerza, qué autoridad tendrán las leyes, si hoy se establecen y mañana se que-

brantan? Podremos morir, no hay duda; pero tampoco quedará nadie vivo en este palacio, y todos perecerán al furor del pueblo que nos aguarda afuera." Intimidó al rey tan enérgica respuesta, y anuló cuantas donaciones había hecho.

Resintióse vivamente la reina contra los que acreditaron ser afectos al príncipe, y defendían los intereses de la corona; y valiéndose del predominio que gozaba sobre el corazón de su esposo, indujo á este á que desterrase de la corte á unos, juzgase á otros como reos de lesa majestad; citase á algunos para justificarse de los crímenes que se les atribuían, y sacrificase impunemente al que por temeridad se presentó. Por esta persecución se granjeó el aborrecimiento de toda la nación y particularmente del príncipe heredero don Pedro, que como tal era gobernador del reino; mas este disimuló por entonces los agravios que había recibido, contentándose con no confirmar las donaciones hechas á su hermano. Falleció el rey don Alfonso su padre en 24 de enero de 1336.

PEDRO IV. Creyéndose poco segura la reina entre un pueblo que justamente

la odiaba, se puso, en cuanto murió don Alonso, bajo la protección de su hermano el rey de Castilla don Alonso XI, suplicándole defendiese sus derechos y los de sus hijos en Aragon. En efecto, dió éste algunos pasos en su favor; mas el aragones se evadió con una respuesta equívoca, y secuestró cuantas rentas gozaba su madre en Aragon, Valencia y Cataluña. Exasperado el castellano por este desaire, se introdujo á sangre y fuego por el reino de Valencia; pero encontró á don Pedro prevenido, y si no hubiese intervenido el papa hubieran venido inmediatamente á las manos. Acordaron por último nombrar árbitros que decidiesen sobre sus respectivos intereses, resueltos á conformarse con su dictamen; y este se redujo á que se permitiese á la reina viuda doña Leonor la renta vitalicia de los pueblos que la habia cedido su consorte, pero sin jurisdiccion alguna, reservándose á la corona.

Tan luego como vió don Pedro apaciguadas estas desavenencias, formó la ambiciosa idea de arrebatarse la corona de Mallorca á su cuñado don Jayme II, y para justificar en algun modo esta usur-

pacion, le calumnió altamente, formándole una especie de juicio, en el cual se le condenó á perder el trono. El reino de Mallorca se consideraba en cierto modo como feudatario del de Aragon, é igualmente sus monarcas estaban sujetos á cierta dependencia, que si infrinjian eran delinquentes en sumo grado, y sobre ella estableció don Pedro los fundamentos para conseguir su vil é indecoroso proyecto; si bien se cree que don Jayme no dió motivo alguno de queja. Recurrió el mallorquin á las armas para defender sus estados, mas abandonado de los suyos se vió obligado á cederlos á su ambicioso cuñado.

No tardó en alterarse la paz, pues don Pedro, dejándose arrastrar de su jenio caprichoso, bien pronto dió motivo para ello. Escluian las leyes de Aragon á las hembras de suceder en el trono; mas don Pedro, que aun no habia logrado tener sucesion masculina, quiso exceptuar de esta ley á su hija promojénita doña Constanza; y esta arbitrariedad produjo fatales consecuencias.

Resueltos los aragoneses á no consentir la infraccion de ninguno de sus

fueros, y á defenderlos á toda costa, se opusieron inmediatamente; y viendo que no se daba oidos á sus justas reclamaciones formaron una liga que llamaron la *Union*, y tomaron las armas para sostenerlos. Recurrió don Pedro á la fuerza para someter á los sublevados; pero estos se hacian cada dia mas poderosos y temibles, en términos que despues de dos años de una sangrienta guerra tuvo que ceder don Pedro, declarando por sucesor á la corona á su medio hermano don Fernando, hijo de su madrastra doña Leonor, en el caso que falleciese sin hijos varones lejitimos. Otro error cometió don Pedro, tan peligroso como imprudente y trascendental, obstinándose en defender á uno de sus almirantes que violando la neutralidad de un puerto castellano, apresó unos barcos placentinos; pues el resultado de esta temeridad fue una guerra desoladora que duró diez años, cuyo fin y progresos describimos en su lugar correspondiente: mas entre los feos lunares que cubren de perpetua ignominia á este monarca, debe referirse los viles procedimientos con que sacrificó al resentimiento del pueblo á su jeneral,

ministro y favorito don Bernardo de Cabrera, el cual le habia dado pruebas incontestables de fidelidad, y en quien desde los primeros años de su reinado habia depositado toda su confianza; pero esta le granjeó émulos tan poderosos y temibles, que don Pedro sin mas prueba de delito que las que quisieron suponerse á Cabrera, le entregó á un tribunal presidido por su hijo el duque de Gerona, donde sin oírle en juicio fue condenado á muerte, llevándose á efecto la sentencia.

Falleció don Pedro IV en 5 de enero de 1387, dejando dos hijos varones de su tercera esposa doña Leonor de Sicilia, llamados don Juan y don Martin. El renombre que se le dió del *Ceremonioso*, fue orijinado del gusto particular que parece tenia á las grandes asambleas.

JUAN I. Ocupó el trono don Juan como primojénito; pero su reinado no ofrece otro acontecimiento notable sino que habiendo tratado su madrastra la reina doña Sibila de Forcia, cuarta esposa de don Pedro, de refugiarse en Barcelona antes de la muerte del rey, por temor de que don Juan vengase los ultra-

jes que de ella habia recibido, fue detenida y presa en el camino, obligandola á sufrir el tormento á fin de que declarase acerca de los crímenes que se la atribuian de haber dado al nuevo monarca una bebida para hechizarle y alterar su salud, é igualmente de haber estraido de palacio alhajas y otras preciosidades; y por último que de los caballeros que la acompañaban fueron dos degollados, y otros condenados á perpetuo encierro, debiendo la misma reina su libertad á la mediacion del cardenal don Pedro de Luna. Sin embargo, poseia don Juan algunas virtudes, por las cuales era digno del trono; pero por desgracia fue muy corto el período de su vida, que acabó desgraciadamente. Era aficionado á la caza, y habiendose alejado de los que le acompañaban en ocasion de perseguir á una loba, le precipitó su caballo, y cuando acudieron los monteros le encontraron muerto ó espirando.

MARTIN. Aunque don Juan dejó dos hijas de distintas esposas, no le sucedieron; pues, como ya dijimos, se excluia á las hembras de la corona, y por lo

tanto recayó esta en su hermano don Martin, el cual ocupaba entonces el trono de Sicilia por su enlace con doña María, hija y sucesora de don Fadrique, rey de aquella isla. No obstante, el conde de Fox, esposo de doña Juana, primojénita del monarca difunto, tomó el título de rey de Aragon, é introduciéndose por Cataluña se apoderó de varios pueblos y castillos, pues la ausencia de don Martin le proporcionaba ocasion para ello; sin embargo la vijilancia y acertadas disposiciones de su esposa doña María, que afortunadamente se hallaba en Aragon, y el heroismo de sus naturales, rechazaron al invasor en tales términos que tuvo que retirarse inmediatamente á Francia, ^{su} Encargó don Martin el gobierno de Sicilia á su hijo único de igual nombre cuando partió á Aragon; pero falleció el príncipe á poco tiempo, y su padre experimentó igual desastre en 31 de mayo de 1410. Por su muerte se conmovió no solo el reino de Aragon, sino tambien los de Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia, habiendo en todos ellos quien aspirase al trono, creyendo pertenecerle esclusivamente. Mas aunque eran seis los

pretendientes, ninguno tenia mas derecho que el infante don Fernando, por ser el pariente mas inmediato al rey difunto. Sin embargo, don Jayme conde de Urgel y viznieto por agnacion del rey don Alonso IV, habiendo logrado encargarse del gobierno aun en vida de don Martin, si bien con repugnancia de éste, valiése de esta preeminencia para sostener su intento, castigando á los que no le eran afectos; y á pesar de que el reino se opuso á reconocerle, experimentó los horrores de una guerra civil, consecuencia de las diferentes facciones que se formaron entre las poderosas familias de los Urreas, Heredias y Lunas, estendiéndose estos desórdenes hasta Valencia donde las de los Centelles y Villaragut causaron tambien una insurreccion; preservándose solamente de esta calamidad la Cataluña, á causa de haber nombrado un consejo de ministros de suma probidad y prudencia.

Por último, las personas mas respetables del reino de Aragon pudieron con no pocas fatigas persuadir á los competidores que no habia otro medio para restablecer la tranquilidad que someter

el examen y decision de tan grave negocio á una junta compuesta de nueve sujetos de conocida ciencia é imparcialidad, tres por cada reino. En efecto, reunidos los compromisarios en el castillo de Caspe, convocaron á los interesados para que por medio de sus procuradores se presentasen á deducir los fundamentos de su pretension, y despues de tres meses de sesiones declararon pertenecia la corona á don Fernando. Este memorable acontecimiento de haberse decidido en un tribunal de letrados quién habia de ocupar el trono, no tiene ejemplar en la historia; pero seguramente causó tan felices resultados esta deliberacion, que á ella se sometieron todos los que aspiraban á reinar: y aunque el conde de Urjel quiso aun oponerse temerariamente, don Fernando le sitió en la fortaleza de Balaguer, y le obligó á entregarse á discrecion, debiendo la vida á la jenerosidad de su soberano, si bien tuvo que sufrir la pena de prision perpetua, á la cual fue condenado por los Estados del reino. Falleció don Fernando en Igualada en 2 de abril de 1416, á los quatro años de estas ocurrencias.

ALONSO V. No puede negarse que Alonso V tenia su mayor complacencia en las letras y en conferenciar con los sabios, por cuyas circunstancias mereció ser considerado por uno de los mejores hombres de su siglo, guiado por la máxima de que *un principe ignorante no es mas que un asno coronado*, la cual repetia con frecuencia. La reina de Nápoles doña Juana le pidió socorros contra el duque de Anjou, que con el apoyo de la nobleza napolitana intentaba arrebatarla su corona. A este fin ofreció á don Alonso adoptarle por hijo é inmediato sucesor, y éste, á pesar de conocer los gastos y penalidades que ocasiona una guerra y la poca confianza que debia tener del carácter voluble de la reina, remitió tropas en su socorro, con las cuales la libertó de sus enemigos. Mas la reina aunque cumplió su palabra acerca de la adopcion de don Alonso, mudó de parecer apenas se vió libre de las de Anjou y determinó espeler de Nápoles á sus libertadores. No creyéndose sin embargo con bastante poder para llevar á cabo su designio, solicitó secretamente la proteccion del papa; pero no

habiendo podido deshacerse de don Alonso, como pérfidamente lo intentó, anuló su adopción, admitiendo en su lugar al duque de Anjou, íntimo amigo del papa Martino V. No pudo por entonces don Alonso vengar tan vil agravio, á causa de tener que atender á las turbulencias que sobrevinieron en Castilla por su hermano don Henrique; pero calmadas que fueron, volvió con una fuerte armada, y la reina que ya estaba disgustada del de Anjou revocó su adopción, y revalidó aunque secretamente la del aragones. No obstante faltaba aun la aprobacion é investidura del pontífice Eugenio, sucesor de Martino; pero éste, aunque aparentaba estar descontento del de Anjou, y ser afecto á don Alonso á quien habia ofrecido ambas gracias, se unió por último mas íntimamente con aquel. Se ignoran las circunstancias que motivaron esta variacion; porque don Alonso le habia prometido su influencia con el emperador de Alemania, que protejia el concilio de Basilea, el cual trataba de deponerle y nombrar otro papa; pero viendo el aragones que habia faltado á su palabra, se puso de acuerdo con los

de Basilea, pues no dudaba que si se verificaba su deposicion le darian la investidura, y tal vez recaeria la tiara en uno de los suyos.

Falleció la reina de Nápoles, y como si hubiese querido dar un público testimonio de la mala fe que acompañó siempre á sus tratados, y de la intriga y engaños de que se habia valido para que don Alonso la defendiese, nombró en el testamento por su heredero y sucesor á Renato, hermano del duque de Anjou que habia muerto hacia algun tiempo. Declaróse inmediatamente la ciudad de Nápoles por el papa y por Renato, á quien aclamaron rey; y todos los actos hechos en favor de don Alonso fueron anulados. Exasperado justamente el aragones, y sabiendo la liga que habian hecho con Venecia, Génova, Florencia y el duque de Milan, como asimismo que estaban decididos á espelerle de Italia, recurrió á las armas, contando con el apoyo de no pocos amigos que tenia en aquel reino, y se presentó con una numerosa escuadra al frente de Gaeta. La plaza estaba por los genoveses y el duque de Milan y se defendió con bastante de-

nuedo, mas á poco tiempo se hallaron tan escasos de víveres que arrojaron fuera á todas las mujeres y niños como bocas inútiles. Los comandantes aragoneses quisieron hacer retroceder á la ciudad á aquellos infelices; pero el magnánimo Alonso mandó no se les detuviese, ni se les causara el menor perjuicio, añadiendo: "mas quiero dejar de tomar la plaza, que de cumplir con lo que debo á la humanidad aflijida." Por desgracia acudió en socorro de la plaza una flota genovesa enviada por el duque de Milan, la cual incendiando á la aragonesa verificó su desembarco, y batió completamente el ejército de tierra, haciendo prisioneros al rey don Alonso, á sus hermanos y á cuantos le acompañaban. El vencedor tuvo la gloria de conducir en triunfo á sus ilustres prisioneros; pero aun fue mayor la del duque de Milan por restituirles la libertad. A consecuencia de este desastre parece debia haber renunciado don Alonso sus pretensiones á aquella corona, y ser espelido del reyno para siempre; pero coligado con el duque, el cual desconfiaba ya de los intentos de Renato, no solo se

apoderó de Nápoles, sino que tuvo que concederle el pontífice la investidura, y le reconocieron por rey todos sus naturales, como igualmente lejítimo sucesor á su hijo natural don Fernando. Falleció en 27 de junio de 1458, habiendo dado pruebas evidentes de que se hallaba dotado de relevantes prendas para reinar, á pesar de adolecer de no pocos vicios.

JUAN II. Como no dejó don Alonso ningun hijo lejítimo, recayó la corona de Aragon en su hermano don Juan II rey de Navarra. Se hallaba casado este príncipe en segundas nupcias con doña Juana Enriquez, de la cual tuvo á su hijo don Fernando; y empeñada la reina en que este ciñese la diadema de Aragon, que pertenecia á don Cárlos príncipe de Viana, como primojénito de don Juan, habido en su primer matrimonio, indujo al rey infames sospechas contra don Cárlos, por el mero hecho de haber reclamado, aunque con suma moderacion, la corona de Navarra, que tambien le correspondia de derecho por su madre, y conservaba su padre usurpada. Logró en efecto la reina su intento; el príncipe fue preso injustamente, y aunque el

rey se vió en la necesidad de ponerle en libertad por haberse declarado la Cataluña en su favor, murió á poco tiempo de pesar, víctima de la criminal desconfianza de su padre, y del injusto odio de su madrastra, el cual alcanzó tambien á su hermana doña Blanca que fue emponzoñada de su orden.

Semejantes persecuciones aumentaron la sublevacion de Cataluña; y la reina y su hijo, que se hallaban en Girona, se vieron cercados por una multitud de pueblo armado que aclamaba la libertad. Varios personajes que quisieron contener su furor por medio de la persuasion fueron asesinados, y por último se hicieron dueños de la plaza aunque fue defendida heroicamente por la guarnicion que la ocupaba. Igual suerte hubieran tenido las personas reales, á pesar de haberse refugiado en la fortaleza antigua conocida por la Gironella, si ademas de hacer prodijios de valor los caballeros que la custodiaban, animados por el espíritu varonil de la reina, no hubiese llegado el rey á tiempo para socorrerla logrando rechazarlos. Exasperados los catalanes se declararon indepen-

dientes y todos tomaron las armas en defensa del reino. No obstante fueron batidos por las tropas reales; pero resueltos á no desistir de su intento, los tres estamentos del principado ofrecieron aquel señorío al rey de Castilla, que en el momento lo admitió, y se introdujo en Aragon con un ejército respetable; pero poco despues hizo alianza con don Juan, abandonando á los catalanes á sus propias fuerzas. En vista de esto elijieron por su señor á don Pedro, condestable de Portugal; pero no por eso obtuvieron mas feliz éxito: apoderado el ejército real de muchas plazas fuertes, que si bien se defendieron obstinadamente no fueron socorridas á tiempo por don Pedro, se dirigió contra el de los sublevados, y atacándolo en las inmediaciones de un pueblo llamado *Prados del Rey*, lo derrotó tan completamente que el condestable solo pudo salvar su vida con la fuga, cuyo pesar le causó la muerte á breve tiempo. Tan repetidos contra-tiempos no fueron suficientes aun para hacer desmayar la Cataluña. Inmediatamente elijieron los representantes de los estados á Renato de Anjou, y éste, ene-

migo declarado de la nueva familia real de Aragon, persuadido de que le habia despojado injustamente del reino de Nápoles un hermano de don Juan, y hallándose por otra parte sostenido en la actualidad por su sobrino el rey de Francia, lejos de deshechar la propuesta envió prontamente con buen ejército á su hijo el duque de Lorena, el cual pasando las fronteras se hizo dueño de Rosas y otras plazas, presentándose despues en Barcelona á tomar posesion de aquel condado y señorío á nombre de su padre, con el título de lugar-teniente. Imposibilitado don Juan de poder ponerse al frente del ejército para contener á sus implacables enemigos, ya por su ancianidad, ya por estar casi ciego de resultas de haberle sobrevenido cataratas en ambos ojos, no pudo hacer mas que coligarse con los contrarios de la casa de Anjou, encargando á la reina la gloriosa empresa de defender el reino. Marchó esta en efecto con un número respetable de tropas, y acompañada de su hijo Fernando se apoderó de Rosas por asalto, libertó á Gerona que se hallaba sitiada por el duque de Lorena, y

espelió á los franceses de todo el Ampurdan. Por último, falleció la reina y el duque, recobró afortunadamente la vista el monarca, la Francia no quiso sostener mas tiempo las pretensiones de Renato, y los sediciosos viéndose sin apoyo tuvieron que someterse, pues todas las plazas se fueron rindiendo á las tropas reales, escepto Barcelona, que por un efecto de obstinacion tardó algun tiempo en seguir el ejemplo de las demas.

Calmadas las disensiones intestinas determinó don Juan recobrar los condados del Rosellon y Cerdania, que existian en poder del rey de Francia, á consecuencia de haberselos cedido cuando principió la sublevacion de Cataluña, como en fianza del subsidio anual de doscientos mil escudos que habia contratado satisfacerle por el auxilio de setecientos ginetes que le dió.

El lector tendrá presente que tan luego como Renato fue elejido por los rebeldes se separó el rey de Francia de la alianza que tenia con don Juan, apoyando las miras de su contrario; por lo tanto resolvió el aragones vengar al mismo tiempo este agravio, y avisando á

los habitantes de aquellos condados que estaba decidido á libertarlos del yugo frances que ya no podian tolerar, logró que tomasen las armas en su favor, y se apoderasen de varias plazas inclusa Perpignan, cuya guarnicion hubiera sido pasada á cuchillo sino se hubiese hecho fuerte en el castillo. Partió don Juan en socorro de los amotinados, y opuso tan fuerte resistencia á mas de cuarenta mil franceses que bloquearon la plaza, que tuvieron al fin que retirarse y contratar un armisticio.

Negóse á ratificarlo el rey de Francia y envió mayores fuerzas; pero estas tuvieron igual suerte que las anteriores, sin otro fruto que el de arrasar los campos y saquear las aldeas. Ultimamente un tercer ejército se hizo dueño de la plaza; pero si lo consiguió fue cuando exhausta de gentes, víveres y pertrechos se vieron sus moradores precisados á rendirse, ó á devorarse recíprocamente, lo cual habia empezado ya á verificarse; y el rey de Francia, que no podia mirar con indiferencia el haber perdido sus mejores tropas y considerable numero, admitió la paz.

En el año próximo de 1479 enfermó don Juan, falleciendo en 19 de enero del mismo á los ochenta y dos de edad, cubierto de la gloria de sus triunfos; si bien por otra parte merecedor del odioso renombre de tirano, por haber sacrificado impunemente á sus propios hijos don Cárlos y doña Blanca, y cometido otros escesos execrables.

*Continuacion del reinado de los reyes
Católicos don Fernando y doña Isabel.*

Por la muerte de don Juan II heredó el trono de Aragon su hijo don Fernando, esposo de doña Isabel, reina propietaria de Castilla; y aunque gobernaban separadamente sus estados, eran siempre uniformes sus deliberaciones, dirigidas todas únicamente al bien jeneral de los pueblos, y se publicaban á nombre de ambos. Gozaban de una profunda paz con las potencias extranjeras, y esta buena coyuntura les inspiró el pensamiento de arrojar de España á los sarracenos, que ocupaban todavia el reino de Granada. Poseedores estos de una multitud de plazas fuertes en el mejor

terreno de la península, y hallándose inmediatos al Africa, de donde recibían continuos auxilios, no solo rechazaban las incursiones que frecuentemente hacían los castellanos, sino que se desentendían ya de pagar el tributo que se habían obligado á satisfacer á los monarcas de Castilla.

Reclamaron los reyes Católicos el feudo cuando se hallaban ocupados en sufocar las divisiones interiores; pero el orgulloso africano, aprovechándose de aquellas críticas circunstancias, contestó: "que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solían pagarlas, y así que en adelante se pagarían á lanzadas." Tan insolente respuesta era digna de castigo; mas la necesidad hizo que por entonces se transijiese, y aun se admitiera una tregua de tres años. Sin embargo, al presente era llegado el tiempo de vengar aquella ofensa, llevando á efecto el glorioso designio de conquistar y reunir á sus dominios aquel hermoso reino, que yacia tan largo tiempo bajo el yugo mahometano. En efecto, el esfuerzo

y valor del marques de Cádiz y de Diego de Merlo, asistente de Sevilla, dieron principio á la empresa apoderándose por sorpresa una noche de la fuerte plaza de Alhama con solos cuatro mil infantes y tres mil jinetes; siendo digno de eterna memoria el heroismo con que el soldado Juan Ortega y otros doce valientes escalaron el muro, mataron á los centinelas y al alcaide, tomaron posesion del fuerte y abrieron las puertas al ejército, que despues de combatir por espacio de todo un dia, y cuando ya habian perecido la mayor parte de sus moradores, que se defendieron obstinadamente, lograron hacerse dueños de la plaza (1).

Deseosos los reyes Católicos de apro-

(1) Aun cuando tuviesen concertada alguna tregua los reyes de Granada con los de Castilla, era permitido á una y otra parte hacer incursiones, y aun apoderarse de alguna fortaleza, siempre que lo verificase por sorpresa y en el espacio de tres dias, sin acampar, sonar clarin, ni llevar aprestos de guerra formal; y como los moros habian recobrado el año anterior de 1481 la villa de Zahara, determinaron los españoles usar de represalias apoderándose de Alhama.

vechar el fruto de esta primera tentativa, publicaron inmediatamente la guerra contra Granada, encargándose don Fernando de dirigir las operaciones militares, y doña Isabel de proveer el ejército con bastimentos y pertrechos: la nobleza y el clero contribuyeron tambien con un considerable número de guerreros, sosteniéndolos á sus espensas, y en el año 1482 se comenzaron las hostilidades. Al siguiente perdió Boabdil, rey de Granada, una memorable batalla cerca de Loja, en la cual fue hecho prisionero; y aunque recobró poco despues la libertad, no pudo continuar la campaña. Sucesivamente, y en el espacio de nueve años de continua lucha, se apoderó el ejército real de todas las plazas de aquel reino, quedando reducido el dominio de los africanos á sola la capital, y cortada enteramente su comunicacion con Africa; pero al paso que don Fernando adelantaba la conquista, dispensaba igualmente gracias particulares á los que capitulaban, ya proporcionándoles buques para retirarse al Africa, ya subsistencia fija á los que prefirieron quedarse en los estados del vencedor. No obstante, aun

tenia Granada dentro de sus muros mas de cien mil combatientes, prontos á sacrificarse en defensa de su amada patria, y acaso suficientes para rechazar al ejército castellano sino hubiese sobrevenido la guerra civil entre sus hijos: su monarca Albohacen, despues de mandar asesinar á los principales personajes de la poderosa y valiente tribu de los Abencerrajes, se granjeó el desafecto de sus vasallos por haber repudiado á Aija, haciendo perecer á los hijos que tuvo de esta para que le sucediesen los que tenia de Zoraida, cristiana renegada: Boabdil, primojénito de Aija, que afortunadamente se habia salvado, no solo se apoderó del trono con el auxilio de los Abencerrajes, arrojando de él á su padre, á pesar de algunos reveses, sino que despues de la muerte de éste rechazó tambien las tentativas que hizo su hermano Aboardil para arrebatarle la corona: éste viendo frustrados sus designios se unió á los enemigos de su patria, sacrificándola á su desenfrenada ambicion; y mientras Boabdil sostenia tan fatal lucha, que secretamente fomentaban los castellanos, no conoció el

inminente peligro que le amenazaba con la proximidad del enemigo, descuidando hasta el abastecer la plaza de víveres, siendo causa de que su numerosa poblacion, aumentada diariamente con un considerable número de africanos que acudían á refugiarse, se hallase bien pronto bloqueada con todo rigor y sufriese los horrores del hambre.

En vano acreditaron todos sus moradores el patriotismo y valor que los animaba, saliendo continuamente de la ciudad y arrojándose con singular denuedo sobre el campo de sus enemigos, pues con igual esfuerzo eran rechazados por el ejército castellano; mas á los ocho meses de bloqueo se halló exhausta la plaza de bastimentos y precisada á capitular: habiéndose firmado los pactos á principios de enero de 1492, entraron los reyes en ella el 4 del mismo mes con gran magnificencia y relijiosidad, teniendo asimismo la gloria de haber rescatado aquel pais del yugo mahometano despues de ocho siglos que le habia dominado.

Trataron los reyes Católicos con suma bondad á todos los capitulados, y

aun su monarca Boabdil obtuvo la gracia de poder residir en las Alpujarras con los que quisieron acompañarle; pero de allí á poco regresó al Africa, muriendo en ella desgraciadamente privado de la vista. A fin de que los infieles perdiesen toda esperanza de volver á España, se guarnecieron competentemente todas las plazas y fortalezas, y se agregó á la corona el marquesado de Cádiz, indemnizando á su poseedor don Rodrigo Ponce de Leon con el condado de Casares y el título de duque de Arcos. Por algun tiempo se permitió á los mahometanos de Granada la práctica de su religion; mas habiendo sobrevenido entre ellos algunas disensiones, decretaron los reyes que los que no quisiesen profesar el cristianismo se retirasen al Africa, de cuyas resultas recibió la mayor parte el bautismo. Estendióse esta medida á los de las Alpujarras, mas confiando estos en la asperidad del terreno se sublevaron y emprendieron una guerra tan sangrienta como obstinada. Bautizaronse muchos, mas á los que prefirieron espatriarse se les exigió diez doblas por familia, cuya suma ascendió á cien-

to setenta mil. Igualmente espelieron los reyes Católicos de sus estados á los ju- díos; pero no se los exijió ninguna cosa, antes bien se les permitió llevar sus considerables riquezas, creyéndose con fundamento que ochocientos mil de todas edades y sexos salieron del reino por este motivo.

Con estas determinaciones dieron los reyes una prueba nada equívoca de su infatigable zelo por mantener la reli- gion en toda su pureza; pero aun no satisfechos crearon el tribunal de la Inqui- sicion para que velase sobre su exacta observancia, mereciendo por este moti- vo el glorioso renombre de *Católicos*, cu- ya gracia les dispensó la silla Apostólica en el año de 1496, estendiéndola á sus sucesores.

Habiendo muerto don Fernando II, rey de Nápoles, temerosos los nobles del reino que su hijo y sucesor don Alonso ejerciese la misma crueldad é inclemen- cia que les habia hecho experimentar su padre, de lo cual habia empezado á dar muestras, se dividieron en partidos, o- freciendo unos la corona al rey Católico y otros al de Francia Carlos VIII. Fun-

daban estos últimos su decision, en que su difunto rey don Fernando, por ser bastardo, no pudo haber admitido justamente el reino, debiendo ser escludida su descendencia, cediendo esta al derecho que tenian los príncipes por quienes opinaban. No era superior el del frances, reducido solamente á la adopcion que la reina Juana II hizo de Luis de Anjou, de la segunda rama de esta familia. Era mas poderoso el del rey Católico, pues ademas de la adopcion que tambien habia hecho la reina de su tio don Alonso, como ya se ha espresado, se apoyaba igualmente en el de la conquista que por sí mismo hizo este príncipe de aquellos estados; mas don Fernando, lejos de admitir la proposicion, se decidió á mantener en el trono á su sobrino don Alonso. No obstante, el frances no guardó tanta consecuencia, y marchando á Italia con un ejército respetable, se hizo dueño de la mayor parte y hasta de Nápoles sin hallar obstáculo alguno. Conocieron entonces los príncipes italianos el peligro que amenazaba á sus estados si don Carlos conseguia su ambicioso designio, y uniéndose en su defensa for-

maron aquella famosa liga que la historia reconoce con el título de *Santa*, la cual le arrojó precipitadamente de Italia. Contribuyó mucho á tan feliz éxito el valiente y gran capitán Gonzalo de Córdoba, que llegó á tiempo oportuno á Mecina conduciendo un refuerzo de tropas españolas; pero fallecieron el rey de Nápoles don Alonso II, como también su hijo don Fernando, y desavenidos los coligados, dieron lugar á que el rey de Francia Luis XII, sucesor de Carlos VIII, intentase otra vez apoderarse de aquella monarquía. Entró efectivamente por el Piamonte y Monferrato, y en muy corto espacio de tiempo se hizo dueño de la Lombardia y el Genovesado, infundiendo rezelos al rey Católico de que aspirase igualmente á la Calabria, Sicilia y Cerdeña. Para evitarlo hizo alianza don Fernando con el emperador Maximiliano I, contratando, para mas afirmarla, el enlace de doña Juana, princesa de Castilla, con el archiduque don Felipe; pero al fin propuso el rey de Francia á don Fernando el repartimiento de aquel reino, cediendo á su favor los condados de Rosellon y Cerda-

nia, causa principal de las continuas desavenencias que habia habido entre ambas potencias.

Aunque ocupado incesantemente don Fernando en estender sus dominios, no dejó de conocer lo indispensable que era abatir el orgullo y poder de la nobleza, que finalmente podia conmoerlos y alterar la pública tranquilidad, de lo cual hemos visto bastantes ejemplos en el discurso de esta historia.

Al principio fue lentamente anulando muchas concesiones que habian adquirido mas por intriga que por justicia, privándoles asimismo de algunas tierras: despues hizo llevar á efecto la ley del reino en que se concedia á los jueces de los pueblos de señorío poder apelar á los tribunales reales, impidiendo de esta suerte el pillaje que muchos de sus antecesores habian sufrido bajo la tutela de algunos grandes ambiciosos; y por último, considerando lo temibles que eran los tres grandes maestros de las órdenes de Calatrava, Alcántara y Santiago, mientras continuasen poseyendo tan considerable número de villas, fortalezas y encomiendas, como

entonces tenían y gobernaban independientemente; las inmensas riquezas que todo esto les proporcionaba; y finalmente las muchas tropas que mantenían á sus ordenes, las cuales no pocas veces hicieron combatir contra sus lejitimos soberanos, solicitó y consiguió de la silla Apostólica que le concediese en 1493 la administracion de los maestrazgos: Carlos I obtuvo mas adelante que fuesen incorporados perpetuamente á la corona de Castilla, con cuya medida se redujo á los grandes á la debida sujecion.

Poseedores ya don Fernando y doña Isabel de casi toda la península, de gran parte de los reinos de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña y de la costa de Berbería, hasta donde condujeron sus victoriosas armas, llegaron á ser mas poderosos que todos sus antecesores desde la monarquía Goda, pero la divina Providencia, que queria sin duda elevarlos á la cumbre del poder, les proporcionó el imperio de otro nuevo mundo, hasta entonces desconocido.

Cristóbal Colon, genovés, casado en Portugal, gran piloto y mayor matemático, hizo presente á los reyes que se-

gun sus cálculos debian existir otros países al Occidente, los cuales se ofrecia á descubrir. Iguales proposiciones tenia ya hechas á los monarcas de Portugal y otros, pero las despreciaron, reputándole de fatuo ó mentecato. Sin embargo, no fue tan desatendido por don Fernando, quien juzgó podia ser cierto; mas ocupado en la conquista de Granada, no pudo atender su instancia hasta la conclusion de la guerra, en cuya ocasion habiendo Colon renovado su solicitud, dirigiéndose á la reina doña Isabel, se le concedieron al fin por ella tres buques.

Hízose á la vela en 3 de agosto de 1492 desde el puerto de Palos de Moguer, ancló en las islas Canarias que ya conocia, y atravesó desde allí los mares de Occidente, á pesar de las murmuraciones y sediciones de la tripulacion, que no pocas veces atentaron contra su vida. Afortunadamente descubrió en el mes de octubre las Lucayas, y cerciorado de la existencia de un nuevo mundo volvió á España con toda felicidad, conduciendo oro, plata y otras preciosidades. Fue tan extraordinario el regocijo que su vuelta causó á los españoles, que

así como le habian tenido por fatuo antes de su partida, le reputaban despues por el primer hombre del mundo, colmándole de elogios. Le premiaron los reyes con el almirantazgo del nuevo mundo, y satisfechos del buen éxito de los descubrimientos de Colon pusieron inmediatamente á su disposicion una escuadra mas numerosa y mejor equipada. En esta nueva expedicion descubrió la isla de Cuba, la Española, la de Puerto-Rico y las costas de Tierra-Firme, que corren de Norte á Sur; trazó un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los reyes Católicos, restituyéndose á España cargado de riquezas. Por tan interesantes descubrimientos y servicios fue condecorado con el título de duque de Veraguas y gran almirante de las Indias Occidentales, con cuyo nombre se distinguieron aquellos paises de los de las Orientales anteriormente descubiertas.

Envidioso Portugal de que reportase Castilla tan considerables ventajas, las cuales habia estado en su mano disfrutar, quiso impedir la continuacion de los descubrimientos so pretesto de per-

tenecerle por bulas pontificias. Motivaronse de esto contestaciones entre una y otra Corte; mas el pontífice, á quien se confió la decision, tiró sobre el globo una línea divisoria de polo á polo por el meridiano de Canarias, y señaló á Portugal el hemisferio Oriental y á Castilla el Occidental en plena propiedad.

Invirtieron los reyes Católicos las riquezas que recibian de estos nuevos estados, en satisfacer los grandes empeños que habian contraido ínterin sus dilatadas y gloriosas conquistas; y agradecidos á los singulares beneficios que habian obtenido del Hacedor Supremo, erijieron templos, establecieron monasterios y dotaron algunos de los anteriormente establecidos. Pero no satisfechos aun con reformar el estado y las iglesias de su real Patronato, solicitaron tambien la reforma de algunas ordenes religiosas, que atendiendo á la flaqueza humana, y al tiempo que todo lo corroe y consume, no es de admirar se hubiesen apartado del fervor primitivo de sus santos fundadores.

Por desgracia, y cuando se hallaban

los reyes en el colmo de su felicidad, perdieron á su hijo único don Juan, príncipe digno de sucederles por las bellas prendas que le adornaban. Asimismo falleció tambien su hija primojénita doña Isabel, esposa del rey de Portugal, y aun la archiduquesa de Austria doña Juana contrajo de resultas de un parto una demencia, de la cual era el principal objeto su marido, á quien amaba sobremanera y de quien se cree no era muy bien correspondida. No pudiendo la reina doña Isabel soportar tan acerbas y repetidas desgracias, cayó en una languidez que la causó la muerte en 26 de noviembre de 1504. Declaró heredera universal de sus estados á su hija doña Juana; pero en vista de su incapacidad para el gobierno, y de la repugnancia que habia manifestado el archiduque á residir en España, encargó la rejencia del reino á su esposo don Fernando, ínterin su nieto don Carlos, á quien sustituyó á la princesa, cumpliese veinte años de edad: revocó cuantas gracias habia hecho á su ingreso en la corona, si las juzgaba contrarias al bien de la monarquía, espresando que mas por nece-

sidad que por inclinacion las habia concedido: ratificó al rey don Fernando en la administracion vitalicia de los tres grandes maestrazgos, asignándole veinte y cinco mil ducados anuales sobre las alcabalas de ellos, y la mitad de las rentas de lo descubierta en el nuevo mundo. El raro y sublime talento con que manejó todos los negocios de sus estados, las relevantes virtudes y otras bellas prendas que poseía, la distinguen de cuántas reinas la habian precedido, haciéndola digna de ocupar un eminente lugar entre los mayores monarcas.

FELIPE I. Apenas falleció doña Isabel trataron algunos nobles ambiciosos de alterar el orden, procurando por cuantos medios estaban á su alcance indisponer á don Fernando con su yerno don Felipe, que se hallaba entonces en Flandes: unos adulaban al rey Católico manifestándole que por la incapacidad de su hija é indiferencia de su yerno debia permanecer en el trono de Castilla, y que aun cuando él no consintiese en esto, el testamento de su esposa le declaraba gobernador del reino mientras se hallase ausente su hija, y hasta que

su nieto don Carlos tuviese la edad competente, lo cual debia cumplirse: otros aconsejaban á don Felipe, que á pesar del deplorable estado de la princesa su esposa, debia reunir en su persona el gobierno del reino, sin permitir á su suegro tuviese ninguna intervencion. Semejantes intrigas no dejaron de surtir efecto, y ambos príncipes se hallaron bien pronto recelosos uno de otro. El archiduque se decidió pues á pasar á Castilla con buen ejército, á fin de apoderarse del mando si su suegro no se lo entregaba pacíficamente; y en apoyo de su resolucion contrató alianza con el rey de Francia. Aunque don Fernando sentia estremadamente tener que emplear sus armas contra su yerno, creyó que debia estar prevenido á la defensa; y despues de guarnecer bien las fronteras deshizo la alianza que don Felipe estaba á punto de concluir con el frances, pidiendo á este la mano de su sobrina Germana de Fox, el cual accedió inmediatamente, renunciando á favor de su sobrina en clase de dote el derecho que le competia á una parte del reino de Nápoles, que se le habia adjudicado ante-

riormente (pero que se hallaba ya bajo el dominio de don Fernando, por el valor y bizarría del gran capitán Gonzalo de Córdoba) como asimismo el título de rey de Jerusalem.

Tan sagaz política desconcertó bastante las miras del archiduque; pues no teniendo don Fernando mas que cincuenta y tres años, podia aun tener sucesion, y si esta fuese varonil no debia ya esperar poseer los reinos de Aragon y Nápoles, ni tal vez el de Granada que le sería tambien disputado en todo ó parte. Sin embargo, todavía juzgaba le era conveniente venir á Castilla confiando en los muchos parciales que aquí tenia; mas su padre le hizo ver los riesgos á que iba á esponerse, y logró persuadirle á que entablase una composicion amistosa, si bien solo condescendió á ello en la apariencia. Don Fernando deseaba por su parte no dar lugar á que se creyese queria impedir entrar en el reino á su hija, siendo la reina propietaria, y á su nieto don Carlos inmediato sucesor á la corona; por lo cual admitió gustoso la propuesta, y reunidos los embajadores, repartieron la administracion del

reino entre doña Juana, como propietaria, don Felipe como su legítimo esposo, y don Fernando como gobernador perpetuo, reconociendo al príncipe don Carlos por inmediato heredero y sucesor al fallecimiento de su madre, dividiendo por mitad entre el rey Católico y sus hijos las rentas de Castilla y las del nuevo mundo.

Se hizo esta concordia en Salamanca el año de 1504, la cual causó sumo regocijo á todo el reino, excepto á los afectos de don Felipe, que prontos siempre á sacrificar el reposo público á su interes particular, le representaron era desventajosa; y muy fácil por otra parte el obligar á don Fernando á rectificarla, ó de lo contrario espelerle de Castilla; en esta persuasion activó el archiduque, aunque secretamente, los preparativos para su partida. No bien hubo desembarcado en la Coruña cuando le ofrecieron sus servicios muchos caballeros principales, disgustados de la rigidez con que los trataba don Fernando; y esta circunstancia entusiasmó tanto á don Felipe, que contando ya con el favor de toda ó la mayor parte de la grandeza cas-

tellana, no se detuvo en declarar públicamente que no accedía á la concordia. En vano se valió don Fernando de todos los medios posibles para cortar la discordia, ya lisonjeando con promesas á los parciales de su yerno, ya proponiendo á este una entrevista para transijir las diferencias; pues el archiduque, desentendiéndose mañosamente de la propuesta, reunió mayores fuerzas, y ganó de tal modo con dádivas el ánimo de los amigos de su suegro, que fue abandonado aun de los prelados que le acompañaban.

Viendo pues don Fernando el considerable ejército á cuyo frente marchaba el archiduque, y por otra parte la odiosa ingratitud de muchos de aquellos que fingiendo ser leales habian merecido su confianza, se preparó á la defensa con el pretexto de libertar á la reina, su hija, de la prision en que se hallaba por el archiduque y sus favoritos. Sin embargo, conociendo la larga distancia á que estaba de Aragon, y que no podia recibir socorros del rey de Francia por no haberle avisado del peligro en que se encontraba, se decidió

por último á avistarse con su yerno, cuya noticia le participó. En efecto, al lado de unos robledales y en una casa de labor llamada el *Remesal*, se encontraron por primera vez don Fernando y su yerno: aquel acompañado solamente de algunos señores respetables y pacíficos; y este por el contrario con grande ostentacion y aparato de guerra: el primero solo exijia el respeto que le era debido como mayor, rey y padre; mas el segundo queria suplir estos títulos con vana y precaria grandeza. No obstante, nada acordaron; y se separaron disgustados uno de otro. Finalmente, deseando el rey Católico salvar á los pueblos de los funestos males que ocasiona la guerra civil, cuyo éxito es siempre dudoso, y viendo asimismo la indiferencia con que era mirado por la grandeza y el reino, donde ya se le reputaba como extranjero, admitió y ratificó en 27 de junio de 1506 la concordia que le propusieron los parciales del archiduque, reducida á dejar á sus hijos el gobierno de Castilla y retirarse á Aragon, adonde se le contribuiria con la mitad de las rentas de

América, y veinte y cinco mil ducados sobre las alcabalas de los maestrazgos, cuya administracion le quedaba reservada con la obligacion de proveer las encomiendas en naturales de Castilla.

No satisfecho aun don Felipe con ser dueño absoluto del gobierno, pues tambien le incomodaba su esposa, á pesar de no intervenir en los negocios del Estado, convocó Córtes en Valladolid con el pretesto de ser reconocidos en ellas por soberanos, si bien con la única idea de que la reina fuese declarada falta de juicio, é incapaz de dirigir el reino; pero se opusieron los procuradores de las ciudades, y solo pudo lograr se le permitiese recluirla donde le pareciera. Poco duró su reclusion, pues don Felipe el *Hermoso*, atacado de una aguda calentura, falleció en el corto espacio de seis dias, á los veinte y nueve años de edad y nueve meses de su entrada en España. Inconsolable doña Juana por esta desgracia, perdió casi del todo el uso de su razon, quedando absolutamente imposibilitada para encargarse del gobierno; lo cual tambien aborrecia, pues entregada toda á la me-

moria de su esposo, no era posible distraerla.

Continúa el reinado de don Fernando el Católico.

Como aun no habia cumplido el príncipe don Carlos veinte años, era indispensable nombrar una persona respetable que, encargándose del gobierno, evitase los males que podian sobrevenir en tan críticas circunstancias. Efectivamente, todos estaban acordes en este punto, mas no acerca de la persona que debia elejirse. Los ciudadanos pacíficos proponian á don Fernando, que aunque justamente resentido no era de esperar mirase con indiferencia la situacion lamentable de los vasallos de su hija; pero se oponian los que habian sido causa de los disturbios pasados, temerosos del castigo á que eran acreedores, y cada uno opinaba diferentemente. A unos les parecia que debia llamarse al príncipe don Carlos, para que gobernase el reino en union de las personas que nombrasen las Córtes; otros juzgaban por mas oportuno que se casase la reina

con don Alonso de Aragon, hijo del infante *Fortuna*; con don Fernando de Nápoles, ó con Gaston de Fox, hermano de la reina Germana; y finalmente no faltaron quienes opinasen por las testas coronadas de Alemania, Portugal ó Navarra. Entre tanto intentaron algunos apoderarse del gobierno, prevalidos del deplorable estado de la reina; y entre ellos, aunque cautelosamente, el arzobispo de Toledo don fray Francisco Jimenez de Cisneros; pero doña Juana, á pesar de hallarse demente, desconcertó sus planes, pretestando que iba á llegar en breve su padre.

Entonces desistió el arzobispo de sus designios, y no solo se declaró en favor de don Fernando, instándole á que previniese la anarquía que amenazaba á Castilla, sino que tambien descubrió é impidió llevasen á efecto los enemigos del rey el enlace que querian hacer del príncipe don Carlos con la hija del rey de Inglaterra, á fin de que en nombre de ellos gobernase éste la nacion; y por último tomó posesion de las principales fortalezas y plazas del reino en nombre de la reina, atendiendo á que habien-

:

do ésta revocado todas las rentas que algunos ambiciosos alcanzaron de su difunto esposo por intrigas, habia motivo para temer que las renovasen por venganza.

Accedió por último el rey Católico á las vivas instancias de la mas sana parte de la nobleza castellana, é inmediatamente que se presentó se restableció el orden, el cual no volvió á alterarse durante su reinado, habiendo sido fecundo su gobierno en proyectos, tratados y guerras exteriores. Por dictamen, á espensas y aun con direccion del célebre cardenal Jimenez de Cisneros se hicieron interesantes conquistas en Africa. Se unió á la liga de Cambray con el pontífice, el emperador y Francia contra los venecianos, los cuales se habian apoderado de algunos estados que aquellos monarcas poseian en Italia. Despues temiendo á la Francia, se coligó con el papa y los venecianos contra ella, cuya confederacion fue llamada la *Liga Santa*, y auxiliados por esta los venecianos recobraron la mayor parte de las plazas que les habian tomado los franceses; mas la derrota que sufrió el ejército es-

pañol en Ravena por el de Luis XII rey de Francia, hubiera traído fatales consecuencias á los confederados, á no haber por una parte acudido en su socorro el papa con veinte y cuatro mil hombres; y por otra amenazado el inglés á la Normandía con un desembarco. Retiró entonces Luis XII su ejército de Italia, los españoles espelieron las guarniciones que habia dejado en algunas plazas, y por último se ajustó una tregua entre el monarca frances y el castellano. Interin ocurrían estos acontecimientos se apoderó el rey Católico del reino de Navarra, cuyo hecho acriminan algunos historiadores, si bien lo han defendido y justificado sólidamente otros muchos; mas habiéndose unido desde entonces esta corona á las de Leon, Aragon y Castilla, nos parece conveniente antes de pasar adelante dar una rápida ojeada sobre la historia de sus reyes.

*Reyes privativos de Navarra hasta la
incorporacion de esta corona á la de
Castilla.*

A pesar de no estar contestes los historiadores acerca del oríjen de este reino, haremos mencion de algunas de sus opiniones, si bien carecen de la certidumbre necesaria; pues solo las fundan en cartas y privilegios de ciertos monasterios erijidos en aquel pais. Parece segun unos, que hácia el año 758 se reunieron varios señores navarros y un numeroso pueblo con motivo del funeral de un hermitaño llamado Juan; y que despues de verificado determinaron elejir un jefe que los pusiese á cubierto de las irrupciones de los mahometanos: recayó la eleccion en don García Jimenez, caballero español, quien los gobernó por algun tiempo con el título de conde, bajo la dependencia de los reyes de Asturias; mas despues se constituyó independiente y tomó el de rey, el cual transmitió á su hijo don Fortun García, que reinó felizmente bastantes años, falleciendo en un monasterio edi-

ficado á sus espensas. Citan igualmente á un don Sancho que en 921 abandonó el de Leire, donde se hallaba retirado, por socorrer á su hijo y sucesor contra Abderramen rey de Córdoba; y por último refieren que García el *Tremulo* obtuvo en 994 una victoria contra Almanzor, y estendió sobre manera sus dominios. Otros escritores, y particularmente los franceses, fijan la primera época de esta monarquía en el siglo IX, no reconociendo otro rey antes de Íñigo Arista conde de Bigorra, el cual suponen orijinario de Francia por un efecto de su amor patrio, y con el designio de defender el derecho que los reyes de Francia han pretendido tener á la corona de Navarra.

En vista de estas contradicciones, y para no detenernos en discusiones ajenas de nuestro propósito, juzgamos conveniente adherirnos solamente al dictamen de un escritor moderno, que describe con bastante juicio é imparcialidad la serie cronológica de los reyes de Navarra hasta el siglo XII, donde ya cesa la obscuridad.

Es indudable que Navarra perma-

neció bajo la dependencia de los reyes de Asturias hasta el reinado de don Alonso II llamado el *Casto*, en cuyo tiempo, é instigados por la Francia que deseaba agregar á sus dominios esta provincia, quisieron por dos veces hacerse independientes, sosteniendo con ardor este designio. Verdad es que don Alonso los redujo á la obediencia; mas no pudo sufocar enteramente la insurreccion, que por do quiera se repetia, la cual fomentaba Sancho Iñigo conde de Bigorra, apellidado el *Arista*, ó sea el *Roble* ó el *Fuerte*, caballero frances, aunque descendiente de Castilla, quien pasó los Pirineos, llegando hasta las llanuras de Pamplona, y no pocas veces tomó parte activa en las sublevaciones de los navarros. Conoció en fin don Alonso que habiéndose granjeado el caballero frances el afecto de los navarros, y hallándose por otra parte favorecido del rey de Francia, no debía empeñarse en una guerra intestina, que ademas de ser sumamente ruinoso para sus estados y difícil de prever su éxito, le distraia de la de los africanos mucho mas interesante en aquellas circunstancias. Así pues

concilió los intereses de todos, dando la provincia al conde de Bigorra en calidad de feudo, segun hacia la Francia con sus condes, si bien exigió la mano de una señora francesa llamada Sumeña ó Jimena, deuda del mismo conde, á fin de merecer mas sus respetos. Se verificó este tratado en 873, y el conde gobernó en Pamplona hasta 885.

GARCIA SANCHEZ IÑIGUEZ. Los navarros se hicieron independientes en dicho año, proclamando por rey á Garcia Sanchez hijo del conde de Borgoña, sin que pudiese evitarlo el rey de Asturias; pero solo reinó seis años, á causa de haber sido sorprendido y muerto por los moros, juntamente con su esposa, en el valle de Ayvar y pueblo de *Larumbé*, año de 891.

SANCHO GARCES, llamado *Abarca*. Sucedió á don Garcia su hijo Sancho Garces, mas por su corta edad permaneció hasta la de catorce años bajo la tutela de varios caballeros principales que gobernaron el reino en su nombre. En 905 tomó las riendas del gobierno: estendió gloriosamente sus dominios por toda la Navarra baja, y aun por territorio de Castilla y

Aragon, y entre las muchas plazas que conquistó quiso perpetuar la de Vecaria fundando en ella hácia el fin de su reinado el célebre monasterio de Albelda. Intentó dominar la Gascuña ó Navarra francesa; pero se ignoran los resultados que obtuvo, si bien se sabe que hallándose al otro lado de los Pirineos cercaron á Pamploña los africanos, y teniendo noticia de ello dispuso que sus tropas calzasen abarcas de cuero crudo para trepar con facilidad por entre la nieve y despeñaderos, con lo cual consiguió sorprenderlos y batirlos tan completamente que pocos salvaron la vida. Por esta accion se le dió el renombre de *Abarca*, que dejó transmitido á sus sucesores, los cuales le han tenido por un timbre glorioso. Reinó felizmente cerca de veinte años y falleció á fines del de 924.

GARCIA II, *el Trémulo*. Ocupó el trono su hijo García Sanchez, llamado el *Trémulo* ó *Temblon*, á causa, segun dicen, de haberle quedado de resultas de una enfermedad cierta convulsion de nervios. Reynó cuarenta y seis años y falleció en el de 970.

y SANCHO II, *el Mayor*. Subió al tronó

su hijo don Sancho, el cual casó con doña Mayor ó Elvira, hija del conde don Sancho de Castilla, por lo que reunió esta parte de España á la Navarra. Reinó sesenta y cuatro años, en los cuales aumentó de tal suerte sus dominios por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon, que se le distinguió con el renombre de *Mayor*, y segun algunos con el de *Emperador*, que ningun monarca habia tenido hasta entonces. No obstante redujo su reino á los límites que anteriormente tenia, repartiendo todos los estados entre sus tres hijos García, Fernando y Ramiro, adjudicando al primero la Navarra, al segundo la Castilla, y al tercero, que era el mayor, aunque ilejítimo, las conquistas que habia hecho en Aragon. Falleció en febrero de 1035.

GARCIA III. Semejante division no podia menos de producir fatales consecuencias, aunque contra la voluntad de don Sancho. En efecto, apenas ocupó el trono don García intentó despojarle de él su hermano don Ramiro: confederóse á este fin con los monarcas mahometanos de Zaragoza, Huesca y Tudela, é inmediatamente se introdujo en Navarra con

fuerzas respetables, acampando cerca de Tafalla. Hallábase entonces don García en Roma con el piadoso designio de visitar sus santuarios, mas noticioso del peligro en que estaba su reino, regresó con toda brevedad, reunió las tropas que pudo, y atacó tan denodadamente á las de su hermano, que quedaron la mayor parte tendidas en el campo; y el mismo rey de Zaragoza, su aliado, solo pudo salvar su vida con la fuga.

Afirma un escritor que tambien se apoderó de los estados que su hermano poseia en Aragon; pero aun cuando así fuese, es indudable que despues los gobernó don Ramiro pacíficamente.

Finalizada esta guerra emprendió don García otra bien injusta, odiosa y desgraciada, contra su hermano don Fernando que reinaba en Castilla; pereciendo de sus resultas don García en la accion dada en el valle de Atapuerca en 1.º de setiembre de 1054, cuyos por menores dejamos descritos en su correspondiente lugar.

SANCHO III. Sucedióle su hijo don Sancho, quien sostuvo guerra con Ahmad-Abu-Giafar ó Almoctader, régulo de Za-

ragoza; pero se ignoran los resultados, y solo se sabe que al fin se convinieron en que el africano pagaria un tributo á don Sancho, y éste ayudaria en caso necesario al africano contra don Sancho Ramirez rey de Aragon. Murió don Sancho III en junio de 1076, á los tres años de haberse hecho la paz, siendo sorprendido en una cacería y precipitado en Peñalen desde la cima de un monte por sus hermanos Raymundo y Ermesenda. Dejó segun dicen tres hijos, pero ninguno ocupó el trono; pues el rey de Aragon don Sancho Ramirez (Sancho IV de Navarra) y don Alonso VI de Castilla, dividieron entre sí los estados: este último ocupó la Rioja y Vizcaya, so pretesto de proteger á los hijos y sobrinos del difunto contra los intentos de sus fraticidas; y permaneció la Navarra en poder del aragones hasta el reinado de don Ramiro II el *Monje*, desde cuyo tiempo se hicieron independientes los navarros, proclamando rey á don García Ramirez. No obstante, el conde de Barcelona don Ramon, sucesor de don Ramiro, quiso vindicar sus derechos, orijinándose por este motivo una guerra entre el navarro, el aragones y

el castellano, mas don García sostuvo heroicamente su independencía. Murió en una montería de una caída de caballo el año 1150.

SANCHO V. Apenas ciñó la diadema, conjuraronse contra él el castellano y el aragones; pero don Sancho invadió inmediatamente ambos reinos, y puso á sus monarcas en gran consternacion, si bien estos reuniendo sus fuerzas le batieron despues tan completamente, que no solo le persiguieron hasta sus propios dominios, sino que se hicieron dueños de algunas de sus plazas, obligándole á solicitar la paz con sumo empeño. Reinó cuarenta y cuatro años, y falleció en 1194.

SANCHO VI, *el Sabio*. Nada nos dice la historia acerca de este monarca sino que hubo de reinar poco tiempo, aunque pacíficamente, y que mereció el sobrenombre de *Sabio*: á su fallecimiento le sucedió en el trono su hijo

SANCHO VII, *el Fuerte ó el Retraido*. Se le llamaba el *Retraido* porque hallandose en su ancianidad enfermo de un cáncer, se retiró al castillo de Tudela donde no se dejaba ver de nadie. Opinan algunos escritores que pasó al Africa con

el designio de casarse con una hija de su amigo Jacob Aben-Jucef rey de Marruecos, donde fue detenido contra la buena fe; y que cuando logró fugarse y volver á sus estados, los halló invadidos y desmembrados por los reyes de Aragon y Castilla.

Aprovecharonse ciertamente de su ausencia para apoderarse de algunas plazas, aunque sin efusion de sangre, las cuales repartieron entre sí; pero don Sancho lo recobró todo, y reinó en paz hasta el año 1234 en que murió (1).

TEOBALDO I. Hizo este príncipe una espedicion á Tierra Santa con la idea de rescatar á Jerusalem del poder de los turcos, dejando bajo la proteccion del papa sus estados; pero fue desgraciado en ella, reportando solo la ventaja de adquirir mas esperiencia para el gobierno y traer

(1) Este monarca fue el que por no dejar el cetro á su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, adoptó al rey de Aragon don Jayme el *Conquistador*, segun hemos descrito en el reinado de este último; pero los navarros no lo aprobaron, y se ignora que don Jayme se opusiese á esta determinacion. Sin embargo, es indudable que por la solemne escritura de adopcion, reconocida y firmada por toda la nobleza de Aragon y Navarra, adquirieron los reyes aragoneses un derecho incontestable á esta corona. *Ascargorta.*

escelentes frutos, debiendo los navarros á su zelo el conocimiento y cultivo de las viñas, y los esquisitos vinos que les producen. Se asegura que Teobaldo fue buen músico y poeta, amante de las ciencias y de los hombres instruidos. Murió en 8 de julio de 1253, dejando por sucesor á su hijo.

TEOBALDO II. Era de corta edad cuando heredó el cetro, y siguiendo las miras de su padre, tomó parte en la cruzada que habia dispuesto san Luis rey de Francia contra Tunez; mas sobrevino una peste desoladora, producida por los extraordinarios calores de aquel clima, á los cuales no se hallaban acostumbrados los europeos, y en ella perecieron el mismo san Luis, su hijo, é infinitos combatientes. Igual suerte hubiera sufrido toda la expedicion á no haber sido socorrida por el rey de Nápoles y Sicilia Carlos de Anjou, que contrató la paz con el tunecino, exigiéndole solamente un tributo anual aunque bastante considerable. Regresó pues la escuadra á Palestina; pero falleció el rey de Navarra en Trapaná á 5 de diciembre de 1270, y las tropas viéndose sin cau-

dillo se volvieron á sus hogares.

ENRIQUE. Como no dejó sucesor, heredó la corona su hermano Enrique, el cual se hallaba encargado del gobierno desde que se ausentó Teobaldo; mas reinó poco tiempo por sobrevenirle la muerte en 1274, dejando el trono á su hija doña Juana que solo tenia dos años.

JUANA I. En virtud de la menor edad de la princesa, encargó la reina madre doña Blanca el gobierno al noble caballero don Pedro de Monteagudo; pero esta medida escitó la envidia en otro llamado García Almoravid, el cual sublevó gran parte de la Navarra á su favor. Hallábase entonces doña Blanca en Francia á contratar el enlace de su hija con Felipe el *Hermoso*; y juzgando que aplacaría la sedicion nombrando una tercera persona para el gobierno, eligió á Eustaquio de Bellemarque, caballero frances; mas los navarros se negaron á obedecerle y se aumentaron los desórdenes. Monteagudo se resintió vivamente de tener que sujetarse á la voluntad de un extranjero, y mucho mas en vista del menoscabo de su autoridad por la cual es-

peraba casar á doña Juana con un príncipe de Aragon para mantener su influjo. Don García Almoravid, que pertenecía á Castilla, anhelaba igualmente á que se verificase con algun infante castellano; y por último otros se inclinaban á que fuese con el gobernador.

La Navarra fue pues víctima de estos partidos, y sufrió todos los horrores de una guerra civil. Monteagudo fue asesinado por don García, y sin embargo su partido se hizo cada dia mas formidable, hasta que finalmente el rey de Francia envió con buen ejército al conde de Arras, el cual restableció la paz y obligó á los sediciosos á refugiarse en reinos extranjeros. Falleció doña Juana en 6 de Abril de 1305, dejando el trono á su hijo.

LUIS HUTIN. Este poseyó ademas la corona de Francia; pero murió en 1316, declarando por heredera de la de Navarra á su hija Juana. Sin embargo, su tio Felipe el *Largo*, hermano de Hutin, se tituló monarca de este reino con perjuicio de su sobrina.

CARLOS I, *el Hermoso*. Por algun tiempo reunió éste las dos coronas, como

hermano y sucesor del monarca anterior; mas Felipe de Valois, que despues heredó la de Francia, renunció la de Navarra, y se la devolvió á doña Juana II de este nombre.

JUANA II. Se casó con Felipe conde de Evreux. Durante su reinado floreció sobremanera el reino, y por su muerte, ocurrida en 6 de octubre de 1349, ocuparon sucesivamente el trono su hijo y su nieto Carlos II y Carlos III, mereciendo el primero por sus acciones el renombre de *Malo*, y el segundo el de *Noble y Generoso*.

CARLOS II, el Malo. Aunque no tenia Carlos mas que diez y ocho años cuando ciñó la corona, ya daba muestras de su maligno y turbulento carácter. Casado con una hija de Juan rey de Francia, la cual habia llevado un dote considerable, exigió aun de su suegro un suplemento de este, y Juan se le concedió por temor de que la jóven esposa no fuese desairada. Fue amigo de don Pedro el *Cruel*; pero al mismo tiempo que hacia la alianza con Castilla, se puso de acuerdo con sus enemigos. Se le atribuyen asesinatos premeditados; asimismo

el haber intentado emponzoñar á Juan su suegro, y á Cárlos su cuñado, consiguiéndolo con respecto á este último, de cuyas imputaciones se defendió muy mal; y por último es indudable que se complacia en escitar turbulencias donde quiera que se hallaba. Afirman que murió abrasado á causa de incendiarse una sábana empapada de aguardiente, en la cual se envolvió para aliviarse del reumatismo que padecía; pero aun cuando así no fuese, lo cierto es que falleció entre acerbos dolores el día 1.º de enero de 1388.

CARLOS el Noble. Subió al trono á los veinte y cinco años de edad: se igualaba en talento á su padre; pero aunque sus inclinaciones eran buenas no poseía la vivacidad y elocuencia de aquel, si bien le era superior en dulzura y afabilidad. Casado con la infanta de Castilla doña Leonor, hermana de don Juan II, dió pruebas evidentes de buen esposo y padre tierno. Su reinado fue pacífico y falleció en 7 de setiembre de 1425, dejando por heredera á su hija única doña Blanca, esposa de don Juan II, entonces infante y despues rey de Aragon,

Y madre del desgraciado príncipe don Carlos de Viana.

JUAN I de *Navarra* y II de *Aragon*. Aunque miraba el aragones con indiferencia la Navarra por ser pais mas agreste que el de Aragon y Castilla, residiendo por lo tanto poco tiempo en Navarra, la imponia no obstante contribuciones escesivas, las cuales continuamente promovian sublevaciones que él mismo procuraba fomentar. Se coligó con sus hermanos los infantes de Aragon contra el condestable don Alvaro de Luna, solamente por coadyuvar á sus miras ambiciosas, y esta guerra causó infinitos males á Navarra.

Contrató el matrimonio de su hija doña Blanca con don Enrique, entonces príncipe de Castilla y despues rey IV de este nombre, mas á poco tiempo introdujo la discordia entre el yerno y su padre. El príncipe don Carlos de Viana, cuyo amable carácter se diferenciaba mucho del de su padre, incurrió tambien en su indignacion, solamente por haber reclamado la corona de Navarra, que le pertenecia desde 1.º de abril de 1441 en que falleció su madre doña

Blanca; y por las instigaciones de su madrastra doña Juana Henriquez, que queria elevar á sus hijos sobre la ruina de los hijastros: vióse el príncipe precisado á ponerse en estado de defensa para libertarse del furor de su padre: la poderosa familia de Beaumont se decidió á favor del príncipe, y esto fue suficiente para que la de Agramont se declarase por el rey, solamente por el odio que se profesaban recíprocamente; sacrificando esta última á su resentimiento particular la justa causa que el príncipe defendia.

Tomó las armas toda la Navarra, originandose una guerra civil, sangrienta y obstinada. Confederóse don Carlos con el rey y príncipe de Castilla, el cual estaba resentido justamente contra su padre; pero los auxilios de éste no fueron bastantes para impedir que en una batalla que presentó quedase prisionero con los principales gefes que le acompañaban. Sin embargo, entusiasmados los navarros por su príncipe, se reconcentró mas y mas su furor, y á no haber recibido don Juan auxilios de Aragon y Cataluña, cuyo reino y principa-

do gobernaba entonces por ausencia de su hermano don Alonso V, hubiera sido espelido indudablemente del trono de Navarra. Las Cortes de Aragon reconociendo en don Carlos su rey inmediato, á causa de no tener sucesion lejítima don Alonso, y ser don Juan su único heredero, procuraron reconciliar al padre con el hijo, con el doble objeto de mirar por sus intereses y restablecer la paz.

Lograron en efecto que se nombrasen diputados de Aragon y Navarra para discutir este negocio; y estos acordaron se repusiesen las cosas en el estado que tenian antes de la guerra, entregando el príncipe á su padre la ciudad de Pamploña y demas plazas de que se habia apoderado; asimismo que el rey levantara el embargo de los bienes confiscados á los que seguian el partido del príncipe, devolviendo á este el principado de Viana y otras posesiones; y por último que se remitiesen al rey de Aragon la transacion de las diferencias, pero quedando mientras tanto don Carlos bajo el dominio de su padre.

Hallábase arrestado el príncipe en el castillo de Monroy, y llevado de la al-

hagüena perspectiva que se le presentaba de recobrar su libertad, firmó incautamente la concordia, si bien con ánimo de quebrantarla en cuanto pudiese; mas no previó los riesgos á que se esponia por el último artículo, dictado quizá por su mismo padre.

Despues de haberse dado las partes los rehenes estipulados, y puesto en libertad el príncipe, era de esperar cesasen las convulsiones políticas; mas bien pronto se declararon contra el concierto varias villas de Navarra, y contando con el auxilio del rey y príncipe de Castilla que deseaban colocar en el trono á don Carlos, se introdujeron por las fronteras del Aragon, llevando tras sí la guerra y la devastacion. Lo mismo hicieron don Juan II de Castilla y el príncipe don Enrique por varios puntos de la Navarra y Aragon, y el príncipe de Viana que se unió en breve á ellos aumentó extraordinariamente con su presencia el fuego de la discordia, la cual destruia las posesiones del partido opuesto, sin que el del vencedor consiguiese ninguna ventaja. Otra vez intentaron las Córtes de Aragon impedir sobreviniesen los ma-

les que amenazaban tan de cerca toda la monarquía, solicitando una suspension de armas por cuatro meses con el desig- nio de probar nuevos medios de concia- liacion; mas opúsose á todos don Juan de Navarra, si bien tuvo despues que con- descender, previendo que serian infruc- tuosos cuantos esfuerzos hiciese contra tan poderosos enemigos. Hizo pues que pasase á Castilla la reina de Aragon pa- ra entablar negociaciones pacíficas entre ella y su hermano don Juan II; pero fa- lleció este á poco tiempo, y su hijo En- rique IV dió pruebas nada equívocas de que no debia esperarse nada de él por su natural inconstancia. Pasó entonces á Nápoles el príncipe de Viana, á fin de implorar la mediacion de su tio; mas tambien le privó de esto á poco tiempo la cruel parca, y habiendo sobrevenido turbulencias despues de su muerte, tuvo que regresar con bastante celeridad.

Viéndose ya don Carlos sin apoyo aceleró la conclusion de la concordia; mas su padre logró engañarle con falsas promesas, y cuando creia próximo el fin de tantas desavenencias se vió nueva- mente preso. En vano quiso el padre

justificarse acusándole de traidor á su rey y patria, pues en el momento tomaron las armas Navarra, Aragon y Cataluña para defender á su inocente príncipe. Vióse pues precisado el desnaturalizado padre á dar libertad al desgraciado prisionero; mas los pesares y aflicciones, ó acaso un veneno segun sospechan algunos, fue causa de que le sobreviniese una dolencia, de la que falleció en 23 de setiembre de 1461. Como no dejó hijos lejítimos declaró en su testamento por heredera de la corona de Navarra á su hermana mayor la infanta doña Blanca, segun lo habia dispuesto de antemano su madre, el rey su abuelo, y lo disponian las leyes fundamentales del reino, las cuales llamaban á las hembras al trono despues de los varones bajo el mismo orden de preferencia con que estos sucedian. Sin embargo, dejándose arrastrar su padre el rey don Juan de su espíritu de venganza, é irritado por el amor que siempre habia profesado doña Blanca á su hermano, se propuso privar á esta de la corona conforme lo habia hecho con el príncipe de Viana.

Casó don Juan á su hija menor doña Leonor de Navarra con Gaston conde de Fox, con el fin de que este proporcionase auxilios para someter á aragoneses y navarros y adelantar sus vengativos designios. Por otra parte, en el momento en que parecia que don Juan iba á reconciliarse con su hijo, se descubrió haber hecho un tratado secreto con el conde de Fox, por el cual se obligaba este á favorecer al suegro contra don Carlos, hasta conseguir la rendicion de la Navarra, é igualmente la del príncipe para hacerle sufrir la pena correspondiente á su supuesta desobediencia. En remuneracion de este servicio le ofreció el rey la sucesion á la corona de Navarra y el ducado de Nemours despues de su fallecimiento, estendiendo esta gracia á sus descendientes fuesen varones ó hembras, y desheredando para siempre á sus hijos el príncipe y doña Blanca, obligándose á no perdonar á estos jamas, aun cuando se le sometiesen. Para justificar en algun modo este inicuo procedimiento, se determinó nombrar jueces, que formando causa al príncipe y á la infanta, y procediendo

hasta la definitiva, los declarasen indignos, inhábiles é incapaces de suceder en la corona de Navarra y demas herencias paterna y materna, como asimismo á sus descendientes. Por último, para que esta sentencia pronunciada por el rey antes de elejir los jueces, tuviese fuerza de ley, se pactó que á los treinta dias de haber entrado en Navarra el conde de Fox, convocaria el rey las Córtes del reino haciendo que la ratificasen, y en su consecuencia fuesen jurados el conde y la condesa de Fox por lejítimos herederos de la corona. Tal era el proyecto que el rey don Juan habia formado tan anticipadamente, á fin de desheredar tambien á su hija doña Blanca; pero apenas murió el príncipe de Viana, trató inmediatamente de deshacerse de la persona de la infanta, único medio que le restaba para colocar en el trono á su querida hija doña Leonor, pues se habia descubierto tan injusto tratado y por consiguiente hecho ilusoria su ejecucion. Valióse á este fin primeramente del artificio y despues de la violencia; sacó de Navarra á la infeliz infanta, y conduciéndola á Bearne, la entregó en manos

del conde y de la condesa de Fox. No obstante, conociendo doña Blanca que indudablemente iba á ser sacrificada, pudo eludir la vigilancia de sus guardas, y dejó en Roncesvalles una protesta en la cual declaraba nulos absolutamente cualesquiera instrumentos que apareciesen en adelante bajo su nombre y firma, como tambien cualquiera renuncia á favor de su hermana, de sus hijos, del infante don Fernando de Aragon ó de otra cualquiera persona, á escepcion del rey de Castilla don Enrique IV, su esposo en otro tiempo, ó el conde de Armeñac; y sabiendo indudablemente que iba á ser entregada al conde, el cual tal vez la sacrificaria en breve tiempo, hizo tres dias despues en san Juan de Pie de Puerto, á 30 de abril de 1461, una donacion *inter vivos* del reino de Navarra y de cuantos estados la pertenecian á favor de su *amado primo* el rey de Castilla, suplicándole la libertase de la opresion en que yacia, ó vengase su muerte: efectivamente, fue reclusa la infeliz infanta en la fortaleza de Ortez, y al cabo de dos años, como opinan muchos, ó á muy pocos dias, como sienten otros, fue en-

veneniada por su ambiciosa hermana la condesa de Fox. No disfrutó don Juan en paz el fruto de sus crímenes : Cataluña tomó las armas con el mayor furor, y erijiéndose en principado independiente, ofreció sucesivamente el señorío al rey de Castilla, al condestable de Portugal y á Renato de Anjou, viéndose precisado don Juan á emplear todas sus fuerzas y talentos militares para someterla. Por otra parte los condes de Fox, ansiosos de ocupar un trono adquirido á costa de un delito execrable, se introdujeron por Navarra, y apoyados por los Beaumonts obligaron á don Juan á que los nombrase por gobernadores del reino. No satisfecha aun su desmesurada ambicion, quisieron varias veces ceñirse la diadema, teniendo el suegro necesidad de apelar á las armas para conservarla. Falleció en 1480, y su hija, que tanto habia anhelado ser reina de Navarra, le siguió á pocos dias de su coronacion.

FRANCISCO FOX, llamado *Febo*. La sucedió en el trono su nieto Francisco *Febo*, hijo de su primojénito Gaston de Fox, muerto siete años antes, y de Mag-

dalena de Francia. Por su extraordinaria hermosura fue llamado así, y las brillantes esperanzas que prometia su reinado fueron frustradas por su temprana muerte, acaecida á los dos años de ocupar el trono. Se sospecha que fue emponzoñado, atribuyéndose este crimen al resentimiento de alguno de los dos partidos que tantas turbulencias habian causado.

JUAN Y CATALINA. Ciñó la corona su hermana doña Catalina, la cual casó con Juan de Labrit, conde de Perigord, á pesar de haber solicitado este enlace el rey de Aragon y Castilla don Fernando el *Católico* para su primojénito, con el objeto sin duda de asegurarse por aquella parte de las irrupciones de la Francia, con quien se hallaba enemistado por disputarle sus derechos al reino de Nápoles.

No fueron vanos sus rezelos; en 1495 se vió precisado á exigir de su sobrina por medio de un tratado, que no permitiria entrar tropas francesas por sus dominios contra Aragon y Castilla, haciendo al efecto una alianza ofensiva y defensiva entre ambos, pues notaba

que tenia alguna amistad con su enemigo. Sin embargo, tres años despues quebrantó el pacto doña Catalina, dando paso á un considerable número de tropas francesas, que llegaron hasta Pamplona; y queriendo imponer respeto al rey Católico, hizo circular ademas la voz de haber cedido á Carlos VIII de Francia el reino de Navarra por el ducado de Normandía. Reclamó don Fernando el cumplimiento del tratado, y exigió nuevas seguridades; pero aunque se le otorgaron, conoció muy bien la mala fe con que procedian. Se cree, no obstante, que habiendo formado Luis XII, sucesor de Carlos, el proyecto de sostener los derechos que tenia á la corona de Navarra Juan de Fox, señor de Narbona, é hijo segundo de doña Leonor, en la persona de su hijo Gaston, el temor de perder la corona si lo verificaba, seria acaso el verdadero motivo de desatender á don Fernando, olvidando, digámoslo así, la jenerosidad con que este siempre habia procedido, y que podia mantenerles en el trono con su poder.

Habiéndose apoderado los venecia-

nos de algunas plazas de Italia, se reunieron todos los príncipes del país para defender sus estados, y como dejamos dicho, tomó parte don Fernando en la liga de Cambray á favor del pontífice. Poco despues, y para disminuir la prepotencia que adquirió Francia, se incorporó así como el papa á la *Liga Santa* con los venecianos y los ingleses. Se acordó al efecto invadir la Guie-na, y los ingleses tomaron á su cargo la empresa ínterin el rey Católico atacaba por tierra; para esto era indispensable tener franco el paso por Navarra, é inmediatamente lo pidió don Fernando, mas le fue negado absolutamente, y aun las exhortaciones de la cabeza de la Iglesia no alcanzaron para retraerlos de su resolución. En consecuencia fueron escomulgados Juan y Catalina, privados de la corona, absueltos sus vasallos de la obediencia, y cedido en propiedad el reino al que le conquistase.

No obstante el apoyo de esta bula, cuya autoridad era indisputable en aquellos tiempos, no solo no la publicó don Fernando hasta tres meses despues

de su concesion , sino que solicitó por medios pacíficos que dejasen transitar sus tropas á la Guiena , ó que le prometiesen no auxiliar al frances; pero tan infructuosas fueron estas jestioncs como los anatemas pontificios, pues mas íntimamente se coligaron. Semejante procedimiento no podia ya disimularse, ni era posible diferir por mas tiempo el rompimiento.

Publicóse, pues, la bula y sentencia del papa, y se tomaron las disposiciones necesarias para la conquista, que se empezó en 21 de julio de 1512, y cinco dias fue tiempo suficiente para verificar la de todo el reino, inclusa la capital, pues el mismo monarca no tuvo valor para defenderse; y aunque auxiliado por la Francia, intentó recobrar sus dominios, la indiferencia con que fue recibido por sus vasallos, y la intrepidez con que se defendieron las tropas castellanas, le obligaron á repasar los Pirineos y á renunciar para siempre aquella corona; si bien conservó la Navarra baja, situada al otro lado de los Pirineos, por condescendencia de don Fernando.

Enrique, su hijo, hubiera tal vez re-

conquistado el reino, si la Francia le hubiese proporcionado los socorros competentes. Hecho prisionero con Francisco I en la batalla de Pavía, logró fugarse, y después dió muestras sublimes de talento en el gobierno de su pequeño estado. Por último, casó á su hija Juana con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y fue abuelo de Enrique IV. de Francia, el cual elevado al solio en 1589, agregó á esta corona aquel resto del reino de Navarra (1).

Conclusion del reinado de don Fernando el Católico.

Siempre habian mirado con envidia los reyes de Aragon y de Francia que los españoles poseyesen la Italia; y apenas ocupó el trono Francisco I, cuando lleno de ardor el jóven monarca frances, quiso hacer valer sus derechos al Milanesado, el cual ocupaba entonces por el favor de la Liga Santa el duque Fran-

(1) Son tan débiles é injustos los alegatos que hacen algunos escritores franceses para sostener que don Fernando no tenía derechos á la corona de

cisco Esforcia, con objeto de que se opusiese á las pretensiones de la Francia.

Invadió en efecto Francisco I la Italia con numeroso ejército, y obligó á replegarse bajo los muros de Plasencia al virey de Nápoles comandante de las armas españolas don Ramon de Cardona; pero tambien fue batido por el mismo, que recobró todo el Milanésado, retirándose despues á Nápoles.

A este tiempo falleció el rey Católico en Madrigalejo á 23 de enero de 1516, declarando por sucesor á su nieto don Carlos de Austria, en atencion á la incapacidad de doña Juana; y gobernador del reino al célebre cardenal de España Jimenez de Cisneros, ínterin cumplia aquel los veinte años que prescribió su abuela. Dió el primer lugar entre sus testamentarios á su mujer doña Germana,

Navarra, calificando de usurpacion su conquista; y por otra parte estan tan bien justificados y defendidos por los historiadores españoles los hechos que dejamos sentados, que creemos supérfluo reproducir aquí las razones en que fundan la vindicacion del monarca castellano, y propias solo de comprenderse en las historias generales para los que gustan consultarlas.

de quien tuvo un hijo que murió á pocas horas de su nacimiento. A pesar de los gloriosos renombres de *Libertador*, *Restaurador*, *Conquistador* y *Gran Capitan* con que justamente honra la historia á este monarca, sin embargo, la desconfianza que hacia de sus mas leales servidores, lo poco inviolable de sus tratados, y por último el espíritu de venganza que dirigió á algunas de sus empresas, obscurecen no poco su buena memoria.

CARLOS I de España y V emperador de Alemania. Aun no habia fallecido don Fernando, cuando el consejo del príncipe envió á España á su preceptor Adriano, natural de Utrech y dean de Lovaina, con el objeto de impedir cualquiera intriga en su perjuicio. Quiso, pues, Adriano apoderarse del gobierno tan luego como finó el rey Católico, hasta que su alumno pudiese venir á encargarse de él; pero el cardenal Cisneros, que segun el testamento de don Fernando debia obtener este cargo, se opuso con teson, si bien se convino por último en gobernar de acuerdo entre ambos. No obstante, algunos manifesta-

ron estar descontentos de que el cardenal rejentase, y aun se propasaron á exigirle los poderes que tenia al efecto; pero Cisneros, despues de apoyar su autoridad en la disposicion testamentaria del rey Católico, viendo que aun no quedaban satisfechos, y que le argüian de que don Fernando, como mero gobernador, no podia delegar sus facultades, los hizo asomar al balcon de su palacio, y señalándoles un cuerpo de dos mil hombres de tropas veteranas, formado en batalla y sostenido por numerosa artillería con mechas encendidas, les dijo: "He aquí, pues, los poderes con que gobernaré la España hasta que venga el príncipe don Carlos." Cumplió en efecto exactamente con sus deberes; se granjeó la estimacion de todos los hombres sabios y sensatos; y por su talento y virtudes se hizo digno de ocupar un lugar distinguido en la historia. Murió en Roa cuando iba á recibir á don Carlos, que llegaba de los Países Bajos; y se sospecha que fue envenenado, á fin de evitar que diese al príncipe algunos consejos saludables, pero perjudiciales á cierta clase de personas.

Habiendo ascendido por sus relevantes meritos á la silla metropolitana de Toledo, empleó parte de sus rentas en formar y equipar un ejército respetable que condujo él mismo contra Oran, y con el cual se hizo dueño de la plaza, oponiendo así un dique á las irrupciones que intentasen hacer los africanos en la península. Fundó y dotó espléndidamente la universidad de Alcalá de Henares; estableció en la catedral de Toledo un cabildo de capellanes que oficiasen segun el rito muzárabe, á fin de que este no se estinguiese enteramente; escribió la primera Biblia complutense que se publicó en España, y esta obra y los muchos establecimientos útiles que erigió han hecho célebre para siempre su nombre.

Condescendiendo don Carlos á las vivas instancias de los reyes y consejo de Castilla para que viniese á tomar posesion de unos estados que habian de pertenecerle muy pronto, dejó los Países Bajos y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de setiembre de 1517; mas apenas fue reconocido y jurado por las Córtes del reino, tuvo que partir

á Aquisgrán á recibir la diadema de aquel imperio, con motivo de haber fallecido su abuelo el emperador Maximiliano, y ser elegido por el cuerpo Germánico. Sin embargo, convocó antes Córtes en Santiago de Galicia á fin de dar á reconocer por gobernador en su ausencia al cardenal Adriano, y exigir al mismo tiempo algun numerario para los gastos del viaje, su coronacion &c. Estas peticiones, y juntamente el celebrar en Galicia las Córtes de Castilla y Leon, lo cual jamas se habia efectuado, no podian menos de producir fatales consecuencias. Efectivamente, los procuradores de Toledo, Salamanca y otras ciudades al pasar por Valladolid para Santiago, quisieron hacer presente á don Carlos que no convenia se celebrasen en aquella ciudad, como asimismo que no debia pedir en ella servicio alguno; pero no pudieron verificarlo porque noticioso don Carlos de su designio, se escusó de oirles hasta Tordesillas, adonde se dirijia para despedirse de su madre; y esta desatencion produjo ya una sublevacion en Valladolid, so pretexto de que iba á llevarse á la reina:

mas se contó con el castigo de algunos de los amotinados, si bien se manifestó ya claramente el descontento jeneral que reinaba. Abrieronse con efecto las Córtes á principios de abril de 1520; mas se opusieron con tanto teson los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Avila y otras ciudades á lo que exigia don Carlos, que nada se acordó, y exasperado este desterró al de Toledo que fue el mas firme, y trasladó las Córtes á la Coruña. Este procedimiento hizo que Toledo tomase las armas acaudillado por uno de sus principales habitantes, llamado Juan de Padilla; y aunque quiso reprimir don Carlos esta insurreccion, lejos de conseguirlo se fomentó estrordinariamente.

Las Córtes de la Coruña se concluyeron á principios de mayo, y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades consiguió don Carlos un servicio de doscientos millones de maravedises en tres años; pero insistieron los procuradores en las pretensiones anteriormente dichas; exigieron ademas que no confriese á estranjeros los empleos pú-

blicos; no estrajese moneda del reino; que regresase pronto; que cercenase los gastos de su casa, según habían hecho sus predecesores; que fuesen españoles los que nombrase en el ínterin para el gobierno; y por último espusieron que era de temer una sublevacion jeneral en caso contrario. No obstante nada adelantaron; y don Carlos despues de exhortar á la paz á los tres brazos representantes del reino, nombró gobernador de Castilla y de Leon al cardenal Adriano, natural de Utrech, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; virey de Valencia á don Diego de Mendoza; justicia mayor de Aragon á don Juan de Lanuza, y capitan jeneral de sus armas á don Antonio Fonseca; y aunque representaron todavia contra el nombramiento de gobernador, no dió oidos y se hizo á la vela en 20 del mismo mes.

En vista del poco aprecio que habían merecido las reclamaciones de los procuradores se sublevaron inmediatamente las ciudades de Segovia, Zamora, Valladolid, Madrid, Avila, Guadalajara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon y otras mu-

chas; elevaron al cardenal sus quejas, y no siendo oídos tomaron las armas y reunieron tan considerable número de fuerzas, que el cardenal mismo llegó á temer por su persona, y se refugió disfrazado en Rioseco, al ver que otras muchas autoridades habian sido víctimas del furor del pueblo. Desde allí escribió á don Carlos el peligro en que se hallaba España y cuan urgente era su venida: lo mismo hicieron los jefes de los tumultuados; pero no es difícil conocer quien lo haria mas razonablemente. Don Carlos contestó que regresaria en breve y accederia á sus solicitudes; mas encargó secretamente á la nobleza que auxiliase á las justicias, y asoció para el gobierno con el cardenal al almirante de Castilla don Fadrique y al condestable don Iñigo de Velasco, lo cual fue suficiente para que Burgos y otras varias ciudades depusiesen las armas. Sin embargo aun consistian las fuerzas reunidas de los sublevados en mas de doce mil hombres de infanteria y caballeria, incluso novecientos que se les reunieron comandados por el obispo de Zamora; y aunque el cardenal les hizo varias proposiciones pacíficas,

las desecharon en nombre de la reina á quien tenían en su poder, y declararon estar dispuestos á sostener sus designios, para lo cual se reconcentraron sobre Rioseco y se apoderaron de Torre-Lobaton villa del almirante. A consecuencia de esto marchó contra ellos un cuerpo de diez mil hombres á las ordenes de los condes de Haro y Oñate; se hicieron dueños de Tordesillas por sorpresa, y alcanzandolos cerca de Villalar, cuando se dirigian á Toro con ánimo de hacerse allí fuertes, los acometieron con tal furor que, á pesar del heróico esfuerzo con que pelearon, fueron deshechos; contribuyendo no poco á la victoria una recia lluvia que sobrevino y les daba en los ojos impidiéndoles pelear: sus principales caudillos, Padilla, Bravo y Maldonado, fueron hechos prisioneros, y sufrieron la pena capital al dia siguiente 24 de abril de 1525.

Tan ejemplar castigo arredró á todos los pueblos, los cuales se acojieron al indulto jeneral que se publicó, siendo castigados solamente los principales autores de las conmociones; pero Toledo, adonde se hallaba doña María Pa-

checo esposa de Padilla, lejos de someterse, opuso tal resistencia, que no consiguieron apoderarse de la plaza las tropas reales hasta que faltos de hombres, víveres y municiones no les quedó otro recurso que capitular. No obstante, aun se hizo fuerte doña María Pacheco en el alcázar, sosteniendose en él por espacio de tres meses, rechazando con indecible valor los continuos asaltos de los sitiadores; y por último despues de haber defendido á palmos el terreno, y cuando no era posible resistir por mas tiempo, se puso en fuga con un hijo suyo, disfrazados de aldeanos, refugiandose en Portugal. Así acabó la guerra llamada de las Comunidades de Castilla, por haber tomado el nombre de Comuneros los que se creian agraviados y empuñaron las armas, derivado de la comunidad ó pueblo cuyos derechos al parecer sostenian; y la llegada del emperador y su clemencia acabaron de restablecer la tranquilidad en todo el reino. Es digna de notarse la respuesta que dió don Carlos á un cortesano que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de los comuneros: «Mejor hubierais hecho, le dijo el bon-

dadoso monarca, en haber avisado á ese caballero de que yo estaba aquí, que en avisarme á mí donde está él.”

Mientras ocurrían estas disensiones domésticas intentó Enrique de Labrit recobrar el reino de sus padres, y con un poderoso ejército que le dió Francisco I penetró sin resistencia en Navarra, hasta el castillo de Pamplona: defendía este el bizarro don Ignacio de Loyola, después fundador de la compañía de Jesus; pero herido en una pierna por una bala de cañon, y por lo tanto imposibilitado de pelear, se rindió el castillo, quedando sujeta al vencedor toda la Navarra el año de 1521. No obstante, en vez de fortificarse en este reino, se introdujo en Castilla con el objeto de fomentar la sedición, y aun puso sitio á Logroño; pero además de la heroica resistencia que halló en esta ciudad, fue atacado y derrotado por la nobleza castellana en las Navas de Esquiros, que le persiguió hasta Pamplona, obligándole á repasar los Pirineos.

Ocurrió por entonces la muerte del pontífice Leon X, y queriendo don Carlos remunerar al cardenal Adriano los

servicios que le habia hecho, empleó todo su influjo en el consistorio romano á fin de que obtuviese la tiara. En efecto, recayó en él la eleccion; pero disfrutó bien poco tan sublime preeminencia, pues falleció antes de transcurrir un año en el de 1523. Sin embargo manifestó bastante su agradecimiento á don Carlos, concediéndole la presentacion de todos los obispados de España como lo habia solicitado, y la administracion perpetua de los maestrazgos de las ordenes militares.

Finalizadas las turbulencias interiores, é igualmente la guerra de Navarra, se vió empeñado don Carlos á emprender otra nueva contra el rey de Francia Francisco I, el cual se declaró desde luego su competidor; y no contento con habersele opuesto, aspirando al cetro imperial, ni con favorecer las miras de Enrique de Labrit sobre Navarra, hizo revivir sus pretensiones al ducado de Milan, despojando violentamente de él á Francisco de Esforcia. Se unió don Carlos con el pontífice Clemente VII, sucesor de Adriano, á fin de arrojar á los franceses de Italia, y despues de reportar las ar-

mas españolas muchas victorias en aquella obstinada guerra, se terminó esta con la célebre batalla dada en 1525 junto á los muros de Pavía, plaza que tenia sitiada Francisco I y defendia el esforzado capitan Antonio Leiva. Comandados los españoles por el marques de Pescara, el cual se hallaba adornado de un sublime talento y pericia militar, derrotaron completamente á los franceses á pesar de ser estos superiores en número, y de haber hecho prodijios de valor animados con la presencia de su mismo soberano, quedando este prisionero de guerra igualmente que Enrique de Labrit y otros caudillos, y los restos de su destrozado ejército huyeron precipitadamente de Italia.

Temió Italia que Carlos se apoderase de ella, pues poseyendo ya á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado y teniendo en su poder al rey de Francia no habia quien se le opusiese, pudiendo decirse que era dueño de la mayor y mejor parte de Europa. Por lo tanto las potencias de Italia procuraron la libertad de Francisco, valiendose al efecto de los medios viles de la traicion y la fuga: mas la fidelidad de don Pedro

de Alarcon que le custodiaba desvaneció todas sus tentativas:

Fue pues preciso transportar á España al ilustre prisionero, y desde Pizzighitonne, donde se hallaba detenido, fue conducido á Madrid con el decoro que correspondia. El emperador le concedió al fin la libertad, aunque bajo ciertas condiciones, siendo la principal de ellas, que habia de abandonar sus pretensiones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países Bajos y Borgoña: las aceptó todas el augusto prisionero por una solemne concordia firmada en Madrid á 14 de enero de 1526, obligandose á restituirse á la prision si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas; pero á pesar de haber empeñado su fe y palabra real, no solamente se negó despues á su observancia, sino que envió embajadores á Carlos V haciendo proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido. Interin se terminaban las negociaciones para el rescate de Francisco, las potencias de Italia, llenas de envidia y temor por el asombroso poder de Carlos, trataron aun por medios viles de

suscitarle enemigos. El marques de Pescara, comandante de las armas imperiales, se hallaba disgustado de Carlos por ciertas etiquetas; y prometiéndose que este abandonaria los intereses de su monarca le hicieron proposiciones para que volviese contra él sus armas, y aun le ofrecieron la corona de Nápoles; mas aquel leal y honrado vasallo, no solo se negó abiertamente á tan indecoroso procedimiento, sino que dió parte á su soberano.

Viéndose, pues, en descubierto los príncipes italianos, formaron una liga, titulándola de la *libertad de Italia*, y por otro nombre *Clementina*, á causa de ser el papa Clemente VII su principal corifeo; tomaron parte en ella la república de Venecia, el mismo duque de Milan, á quien el emperador habia reintegrado en sus estados, el rey de Francia, el de Inglaterra, y los estados de Florencia. Don Carlos hizo presente al papa, por medio de sus embajadores, la imprudencia que cometia fomentando una guerra entre príncipes cristianos, al paso que el turco se habia hecho dueño del Egipto y Rodas, y amenazaba á toda

la cristiandad por la preponderancia que habia adquirido; pero viendo que eran inútiles sus esfuerzos para convencerle, envió contra Roma un cuerpo de tropas escojidas, á las órdenes del duque de Borbon, condestable de Francia, el cual por ciertas diferencias con su corte, habia pasado al servicio del emperador y distinguióse por su valor en la batalla de Pavía. Llegó en efecto á Roma este caudillo; mas habiendo determinado tomarla por asalto, fue el primero que subió al muro y tuvo la desgracia de perecer en él. Sucedióle en el mando el príncipe de Orange; entraron las tropas en la ciudad, la saquearon y asesinaron á cuantos hubieron á las manos de los coligados, durando estos estragos siete dias; y por último cercaron el castillo de Sant-Angelo adonde se habia refugiado el papa. Este despues de defenderse por espacio de un mes, se vió desprovisto de víveres, municiones y dinero, y precisado á rendir el castillo en junio de 1527, obligándose á satisfacer cuatrocientos mil ducados, á entregar á Civitavechia, Parma, Plasencia, Módena y Tiferia, á no embarazar al emperador en los asuntos

:

de Milan y Nápoles, y finalmente á cumplir estas condiciones dentro de seis meses, quedando preso en el ínterin. No obstante se le permitió á pocos dias volver al Vaticano, y desde allí se fugó disfrazado á Orbieta, ciudad fuerte y guarnecida por tropas de sus parciales.

Aunque estaba justamente resentido don Carlos del proceder del pontífice, le causó tanto pesar la noticia de los desórdenes cometidos por sus tropas en Roma, que mandó suspender los regocijos públicos que se celebraban en Valladolid por el nacimiento de su primojénito Felipe, dado á luz por la emperatriz doña Isabel, hermana de don Juan III, rey de Portugal.

Entre tanto introdujo Francisco I un nuevo ejército en Italia, con el pretexto de libertar al pontífice; y después de apoderarse de Génova y Pavía, entró por el reino de Nápoles y puso sitio á su capital. Hallábase poco guarnecida; pero encerraba dentro de sí á los mas insignes capitanes de aquellos tiempos, cuales eran don Hugo de Moncada, don Pedro de Alarcon, el príncipe de Orange, el marques del Vasto y otros;

sin embargo, derrotada la escuadra española por la francesa, mandada por Filipin Doria, muerto el valiente Moncada y otros caudillos en la refriega, prisioneros otros, bloqueado el puerto y por último disminuida considerablemente la guarnición, era imposible que se defendiese mucho tiempo la plaza, y al primer asalto se hubiera rendido á no suceder un acontecimiento extraordinario. Andres Doria, célebre capitán de marina al servicio de Francia, que mandaba un gran número de galeras propias, se pasó al emperador por cierto desaire que había recibido del jeneral frances, y accediendo á las ventajosas propuestas que le hizo el príncipe de Orange, introdujo en Nápoles por medio de su sobrino Filipin un oportuno refresco de tropas, víveres y municiones: este suceso reanimó sobremanera á los sitiados, los cuales hicieron prodijios de valor, y habiendo sobrevenido al ejército frances una enfermedad contagiosa, tuvieron en fin que retirarse con no poca precipitación, perdiendo además todo lo conquistado.

Viendo entonces el papa que su partido era ya muy débil y que su corte la

dominaban los extranjeros; y el rey de Francia las pérdidas considerables que habia sufrido en sus expediciones contra Carlos, resolvieron entre sí procurar la paz á Italia, solicitándola del emperador. En efecto condescendió gustoso don Carlos á sus súplicas, y reconciliándose con Clemente, bajo proposiciones decorosas, hizo tambien despues la paz con Francisco I en Cambray año de 1529, bajo los mismos artículos, aunque algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudos de oro, las personas del delfin y de su hermano mayor, que don Carlos conservaba en rehenes para la seguridad del contrato. Se comprendieron en esta paz el rey de Inglaterra y todos los príncipes y repúblicas de Italia, pues aunque Florencia no condescendió al principio, tuvo al fin que sujetarse al vencedor. Pasó despues don Carlos á Bolonia, donde recibió con la mayor pompa la corona imperial de mano del pontífice; y olvidando la ingratitud de Francisco de Esforcia, le concedió nuevamente la investidura del ducado de Milan: últimamente dió á

los florentinos por señor, con título de duque, á un sobrino del papa llamado Alejandro de Médicis, dándole á su hija natural Margarita de Austria por esposa. De Italia pasó el emperador á Alemania, en donde hizo coronar rey de romanos á su hermano don Fernando, poseedor ya de los estados hereditarios de la casa de Austria, y de las coronas de Hungría y de Bohemia. Invadió por entonces estos dos reinos con un ejército respetable el emperador de los turcos Soliman; pero Carlos V al frente de sus tropas le obligó á retirarse. Dirigióse despues el César contra Tunez, y á pesar de lo inespugnable de su goleta, y de las triplicadas fuerzas que tenían los mahometanos, se apoderó de la plaza, restituyendo este reino á su monarca é íntimo aliado Muley Hacen, el cual habia solicitado su favor por haberle despojado de sus estados el atrevido pirata Aradin Barbarroja.

Con motivo de haber muerto el duque de Milan Francisco de Esforcia, declarando á don Carlos por heredero de todos sus estados, renovó sus pretensiones al Milanesado el rey de Francia, en-

cendiéndose de nuevo la guerra. Reportó al principio Francisco I algunas ventajas en el Piamonte, que habia invadido con poderoso ejército; mas el emperador no solo contuvo sus progresos, sino que recobró las plazas ocupadas, se introdujo en la Provenza, conquistó algunos pueblos y cercó á Marsella. Sin embargo, cuando parecia que la Francia estaba amenazada de un terrible golpe, el écsito desmintió las conjeturas, Marsella hizo una vigorosa defensa, y una enfermedad epidémica que sobrevino entre el ejército imperial le redujo bien pronto á menos de la mitad y obligó á Carlos á levantar el sitio y retirarse á Niza. El célebre poeta Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas, seguia la carrera de las armas, acreditando igualmente en ella el valor propio de su ilustre nacimiento, murió en el asalto de una torre inmediata á esta plaza, y esasperado el emperador por la muerte desgraciada de aquel dulce poeta y noble soldado, hizo pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Por último el pontífice Pablo III, sucesor de

Clemente, consiguió se ajustase una tregua de diez años entre Carlos V y el rey de Francia, con cuyo motivo se restituyó aquel á España, quedando al parecer reconciliados ambos monarcas.

Las continuas guerras de Carlos habían apurado sus tesoros y tenían oprimidos á los pueblos con nuevas contribuciones, y los flamencos que creían ser los mas recargados tomaron las armas para defenderse. Amenazaba una sublevacion jeneral en los Países Bajos, que clamaban por la presencia del emperador: como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad, para ir con mayor diligencia, Carlos escesivamente confiado en la buena fe y honradez de Francisco I, pidió paso libre por Francia, y lo obtuvo sin ningun reparo: recibióle Francisco en París con las mayores muestras de afecto, le hospedó en su palacio mismo y le trató con jenerosa magnificencia.

A vista de semejante comportamiento parecia que la reconciliacion de Francisco con Carlos era sumamente sincera; mas como las renunciaciones hechas por aquel al ducado de Milan fueron apa-

rentes, y no habia desperdiciado toda vía ocasion de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apenas pasó un año, so pretesto de vengar la muerte de dos embajadores suyos, que dirijiéndose á Constantinopla fueron asesinados en Italia, cuyo atentado imputaba á secretas disposiciones del gobierno español; si bien con el objeto de aprovecharse del momento en que Carlos V acababa de perder á la violencia de una tempestad la mayor parte de la escuadra que habia enviado contra Argel. Empezó pues á hostilizar el Piamonte, Brabante, Luxemburgo y Rosellon, con otros tantos ejércitos aguerridos y numerosos; pero aunque lograron algunas ventajas y reportaron una brillante victoria sobre los imperiales cerca de Carignan en el Piamonte, no obstante el delfin tuvo que levantar el sitio que habia puesto á Perpignan; el duque de Cleves en Brabante se vió precisado á transijir; el ejército del emperador resarció la mayor parte de las pérdidas que habia sufrido, y por último penetró en Francia auxiliado por Enrique VIII, rey de Inglaterra, y marchando sobre París precedido del

terror y la victoria, puso en tal consternacion á Francisco I, que solicitó la paz en 1544 renunciando todos sus derechos á Milan, Nápoles y otros países, consintiendo ademas en el casamiento del duque de Orleans con una hija del emperador, y cediendo á aquel los Países Bajos con título de rey.

No estaba el imperio menos necesitado de la paz que la Francia, porque la herejía de Lutero, la cual apareció primeramente en Sajonia año de 1517, hacia rápidos progresos á causa de haberse adherido á ella el duque elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y otros príncipes de Alemania. En vano procuró don Carlos sofocarla por medios pacíficos desde que fue descubierta, pues se confederaron contra él los príncipes luteranos y cundió por todas partes el fuego de la discordia y de la rebelion; mas tan luego como cesaron las continuas desavenencias entre España y Francia, se preparó el emperador contra la Liga. No halló tampoco desapercibidos á los *Protestantes*, nombre que tomaron los luteranos por haber protestado contra el concilio de Trento,

celebrado entonces, pues contaban con un ejército de ciento veinte mil hombres; sin embargo, don Carlos despues de haberlos ido debilitando lentamente, se decidió á atacarlos, consiguiendo tan completa victoria que en ella quedaron prisioneros el de Sajonia y el de Hesse, y apaciguadas por entonces las revoluciones que la herejía habia causado. No puede dudarse que el diligente zelo de don Carlos habria disipado para siempre la Liga, la cual se hallaba ya bastante exhausta de recursos; pero Enrique II, sucesor de Francisco I, habia heredado con el trono la envidia y rivalidad que su antecesor tuvo siempre al emperador, y por lo tanto le suscitó una nueva guerra uniéndose á sus enemigos.

En efecto, cuando se hallaba ya don Carlos victorioso de los herejes y ocupado en repeler la invasion hecha por el turco en Alemania, el rey de Francia se apoderó de la ciudad de Metz en Lorena, la cual pertenecia al imperio, é introdujo asimismo la guerra en el Milanesado y los Países Bajos. Tuvo pues que contemporizar el emperador con los protestantes, y aun restituyó la libertad á

sus principales gefes, á fin de que se se-
 parasen de la alianza con Francia, y
 reuniendo un ejército respetable empen-
 dió la reconquista de Metz con sumo em-
 peño. Encerróse en la plaza el duque de
 Guisa y la defendió heroicamente; mas
 hubiera tenido que rendirla á no ser la
 estacion muy rigorosa y haber sobreveni-
 do una enfermedad contagiosa en el ejér-
 cito imperial, cuyas circunstancias obli-
 garon al César á levantar el sitio. Esta
 desgracia le causó aun mas pesar que la
 que experimentó delante de Marsella, y
 desde entonces miró ya con tedio el arte
 de la guerra. Dos años despues fue tam-
 bien derrotado su ejército por las armas
 francesas cerca de Renti en el pais de
 Artois; y esta noticia, acabando de des-
 engañarle del mundo y de sus glorias,
 le hizo prorumpir: "¡Cómo se conoce
 que la fortuna es dama cortesana, que
 gusta de los mozos y se cansa de los vie-
 jos!" Fatigado ya por último de las ar-
 mas, y padeciendo bastante de la gota y
 otros achaques, renunció la corona de
 España con los reinos de Nápoles, Sici-
 lia, Cerdeña, los Países Bajos y el Mila-
 nesado á favor de su hijo el príncipe

don Felipe, declarando anejas á la corona de Castilla las posesiones de América conquistadas en su tiempo, y el imperio á don Fernando ya rey de romanos. Falleció en 21 de setiembre de 1558 en el monasterio de Yuste, orden de san Gerónimo, poco distante de Plasencia, donde vivió tranquilamente dos años despues de su renuncia. Su madre la reina doña Juana habia fallecido en 11 de abril de 1555 en el palacio de Tordesillas, adonde se habia retirado desde el trastorn del uso de su razon, que le duró hasta su muerte.

Aunque algunos escritores deprimen bastante la gloria de este monarca por el carácter ambicioso que le dominaba y otros defectos, sin embargo su zelo por la relijion católica, y el heróico empeño con que defendió todos sus estados, haciendo á este fin nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y dos al Africa, le han hecho digno de perpetua memoria.

Desde esta época tomaron los reyes de España el título de Majestad en lugar del de Alteza que usaron hasta entonces,

y los Ricos-hombres el de Grandes de España. Dió nueva forma al Consejo de Estado y estableció el de Indias, de cuyos asuntos entendian varios ministros de otros tribunales desde su descubrimiento. Después que Colon descubrió el nuevo mundo, muchos insignes españoles continuaron haciendo interesantes conquistas y descubrimientos. En 1518 Fernando de Magallanes, portugues, descontento de su soberano porque no remuneraba sus servicios, pasó á España á ofrecerlos, y habiendose hecho á la vela desde Sevilla con cinco navíos descubrió en 1519 el estrecho á que dió su nombre. Hernan Cortés, natural de Medellin en Estremadura, acabó de conquistar á Méjico en 1521; y para quitar á sus soldados la esperanza de regresar á su patria antes de conseguir tan arriesgada empresa, hizo echar á pique los bajeles que los habian conducido, dando así una prueba evidente del sublime valor y patriotismo que le animaba. En 1526 se hizo dueño del Perú el valiente extremeño Francisco Pizarro, siguiéndose á esta conquista las de Chile y el Paraguay. A pesar del extraordinario engrande-

cimiento que por tan ricos descubrimientos adquirió la España, lo cual causaba envidia y admiracion á todas las demas potencias, no obstante las continuas guerras habian disminuido considerablemente su poblacion y agotado su erario; y esta nacion, que justamente se la reputaba entonces por la primera de Europa, principió á decaer en el reinado de Felipe II, cuya fatalidad se manifestó mas en el de su hijo Felipe III, se aumentó en el de su nieto Felipe IV, y llegó al extremo en el de su viznieto Carlos II, último de la dinastía austriaca.

FELIPE II. Durante la permanencia del emperador en Alemania, adonde partió para sosegar las turbulencias acaecidas en el imperio, habia gobernado la España don Felipe, dando muestras evidentes de estar adornado de igual acierto y prudencia que su padre; y hallandose heredero ya de todos sus estados, heredó tambien la guerra contra la Francia, si bien tenia las mejores tropas de Europa, y los mas ilustres capitanes para sostenerla con reputacion. Era pues aparente la amistad que reinaba entre franceses y españoles desde las anterio-

res discordias, y bien pronto volvieron á tomar las armas los primeros con el designio de favorecer al pontífice Paulo IV que intentaba despojar á don Felipe de los estados que poseia en Italia. En vano procuró este persuadir al papa que desistiese de tan escandalosa idea, pues ademas de no acceder á tan justa solicitud, puso presos á los embajadores enviados al efecto. Vióse entonces precisado don Felipe á repeler la fuerza con la fuerza, y enviando un ejército de trece mil hombres á las ordenes del duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles á la sazón, se apoderaron las tropas españolas del puerto de Ostende y de cuantas plazas y pueblos hallaron hasta los muros de Roma, la cual igualmente que el papa hubiera sufrido la misma suerte que en el reinado de Carlos V, á no haber admitido la paz que tan jenerosamente le ofreció España.

Al propio tiempo habian entrado los españoles en Francia por la provincia de Picardia, y empezado las operaciones militares por el bloqueo de San Quintin, plaza fuerte sobre el rio Soma. Adelan-

tabase el sitio con el mayor empeño, cuando se dejó ver el ejército frances que venia al socorro de la plaza; pero salieron á su encuentro los tercios españoles mandados por Filiberto duque de Saboya, y atacandole con sumo valor le derrotaron completamente. Noticioso don Felipe de este suceso pasó desde Flandes al campo, y estrechando el sitio de la plaza, se apoderó de ella por asalto en cuatro dias, é hizo pasar á cuchillo toda su guarnicion. Quedó tan sorprendido Carlos V cuando le refirieron esta memorable victoria, que no pudo menos de preguntar *¿si no estaba ya en Paris el rey su hijo?* En reconocimiento de esta dichosa jornada dejó al mundo la piedad del rey el célebre y magnífico monumento del monasterio del Escorial, orden de san Gerónimo, que consagró á Dios en testimonio de su eterna gratitud, y en obsequio del invicto mártir san Lorenzo por haberse dado la batalla en el dia de su festividad 10 de agosto de 1557. Duró su construccion diez y nueve años: la empezó en 1563 el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y la concluyó en 1582 su discípulo

el montañés Juan de Herrera.

Nada hubiera detenido á Felipe II hasta París, á no haber accedido á las proposiciones de paz que el rey de Francia le hizo; pero al año siguiente se renovaron las hostilidades, y los españoles adquirieron nuevos triunfos en la batalla de Gravelingas, no menos digna de eterna memoria que la de san Quintin, quedando desde entonces reputada la infantería española por la mejor de Europa. Por último volvió el francés á solicitar la paz, y don Felipe, que no podía menos de atender á las agitaciones que habian sobrevenido en los Países Bajos, la admitió y firmó en 1559, casándose además para consolidarla con madama Isabel, llamada *de la Paz* por este motivo, hija de Enrique II de Francia, pues se hallaba viudo en segundas nupcias de la reina de Inglaterra doña María.

Habia penetrado por los Países Bajos la sediciosa herejía de Lutero, y hecho en poco tiempo considerables progresos. don Felipe, al regresar de Flandes, dió las órdenes convenientes á fin de mantener en obediencia así á los pueblos como á la nobleza flamenca, y dejó por

:

gobernadora á su hermana doña Margarita de Austria , hija natural de Carlos V , duquesa de Parma y princesa de extraordinario talento, nombrándola por su ministro al cardenal Granvela. Ofendidos el príncipe de Oranje Guillermo de Nassau y los condes de Horn y de Egmond por no haberseles confiado este cargo, al cual aspiraban, y disgustados del rigor que ejercia Margarita para atajar el fomento que habian tomado las opiniones de Lutero, propagadas ya por casi todas las provincias del Norte, se declararon en favor de los protestantes, aprovechándose de estas inquietudes, é hicieron que la nobleza y la plebe se rebelase. Para cohonestar en algun modo su proceder, pretestaron quejas acerca de las nuevas contribuciones que se habian impuesto, y asimismo sobre el establecimiento de la Inquisicion y el agravio hecho á la nacion por la ereccion de nuevos obispados ; por último, so color del bien público, que á su parecer lo exijia , pidieron saliesen del pais las tropas extranjeras, con lo cual lograron desarmar al gobierno. Insensiblemente fueron aumentándose los

descontentos: cerca de cuatrocientos nobles se confederaron, obligándose á permanecer unidos hasta que se suprimiese la Inquisicion y se revocasen los decretos publicados contra los protestantes (1): enarbolado ya el estandarte de la rebelion, hicieron público el ejercicio de la secta protestante, saquearon los templos, y auxiliados por los hugonotes de Francia se hicieron dueños de muchas plazas.

Hallábase la gobernadora sin tropa para reprimirlos, y habiendo pedido auxilio á Felipe II, envió este un buen ejército á las órdenes del duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo, insigne capitan de su siglo. Apenas en-

(1) Cuando hicieron estas peticiones á la gobernadora, se hallaba presente el conde de Valer-
mont, y para animar á la duquesa á que no diese su consentimiento, la dijo: señora, no haga caso de ellos V. A. porque no son mas que unos infelices pordioseros. Exasperados los rebeldes al oír estas palabras, tomaron el nombre de *pordio-
seros*, ó de mendigos, adoptando por distincion una hortera ó escudilla de madera que llevaban atada á la cintura, como asimismo una medalla del rey al cuello con esta inscripcion: *Fieles va-
sallos del rey hasta la hortera. Isla.*

tró en Flandes, cuando mas de treinta mil rebeldes se refujaron en lo interior de la Alemania, y los demas tomaron aunque aparentemente el partido de la sumision, dando treguas á que volviese el príncipe de Oranje con los socorros que habia ido á implorar de los príncipes protestantes. Inglaterra, Dinamarca, Alemania y los hugonotes de Francia pusieron en pie dos ejércitos, uno de quince mil hombres mandados por Luis, hermano del de Oranje, que debia entrar por la Frisia, y el otro de treinta y seis mil, que habia de penetrar por el Brabante. Habian quedado en Flandes muchos jefes de la secta, los cuales solo aguardaban la llegada de las tropas extranjeras para declararse; pero fueron aprehendidos por el duque de Alba, y juzgados por el consejo de la rebellion, el cual condenó á ser decapitados en público á los condes de Egmont y de Horn, y á los demas á ser enrodados, empalados, quemados y ahorcados, segun la gravedad de los delitos en que se los convenia, cuyas penas sufrieron unos en Bruselas, y otros en diversas ciudades de aquellos estados. Esta severidad contuvo

algun tanto á los pueblos, pues ninguno se atrevió á declararse en favor del de Oranje cuando este se dejó ver. Precedióle su hermano Luis de Nassau entrando en Frisia con su ejército, en ocasión que el del duque de Alba se hallaba bastante disminuido por las gruesas guarniciones que tenia puestas en las plazas fuertes. Apenas constaba de doce mil hombres, cuando el ejército enemigo se componia de cincuenta y un mil; pero como venia dividido en dos cuerpos separados, se decidió el de Alba á aprovecharse de esta circunstancia para atacar el primero, mandado por Luis, y forzándole en su mismo campo, le pasó casi todo á cuchillo, sin dejarle ni aun sombra de un solo rejimiento. Revolvió desde Frisia hácia el Brabante, muy á tiempo para recibir al príncipe de Oranje, y sabiendo que este príncipe no tenia ni víveres ni dinero para mantener un ejército tan numeroso, se contentó con irle costeando por medio de algunos campos volantes para ocupar los víveres por todas partes, molestándole tambien por la retaguardia, y echándose sobre ella al paso de los

rios. En esta disposición se fueron paseando los dos ejércitos por todo el Brabante, la provincia de Namur y la de Henao; pero al fin del paseo se halló sin ejército el príncipe de Oranje: unos habían desertado por falta de víveres, y otros habían perecido al tiempo de buscarlos, de manera que el de Oranje se retiró á Francia con solos trescientos hombres descalabrados, tristes despojos de los cincuenta y un mil con que había entrado en Flandes. Cubierto de laureles el general español, volvió á Bruselas, continuando allí y en los demás pueblos los ejemplos de su severidad así contra los herejes como contra los rebeldes; pero en vez de atajar por este medio los progresos de la rebelion, puede asegurarse que fue causa de que al fin se sustrajesen totalmente aquellos estados de la obediencia que debían á Felipe II.

Los que se titulaban *mendigos de mar*, para diferenciarse de los *mendigos de tierra*, equiparon muchas embarcaciones, se apoderaron del puerto de la Brilla, pasaron á cuchillo todos los católicos que se hallaban en él, obligaron

á Hesinga á que se juntase con ellos formando alianza ofensiva y defensiva contra los españoles, recibieron poderosos socorros de Inglaterra y de los protestantes, así de Francia como de Alemania, se unieron con los mendigos de tierra, y redujeron á la rebelion con increíble celeridad las provincias de Frisia, Groninga, Overisel, Utrecht, Holanda, Zelanda, y Zurphen, dando de esta manera principio á la república de Holanda. Verdad es que el duque de Alba, despues de haber derrotado el ejército con que el príncipe de Oranje volvió á entrar en Flandes, habiendo tambien recobrado á Mons, obligó á todas estas provincias á entrar segunda vez en la obediencia de España, escepto Holanda y Zelanda donde dominaba el de Oranje como príncipe soberano; pero como para sujetar estas dos provincias necesitaba de una escuadra, y de dinero con que mantener á sus soldados hambrientos y desnudos, no pudiendo conseguir que de España le enviasen ni uno ni otro, pidió su dimision, y la obtuvo facilmente de la Corte, desengañada ya de que su jenio era el menos á propósito para aquella

empresa en tan delicadas circunstancias.

Retirado el duque de Alba, se encargó sucesivamente el gobierno de los estados de Flandes á don Luis de Zúñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, y á don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, ambos insignes capitanes, y de tan apacible jenio y modales tan gratos, quanto tenían de ásperos los de su antecesor. Los rebeldes al verse en parte acariciados y en parte consentidos, atribuyeron esta conducta á cobardía, y divirtiéndolo á los gobernadores con inútiles conferencias y vanas esperanzas de mantenerse sumisos, procuraron secretamente fortificarse con robustas alianzas. Conocieron finalmente los gobernadores que se les engañaba, y quisieron seguir las máximas del duque de Alba; pero ya era tarde. Los rebeldes se burlaron constantemente así de su rigor como de su benignidad, y aunque perdieron algunas batallas, al cabo la principal parte de Flandes sacudió el yugo de la dominacion española, negando la obediencia á Felipe II, rompiendo su real sello, y erijiéndose en república libre, soberana é independiente. Tan

cierto es que la severidad y la clemencia, aunque sean dos medios muy eficaces para el gobierno de los hombres, de nada sirven y aun perjudican aplicados intempestivamente.

A don Juan de Austria sucedió Alejandro Farnesio, duque de Parma é hijo de Margarita, cuando solo habian quedado dos provincias obedientes de las diez y siete que componian aquellos estados; pero este incomparable caudillo, ya por medio de la negociacion, ya al frente de los esforzados tercios españoles, que á pesar del hambre, de la desnudez y de la fatiga ásombraban al mundo con los prodijios de su valor, consiguió reducir hasta ocho, y atemorizó á Holanda. Además un desertor del ejército real, que finjiéndose afecto al gobierno republicano habia entrado en su servicio, y llegado á merecer la confianza del príncipe de Orange, asesinó á este de un pistoletazo estando á la mesa con su esposa; por este motivo, hallándose la nueva república sin su principal jefe y sin auxilios, á pesar de que se entregó sucesivamente al rey de Francia, á la reina de Ingla-

terra, al duque de Alenzon, al archiduque Matias, y por último al duque de Leycester, favorito de la reina Isabel, los cuales la abandonaron á sus propios recursos, puede asegurarse que al fin hubiera vuelto á la obediencia de Felipe II, si por una indiferencia indiseulpable, ó tal vez por llamar su atencion otros asuntos, no hubiese este desistido de reducirlos en circunstancias tan ventajosas.

A la verdad no dejaban entonces de causar inquietudes los moriscos ó cristianos nuevos de Granada, á causa de haberseles prohibido bajo severas penas algunas prácticas supersticiosas que les habian transmitido sus padres, obligándoles asimismo á observar exactamente la religion católica, á vestir como los cristianos viejos, y á hablar el idioma castellano, pues confederándose en secreto tomaron las armas en 1568, y elijieron por su soberano á un hombre principal de entre ellos, llamado don Fernando de Valor, y desde entonces Mahomet Aben-Humeya, titulándole rey de Granada y Córdoba, cometiendo tan bárbaras hostilidades, que infundieron justos

femores de que volviese aquel hermoso reino á la dominacion mahometana; mas al cabo de dos años de continua lucha se logró sujetarlos, si bien se defendieron obstinadamente por los socorros que recibian del Africa y por la fragosidad de las Alpujarras que les favorecian: para imposibilitarlos de que hiciesen otras tentativas, se les esparció á bastante distancia unos de otros por los pueblos de Castilla.

Por otra parte, habia algunos años que el imperio otomano insultaba frecuentemente á las potencias de Europa, haciendo demasiada ostentacion de su poder, sin que hasta entonces ninguna hubiese tratado de reprimirle. En 1558 se apoderó por asalto de Menorca una escuadra turca, y despues de saquear la isla se retiraron con un cuantioso botin. El arraez Dragut, gobernador de Trípoli, se hizo dueño igualmente de la isla de Gerbes; y á pesar de haberse intentado recobrarla con una pequeña escuadra, la vigorosa defensa que hizo Dragut, el haber acudido en su socorro una escuadra turca, la cual auyentó la española con gravísima pérdida de gen-

tes y galeras, y por último las enfermedades y escasez de víveres que padecieron los españoles, frustró del todo la empresa. Sin embargo, los turcos fueron rechazados por el valor de las guarniciones de Oran y Mazarquivir, cuyas plazas sitiaron; y el peñon de los Velez de Gomera, en la costa de Berbería, conquistado por Fernando el *Católico*, y recobrado por los mahometanos en el reinado de Carlos V, se rindió en 1564 á las armas de Felipe II, mandadas por los insignes generales don Sancho Martinez de Leyva y el marques de Santa Cruz don Alvaro de Bazan. En vano el emperador Selim quiso resarcir esta pérdida acometiendo á la isla de Malta, pues fue tambien rechazado.

Ultimamente se empeñó Selim en conquistar la isla de Chipre, que poseian los venecianos, y ocupó al efecto las ciudades de Nicosia y Famagusta; pero hicieron alianza contra él la república de Venecia, el pontífice Pio V y el rey de España, y en 1571 aprestaron una armada de mas de doscientas velas, confiando su mando al esforzado capitán don Juan de Austria. Avistó este la es-

cuadra enemiga que constaba de mas de trescientas velas en el golfo de Lepanto, ó de Corinto, próximo á la isla de Cefalonia, y atacándola denodadamente obtuvo tan completa victoria, que apresó y echó á pique doscientas galeras, los muertos y prisioneros turcos pasaron de veinte y cinco mil, incluso su jeneral que pereció en el combate, y mas de veinte mil cristianos recobraron su libertad. Dióse esta batalla naval en 2 de octubre de dicho año, y acaso don Juan de Austria, que pudo entonces ocupar el estrecho de Galípoli ó Helesponto, hubiera sorprendido á Constantinopla sino se retirara inopinadamente á Mecina. A los dos años, ó sea en 1573, se preparó otra expedicion contra Tunez, y aunque los venecianos hicieron la paz con los turcos, abandonando pérfidamente la Liga, no pudieron impedir que don Juan de Austria, al frente de doscientas naves y veinte y dos mil hombres de desembarco, se apoderase de la plaza y su goleta sin oposicion alguna, por haberla abandonado su guarnicion y habitantes. Encargó el gobierno del reino á Muley Hamet, hijo de Muley Hacem, imitando

la jenerosidad que con el mismo habia usado Carlos V, y habiendo guarnecido suficientemente la ciudad de Biserta que se le habia entregado voluntariamente, se retiró á Sicilia. Dispuso al año siguiente que se construyese un castillo entre Tunez y la Goleta para defensa de la ciudad; pero acometieron los beyes de Argel y Trípoli ambas plazas con una formidable escuadra, y á pesar del esfuerzo y valor con que defendió la Goleta su comandante don Pedro Portocarrero, asi como la guarnicion de la plaza, la cual se sostuvo mas de un mes en continuo combate, hasta quedar solos treinta hombres que todavia disputaron á palmos el terreno, se hicieron dueños de ella.

Habiendo muerto el rey de Portugal don Sebastian, sin dejar sucesor, en una desgraciada espedicion que hizo al Africa, ocupó aquel trono su tio el cardinal don Enrique, el cual falleció igualmente á los dos años. Por estinguirse ambas líneas masculinas, recayó el derecho al cetro en las hijas del rey don Manuel, antecesor del malogrado don Sebastian, llamada Isabel, madre de Felipe II, y Beatriz, casada con el du-

que de Saboya ; pero murió la primera que era la mayor, y por lo tanto pertenecía la diadema á don Felipe: no obstante aspiraban á ella el duque de Saboya, el de Parma y el de Braganza, como esposos de hijas de otro hijo de don Manuel, que finó antes de reinar, y el prior de Ocrato don Antonio, hijo natural del infante don Luis de Portugal. Gozaba este del favor del pueblo, y no tardó en sublevar el reino, el Brasil, la India, y aun atrajo á su favor algunas potencias extranjeras, logrando al fin tomar las riendas del gobierno, haciéndose por todo esto mas respetable y temible que los otros competidores. Remitió, pues, don Felipe á las armas la competencia, enviando al efecto contra Lisboa una escuadra de cien velas, á las órdenes de don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz, y un fuerte ejército á las del duque de Alba, que se encargó gustoso de su mando á pesar de hallarse de cuartel en Uceda desde que regresó de Flandes. Los progresos que hicieron en esta guerra las armas españolas fueron tan rápidos, que bastaron dos victorias terrestres y una naval para

que se sometiesen á don Felipe todos los dominios portugueses, teniendo su monarca que retirarse á Inglaterra despues de haberse refujiado vanamente en Coimbra, en Oporto y en Viana del Miño.

Logró sin embargo don Antonio que la reina Isabel de Inglaterra, y despues la reina de Francia Catalina de Médicis, el duque de Alenzon y otros príncipes le favoreciesen, llegando á tener una escuadra de sesenta velas tripulada con seis mil ochocientos franceses, con la cual emprendió la recuperacion del reino. A este fin marchó á la isla Tercera, que aun permanecia bajo su dependencia, resuelto á hacerse fuerte en ella; mas saliendo al encuentro de la escuadra auxiliar, la que mandaba el marques de Santa Cruz, no solo la destruyó enteramente apresando y echando á pique casi todos los buques, sino que de resultas del combate, y juzgándose poco seguro don Antonio en la isla, la abandonó dejándola encargada al gobernador, que despues se rindió con su guarnicion, compuesta de ingleses, portugueses y franceses.

Pero no siempre acompañaba la for-

tuna á las escuadras de don Felipe como á sus ejércitos terrestres, pues muchas veces fueron deshechas por las tempestades. Por otra parte hacia bastante tiempo que la reina Isabel de Inglaterra provocaba su enojo, ya socorriendo y fomentando la insurreccion de Flandes, ya autorizando á los corsarios de su nacion para que persiguiesen y apresasen embarcaciones españolas: por este motivo saqueó y asoló el intrépido marino Francisco Drack la isla de Santo Domingo, Cartajena de Indias, la Florida, Jamaica, y otras varias colonias españolas. Tan repetidos insultos hechos al pabellon de España y á su monarca debian ser vengados: á este efecto mandó don Felipe aprestar en Lisboa una formidable escuadra, que por ser superior á cuantas se habian visto hasta entonces en los mares se llamó la *Invencible*, pues se componia de ciento treinta velas y de veinte mil hombres de desembarco. Hízose á la vela en el mes de julio de 1588, á las órdenes del esforzado jeneral marques de Santa Cruz, y por su fallecimiento á las del duque de Medina-Sidonia; mas tan luego como do-

bló el cabo de Finisterre, experimentó tan recio temporal que tardó bastante en repararse del destrozo que la causó. Sin embargo, esta desgracia fue solo un prelude de la que sobrevino despues. A vista de las costas de Holanda se levantó un furioso viento que disipándola, estrelló en los escollos una parte de ella. En vano combatieron los españoles contra el furor de los elementos, y contra las escuadras unidas de Inglaterra y Holanda, que aprovechándose de las circunstancias salieron á su encuentro; pues estas se apoderaron de algunos buques, echaron á pique otros, y los restantes se vieron obligados á huir por el norte de Escocia, donde padecieron iguales infortunios, peleando siempre con el hambre, el temporal, las enfermedades, y el enemigo, por manera que el corto número de vasos que pudieron salvarse de tantos desastres, llegaron á los puertos de España en tan deplorable estado que conmovieron sobremanera los ánimos de cuantos los vieron; si bien cuando dieron noticia á don Felipe de pérdida tan grande, solo contestó con demasiada indiferencia: «Yo no los envié á

combatir con las tempestades, sino con los ingleses.”

Orgullosa Isabel por esta especie de victoria, que debió solo á la casualidad, espidió contra las costas de Galicia y Portugal una escuadra de sesenta naves al mando del temible Drack, el cual desembarcó en el puerto de la Coruña, saqueó los arrabales y asaltó la plaza; mas opusieron tan heróica resistencia la guarnicion y sus habitantes, que aun las mujeres (1) y los muchachos se disputaban la gloria de combatir, obligandolos á retirarse con gravísima pérdida, y aunque hicieron otra tentativa contra Lisboa, tampoco fueron mas dichosos que en la anterior. No obstante, á los siete años despues, en el de 1596, volvieron con dobles fuerzas sobre Cadiz, la saquearon

(1) No puede menos de citarse el valor y heroismo de una de estas, llamada Mayor Fernandez de Pita, la cual lejos de arredrarse al ver muerto de un bote de lanza á su marido, acometió con la suya á un alferéz inglés que subia por la muralla, y arrebatándole la bandera le tendió á sus pies. ¡Rasgo admirable de lealtad y patriotismo, digno de imitacion!

y regresaron á Inglaterra con ricos despojos; y aunque quiso Felipe II vengar este insulto, disponiendo al efecto ochenta buques bien tripulados, sufrieron estos la misma suerte que la escuadra anterior, por los temporales que la acometieron en las costas de Galicia, siendo asimismo saqueada la flota por la inglesa, y ademas destruidas por sus continuas correrías muchas de las posesiones españolas en Europa y América.

Tan repetidas desgracias imposibilitaron á don Felipe tener una marina floreciente como deseaba; pero su sagaz política, sus riquezas y sus ejércitos terrestres le hacian aun respetable, como lo experimentó la Francia. Se hallaba esta despedazada y víctima de las sublevaciones orijinadas entre católicos y protestantes durante el reinado de Enrique III; y el oro de Felipe distribuido mañosamente coadyuvó á la formacion de aquella memorable liga católica que produjo en 1589 el asesinato de su soberano. Por fallecimiento de este se estinguió la línea de los Valois, y recayeron los derechos al trono en Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre real,

y rey de la Navarra baja; mas este profesaba el calvinismo, y la casa de Guisa, so pretexto de zelo por la religion católica, si bien solo por lograr sus ambiciosos designios á la corona, se puso á la cabeza de los coligados, resuelto á despojarle de ella.

A pesar de esto Enrique empuñó el cetro, y despues de haber derrotado dos veces al ejército de la liga, puso sitio á París. Don Felipe, á quien recurrieron los coligados, y su jefe el duque de Mayenne, ofreciendole colocar en el trono á su hija Isabel Clara, mandó al duque de Parma Alejandro Farnesio que abandonando el gobierno de los Países Bajos acudiese al socorro de la plaza. Logró efectivamente que don Enrique levantase el sitio, como igualmente el que puso despues á Ruan, coadyuvando sobremanera á estos progresos la celeridad de sus marchas, la ejecucion de dos empresas tan llenas de dificultades, su prudencia y destreza en las retiradas á la vista de uno de los mayores guerreros que ha producido la Francia, todo lo cual le colmó de infinito honor; pero le embarazó bastante la conquista de Ho-

landa, porque cuando volvió la atención hacia ella ya era tarde.

Deseando Enrique poner fin á una guerra tan desastrosa, abjuró el calvinismo y se reconcilió con la Iglesia, destruyendo de un golpe los proyectos de la liga y de Felipe; pero sin dejar por eso de declarar á este la guerra, y de continuar protejiendo la rebelion de las Provincias Unidas (adonde con su consentimiento habia ido el duque de Alenzon á encargarse del gobierno que le ofrecieron los sediciosos) resentido de la proteccion que habia dispensado y dispensaba el monarca español á la liga, á pesar de la decadencia de esta.

Sin embargo, la variedad y poca decision de los sucesos de la guerra causó tanta sensacion en el espíritu de Felipe II, que cansado de esponder cantidades enormes para sostenerla, del continuo trabajo de gabinete, el cual le acarreó varias dolencias habituales y debilitó su vigor, conociendo que se aproximaba el fin de sus dias, y por último, previendo lo poco conveniente que sería dejar á su hijo y sucesor don Felipe, que solo tenia veinte años, un enemigo

tan poderoso y temible como Enrique IV, hizo la paz con este monarca en 1598. A pocos dias de publicada se le agravó la gota, que ya le aquejaba gravemente, y falleció en el Escorial en 13 de setiembre del mismo año, á los setenta y uno de edad y cuarenta y dos de reinado. Este príncipe poseyó cuantas buenas prendas son necesarias para dirigir con acierto el timon del estado, á cuya felicidad se dirigieron siempre sus conatos. Fundó muchos establecimientos útiles, y entre ellos son dignos de citarse el archivo jeneral de Simancas en Castilla, y la universidad y colejos de Dounay en Flandes; aumentó y dotó las escuelas de Lovayna, é hizo construir varios templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en los cuales vive eternizada su memoria. Esta se conserva tambien en las islas Filipinas, que descubiertas por Magallanes en el reinado de Carlos V, recibieron aquel nombre por haber sido conquistadas en tiempo de don Felipe, como lo fue igualmente el Nuevo Méjico y otras rejiones de América. La desgraciada suerte de su hijo

el príncipe don Carlos, habido de su primera mujer, ha dado lugar á conjeturas odiosas, y tal vez ajenas de la verdad. Unos discurren que con motivo de haberle estado prometida en matrimonio la princesa doña Isabel de Valois ó de *la Paz*, que fue despues esposa de su padre, era tan violento el amor que tenia á su madrastra, y causó tan furiosos zelos en el corazon de su padre, que sufocando este los sentimientos de la naturaleza se determinó á cometer un horroso patricidio; pero temiendo se alterase la tranquilidad del reino por este atentado, esparció primero la voz de que el príncipe conspiraba contra su vida, fomentaba la sublevacion de los Países Bajos, y aborrecia el tribunal de la Inquisición, &c.; con lo cual, habiendo conseguido atraerle el odio y desprecio jeneral, le aprisionó y sacrificó á su furor por medio de un veneno. No obstante, algunos aseguran que don Carlos era de un carácter tan discolo é indómito, que don Felipe se vió precisado á arrestarle para corregirle; y que habiendo contraído cierta especie de demencia, le acarreó esta la muerte en 1568,

á los siete meses de prision (1).

Otro de los sucesos mas memorables del reinado de Felipe II, y que obscurece bastante su buena memoria, es la prision del secretario de estado Antonio Perez. Amaba á este apasionadamente doña Ana de Mendoza, viuda del príncipe de Eboli, y dotada de grande talento; pero por desgracia puso los ojos en ella don Felipe, y no pudiendo resistir á sus atractivos á pesar de estar privada de un ojo, era inevitable y aun precisa la ruina de su competidor. Efectivamente, en el elevado destino que este desempeñaba no era difícil hacerle criminal, y bien pronto se le atribuyó la muerte de Juan Escovedo, secretario de don Juan de Austria, hecha por unos asesinos venidos de Aragon, si bien se cree con fundamento que se verificó de orden del mismo rey. En su consecuencia fue inmediatamente preso, y á no haberle

(1) Siendo hasta hoy totalmente desconocidas las causas que precisaron á don Felipe á usar de tanto rigor con su hijo, prescindimos de dar nuestro parecer acerca de estas opiniones, y solo las hemos indicado para que sobre ellas puedan juzgar prudentemente nuestros lectores.

proporcionado la fuga su esposa doña Juana Coello, hubiera acaso acabado sus dias en un suplicio. Refugiado en Aragon quiso publicar su defensa, apoyado en los fueros que gozaba por su patria; pero como era de temer que apareciese el rey en descubierta se le impidió, y acusandole de calvinista fue entregado á la Inquisicion. Sublevóse entonces el pueblo de Zaragoza al ver que se violaban sus privilegios con la prision del secretario, tomó las armas, rompió sus prisiones y le proporcionó huir á Francia, donde aunque infelizmente vivió con la reputacion que merecian sus talentos; mas irritado sobremanera don Felipe al ver se habia salvado su víctima, no solo sació cruelmente su venganza privando á la familia de todos los medios de subsistir, sino que castigó rigorosamente á los autores del tumulto, haciendo perecer tambien en un patíbulo á don Juan de Lanuza, el cual poseia á la sazón la antigua y respetable autoridad de Justicia mayor de Aragon, por haber hecho resistencia contra las tropas reales.

Aunque don Felipe II fue casado cuátro veces, y logró tener sucesion de

todas sus esposas, solo dejó á su muerte un hijo llamado igualmente Felipe, habido en su matrimonio con doña Ana de Austria, que le sucedió en el trono.

FELIPE III. Durante el belicoso reinado de su padre aprendió Felipe III á ser pacífico, y consiguió este renombre con la gloria de haberle merecido. Mandado de la razon, mas que del gusto, procuró la paz á sus vasallos dentro y fuera de España, limitando su ambicion á conservar los dominios que habia heredado de sus padres. Conoció que los laureles ceñidos por éste y su abuelo habian costado á la monarquía sumas inmensas y mucha efusion de sangre, y que no habian consumido menos las conquistas hechas en uno y otro hemisferio, por la necesidad indispensable de asegurar su posesion por medio de numerosas colonias y de sólidos establecimientos; sangre que salia del corazon sin el consuelo de que circulase, y con la seguridad de no volver á él jamas (1). Nun-

(1) A pesar de la declarada propension de don Felipe á la paz, no dejó tambien de empeñarse en algunas expediciones militares. La corte de Roma,

ca fue la monarquía mas dilatada, ni estuvo mas empobrecida: nunca hubo rey mas opulento en minas de oro y plata, ni mas escaso de numerario; las minas eran riquísimas, pero el erario estaba exhausto.

Era menester paz y tiempo para re-

gravemente ofendida de la república de Venecia, por la publicacion de ciertas leyes opuestas á la disciplina eclesiástica, y por su teson en sostenerlas contra todos los esfuerzos del Vaticano, pidió auxilio al rey de España, y este inmediatamente puso sobre las armas con increíbles espensas un respetable ejército de treinta mil hombres, á las órdenes del conde de Fuentes, gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz á Italia, terminándose las diferencias entre Venecia y Roma. Iguales auxilios proporcionó á la duquesa de Mantua, cuyos estados habia invadido pérfidamente el duque de Saboya, obligando á este á solicitar la paz y restituir lo conquistado; y cuando Federico, elector Palatino, adquirió con el favor de los protestantes las diademas de Hungría y Bohemia en perjuicio de Fernando II, favoreció don Felipe á este con cuarenta y ocho mil hombres de todas armas, pudiendo casi asegurarse que debió Federico sus estados á una brillante victoria ganada por los austriacos.

Por mar abatió repetidas veces la insolencia de los mahometanos. El marqués de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Langó y la de los Querquenes. Don Pedro Giron, duque de Osuna, se apoderó de Chircheli en las costas de Berbería; y por su

parar las fuerzas de un cuerpo tan debilitado; y á fin de subvenir á las necesidades mas urgentes de la monarquía, concedieron las Córtes al rey veinte y tres millones sobre la octava del aceite y del vino (1).

disposicion el famoso capitan Francisco Ribera con cinco galeones y poco mas de mil arcabuceros, destruyó totalmente ciento cincuenta galeras, echó cuatro á pique, inutilizó treinta y dos, y puso en fuga las restantes. Don Octavio de Aragon, caudillo de no menos esfuerzo, obtuvo en las aguas de Levante otra memorable victoria contra diez galeras enemigas, apresando seis, pasando á cuchillo cuatrocientos turcos, y haciendo seiscientos prisioneros á la vista de una formidable escuadra, la cual rehusó combatir con tan esforzado enemigo. En 1610 adquirió don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez; y cuatro años despues el brioso don Luis Fajardo se apoderó á viva fuerza del de Marmora, cerca de Tunez. Finalmente sus armas reconquistaron las Molucas, y derrotaron cerca de Filipinas á una escuadra holandesa que se dirijia contra estas islas.

Ascargorta.

(1) Tambien se duplicó el valor de la moneda de vellon; pero este medio, lejos de aliviar á la nacion del deplorable estado en que se hallaba, la sumerjió mas en la miseria, pues subió un doble el precio de los jéneros, y dió lugar á que los extranjeros introdujesen en cambio de la plata cantidades considerables de monedas de cobre fabricadas por ellos. *Ascargorta.*

Don Felipe por su parte concluyó la paz con Inglaterra, y ajustó una tregua de diez años con los Estados jenerales de las siete Provincias unidas, aplicando toda su atencion á conservar buena correspondencia con los príncipes vecinos, particularmente con los de Francia.

Pero todavía abrigaba España en su seno un perenne manantial de inquietudes y de guerras. Habian los moriscos abrazado la relijion cristiana, en el reinado de Fernando el *Católico*, menos por amor á la verdad que por no perder las haciendas que poseian: era por consiguiente muy bastarda su vocacion á la fe; estaban tan acreditados de perversos cristianos como de vasallos infieles, pues no solo habian vuelto á las hediondeces del mahometismo, sino que mantenian perpetua intelijencia con los africanos, y sobre haber sido frecuentemente cojidos en la trama de varias conspiraciones, estaba amenazada España en tiempos tan críticos y calamitosos de otra nueva inundacion de aquellos bárbaros. Muchas veces convocó el rey su consejo para deliberar si seria conveniente purgar enteramente la España de aquella

peligrosa jente, y siempre se dividie-
 ron los pareceres segun la diversidad
 de las inclinaciones ó de los intereses.
 Los ministros que tenian muchos esclavos
 de la nacion mahometana, se declararon
 por su conservacion, y aunque apoyaban
 su voto con varias razones, ocultaban
 la verdadera que les movia á opinar en
 favor de los moriscos. Las mas plausibles
 que alegaban se reducian á que cultivandose
 por ellos la mayor parte de las tierras,
 estas se convertirian en eriales por falta
 de labradores: que en las demas artes
 mecánicas sucederia lo mismo, porque
 suponiendo que los moriscos eran los
 que únicamente las ejercian y las adelanta-
 ban, espelidos ellos, era menester que
 se las declarase tambien desterradas á
 ellas: finalmente, ponderaban que ha-
 llándose España lastimosamente despo-
 blada por las numerosas colonias que
 todos los dias pasaban á América, si
 salia tambien esta nacion, el que antes
 era reino podria contarse por espanto-
 so desierto. Pero los ministros, que no
 tenian interes personal en la conserva-
 cion de los moros, fijando solamente su

atencion en el bien del reino, votaron que todos sin escepcion fuesen espelidos. A las razones contrarias respondian que igualmente se debia desconfiar de los servicios de los moros, que de su fidelidad; y mas cuando aquellos podian ser suplidos por los naturales del pais, á quienes la necesidad haria industriosos y aplicados como á las demas naciones de Europa; y como quiera, que siempre se debia temer menos los muchos valdíos en España por dilatados que fuesen, que una multitud de enemigos capaces de formar ejércitos, y tambien conducirlos del Africa. En fin, suponiendo como principio indudable que los moriscos eran enemigos irreconciliables del cristianismo y de los españoles, se limitó la cuestion á estos precisos términos: si era seguro y ventajoso abrigar en el seno del reino una multitud de enemigos jurados, sostenidos por los infieles del Africa. Sin ser necesaria mucha ponderacion, se hicieron ver las fatales consecuencias de este peligroso consentimiento, y se votó la espulsion por casi todos los vocales. Firmado el decreto se publicó y ejecutó

sin dilación, saliendo de España al pie de novecientos mil moros de todos sexos y edades, muy contenta y no menos consolada la piedad de don Felipe III en haber hecho este sacrificio por la tranquilidad de sus estados (1).

Con la misma idea pacífica casó á su hija Ana de Austria con el rey de Francia Luis XIII; gran presente que hizo el rey Católico á la Francia, como lo esperiméntó durante la minoridad de Luis XIV, porque esta reina incomparable, gobernó el reino en calidad de rejente con tal prudencia, religion y valor, en medio de tantas turbulencias, que en dictamen de Luis XIV, *merecia ser contada en el número de los mayores monarcas*. Pudiera desear España que no acabase jamas un reinado tan feliz,

(1) Esta determinacion motivó muchas sublevaciones importantes entre los mahometanos, las cuales costó bastante sufocarlas; pero lo mas particular y lamentable de este suceso fue, que los miserables transportados al Africa fueron víctimas de los árabes, quienes suponiéndoles cristianos los asesinaron, despues de despojarles de los cortos bienes que les quedaban.

en que se dieron la mano la paz y la justicia (1); pero solamente duró veinte y dos años y medio, al cabo de los cuales murió Felipe III en 31 de mayo de 1621, á los cuarenta y tres de edad, dejando por sucesor á su hi-

(1) A pesar de la bella descripción que hace el P. Duchesne del carácter de este monarca, no debemos pasar en silencio el dictamen del señor Ascargorta, fundado en el de otros escritores, por ser algo contradictorio, á lo cual nos ha movido el amor á la verdad, que debe ser compañera inseparable de la historia. "Si las prendas que caracterizan un buen rey, se redujesen todas á la devota piedad, apenas podría hallarse príncipe alguno que hubiese escedido á este monarca en el religioso zelo y caritativa liberalidad de fundar monasterios y otras obras pias; pero por desgracia carecía de todas las demas. Demasiado débil para sostener sobre sus hombros el peso del gobierno, le descargó en su primer ministro el duque de Lerma, quien insuficiente para tan difícil cargo, le abandonó en su confidente don Rodrigo Calderon, hombre obscuro y ambicioso, que de paje del duque subió á la confianza del mismo rey.

Con esto se dice que reinaron los favoritos; y como por lo común nada puede esperarse de esta clase de hombres, ocupados exclusivamente de su interés particular, se comprende con facilidad que el espíritu de intriga sería el móvil de todas sus operaciones, y que la felicidad de los pueblos se hallaría absolutamente escludida de sus cálculos políticos."

jo Felipe IV de este nombre.

FELIPE IV, el Grande. El nuevo monarca tenia solos diez y seis años cuando subió al trono; pero sin duda hubiera correspondido á las alhagüenas esperanzas que inspiraba su caracter y primeras disposiciones, á no haberse entregado despues esclusivamente en manos de favoritos ambiciosos. El conde duque de Olivares don Gaspar de Guzman, que en clase de gentil-hombre habia servido á don Felipe cuando era príncipe, se hizo dueño de su corazon, y no solo consiguió desposeer del ministerio y desterrar á su bienhechor el duque de Uceda, sino que obtuvo el lugar y valimiento que este habia gozado desde el reinado del anterior monarca. Don Rodrigo Calderon fue otra de las víctimas que sacrificó el conde duque á su desenfrenada ambicion. En el reinado anterior se le habia formado causa acusándole de una multitud de delitos; pero no habiendo sido convicto mas que de un homicidio, á pesar de haber sufrido el tormento, fue indultado por Felipe III, y se suspendieron las demas diligencias del proceso;

sin embargo, sus enemigos apoyados por el conde duque, lograron que en el actual reinado se sustanciase de nuevo la causa y fuese sentenciado al último suplicio, cuya pena sufrió con igual constancia que todos sus demas padecimientos, siendo de admirar que no solo conmovió el corazon á cuantos presenciaron su muerte, sino que á pesar de no haberse granjeado durante su preponderancia un solo amigo, no hubo testigo alguno que en su causa declarase voluntariamente y sin necesidad de apremio. A esta desgracia sucedió la de don Pedro Giron, duque de Osuna y virey de Nápoles, el cual fue vilmente calumniado en el reinado anterior de que aspiraba á ceñirse la corona de Nápoles, por los que envidiaban verle cubierto de laureles á causa de las relevantes victorias que ganó sobre los turcos en Levante; pero no pudieron justificar semejante imputacion, por lo cual, y habiendo ocurrido la muerte de Felipe III, desistieron de su perverso designio: insistieron en la acusacion durante el actual reinado, en que olvidando el rey los muchos y distinguidos servicios del duque, oyó con interes

las acusaciones y le hizo arrestar en la fortaleza de la Alameda, pueblo del conde de Barajas. En vano recurrieron los acusadores á cuantos medios les sujirió la intriga para conseguir su intento, pues la variedad y poca constancia de las acusaciones fiscales, los escritos publicados en favor del duque, y aun los mismos que se circularon contra él, testificaban su inocencia: no obstante, se le negó usar del recurso que se concede al mas delincuente, cual es defenderse, y este varon, tan insigne quanto desgraciado, despues de tres años de prision y har-to de padecimientos, se postró á la violencia de una hidropesía que le condujo al sepulcro, con el dolor de ver tan mal remunerados sus servicios.

A pesar de hallarse sumamente aniquilada la monarquía, no dejó el conde duque de seguir la inclinacion de Felipe IV, la cual era mas marcial que la de su padre, y por lo tanto pasó casi todo el tiempo de su reinado en sostener continuas y gravosas guerras que redujeron á la mayor miseria á los pueblos. Ganó muchas batallas y conquistó muchas plazas; pero como si en todas las

campañas hubiera jugado al *gana pierde*, al fin de ellas siempre quedaba descalabrado. Conservóse en paz con Francia por largo tiempo; pero aunque las dos potencias eran amigas, no por eso dejaban de socorrer con tropas auxiliares á sus aliados respectivos: metafísica de estraña naturaleza, que inventó la política para que los príncipes recíprocamente se dañasen unos á otros sin declararse el rompimiento. Con este gusto se hizo la guerra de la Valtelina, pais de los grisones y valle dilatado, que estendiéndose de Norte á Oriente en el Milanesado, acomodaba mucho á la casa de Austria para conservar la comunicacion por medio de esta línea con sus estados de Alemania y de Italia. Apoderada España de la Valtelina desde el año de 1615, para asegurar su posesion habia construido muchos fuertes; pero los venecianos y los grisones se coligaron con la Francia, siendo el fin de esta liga desalojar de aquel pais á los españoles. Con efecto, le ocuparon todo las tropas francesas con las venecianas y las grisonas; pero no pudiendo mantenerle por mucho tiempo, fueron tambien desalojadas

por los españoles, hasta que finalmente despues de varios flujos y reflujos se estipuló por el tratado de Monzon que los grisones quedarian dueños de la Valtelina bajo la garantía de Francia y España. De la misma especie fue la guerra por la sucesion al ducado de Mantua: Carlos Gonzaga, duque de Nevers, príncipe dedicado enteramente á la Francia, era el lejítimo heredero. Tenia España sus razones para estorbarle la posesion, y no permitir que introdujese guarniciones en las plazas. Declaróse Francia por los intereses del duque, y conduciendo el mismo Luis XIII en persona su ejéncito á Italia, forzó el paso de Suza, hizo levantar el sitio de Casal, batió á los españoles en Carignan, y obtuvo de España, por el tratado de Quierasco, que se diese la investidura del ducado de Mantua y del Monferato al de Nevers.

La guerra de Flandes entre las dos potencias, tambien se hizo sin dejar de ser amigas. Pretendia ó pretestaba Francia, que España se habia coligado con los hugonotes, concluyendo un tratado con el duque de Roan, jefe de estos re-

beldes, por el cual se obligaba á ayudarles en la rebelion; y usando de represalias, se coligó la misma Francia con los holandeses, y envió á Holanda al mariscal de Chatillon con tropas auxiliares, que juntas á las de aquellos sediciosos republicanos sitiaron y tomaron á Boistedne, Venlo, Ruremunda, Mastrich y Limburg, juntándose á esto la desgraciada pérdida de dos numerosas escuadras, una de ochenta navios, y otra menos considerable, que perecieron á impulso de dos violentas tempestades. No era fácil que Francia y España se estuviesen batiendo todos los dias en el campo de sus aliados y que al mismo tiempo se conservasen en paz, especialmente cuando solo faltaba el nombre de guerra al proceder de una y otra potencia. Al fin se declaró el rompimiento por parte de Francia, con motivo del elector de Tréveris, á quien tomó bajo su proteccion el rey Cristianísimo. Era el elector frances de corazon, y lo acreditó bien sirviendo lo mejor que pudo contra el rey de España. Mandó Felipe apoderarse de su persona y de su corte, lo que se ejecutó con tanta puntualidad como

fortuna, siendo conducido prisionero á Bruselas. Pidió su libertad el rey de Francia, y habiéndosela negado, declaró á España la guerra con toda solemnidad. Fue muy obstinada por una y otra parte, durando veinte y cinco años con la mayor porfia y con mucha efusion de sangre, acreditando los dos príncipes el encono ó animosidad con que se miraban. No fueron favorables á los españoles las dos primeras campañas, porque perdieron la batalla de Avein, en el pais de Lieja, otras dos en el Piamonte, y casi todo el Milanesado. En los sitios fueron varios los sucesos, alternándose con poca desigualdad por una y otra parte la felicidad y la desgracia. Seria demasiado prolija la relacion si nos detuviésemos á describir todos los acontecimientos. El ejército de Felipe hizo levantar el sitio de Thionville y ganó la batalla á los franceses; mas no por eso dejaron estos de tomar á Arras, y de apoderarse en las campañas siguientes de todo el pais de Artois, una de las mas bellas provincias de los Países Bajos.

Por este tiempo se halló el rey Cató-

lico ocupado por dos sucesos tan molestos como inopinados, manejados ambos por los artificios ocultos de Francia, que le embarazaron acudir al socorro de Artois como lo premeditaba.

Fue el primero la sublevacion de Cataluña (1), que se entregó á Francia; y el segundo la de Portugal en favor de don Juan, duque de Braganza, uno de los herederos de don Enrique y de don Sebastian. Gobernóse la conjura-

(1) Coadyuvó tambien á esta insurreccion lo esasperados que estaban los ánimos de los catalanes por las continuas vejaciones que sufrían de las tropas que transitaban, y la imprudencia con que procedió el conde duque de Olivares, exijiendo las mantuviesen totalmente á su costa, sin atender á los privilegios que gozaban; siendo por esta causa víctima de una sublevacion popular su virey el marques de Santa Coloma. Sucedió á este en el vireinato el marques de los Velez; el cual, al frente de un lucido ejército, no les dió lugar á que recibiesen los auxilios que habian pedido á Francia, y esta les habia prometido, viéndose por lo tanto reducidos al mayor apuro. No obstante, se declararon independientes, y con los socorros que despues les remitió el monarca frances sostuvieron por doce años una continua y porfiada lucha, hasta que finalmente pusieron término á ella los valerosos caudillos marques de Mortara y don Juan de Austria, apoderándose de Barcelona en 1652. *Ascargorta.*

cion con tanta destreza y con tal secreto, que en pocos dias fueron echados del reino todos los españoles, y aclamado universalmente por rey el duque de Braganza. No se descuidaron los franceses en enviar grandes socorros á Cataluña y Portugal, diversion que fue para ellos de suma importancia; porque mientras repartia España sus fuerzas en recobrar á Portugal y en sujetar á Cataluña, perdió el Rosellon, el condado de Artois, la famosa batalla de Roctoy, muchas plazas de Flandes, el mismo Tréveris, donde volvió á ser restablecido el elector, y en fin quedó Portugal por el duque de Braganza (1). Cansaronse

(1) Entregado esclusivamente Felipe IV á las costosas diversiones con que le tenia distraido el conde duque, las cuales absorbían los escasos recursos del erario; ignoraba todavía este suceso, cuando por toda Europa resonaba la noticia de tan considerable novedad; pero siendo finalmente necesario darle parte de ella, y no atreviéndose nadie: "Señor, le dijo su privado Olivares, el duque de Braganza ha hecho la locura de coronarse rey de Portugal: pero ella proporciona á V. M. una confiscacion de doce millones." "Pues bien, respondió sin alterarse el indolente monarca, que se ponga remedio;" y continuó en sus diversiones. No obs-

los aliados de Felipe de llevar el intolerable peso de una guerra tan prolija, y de unos gastos tan inmensos. Enviaron

tante, este suceso acabó de desconceptuar al conde duque, ya sobradamente desacreditado por su mala administracion, y cuyo carácter despótico é intolerable se señalaba como causa de todos los males que alligian al reino. Todo el mundo clamaba por su remocion: los grandes se retiraban de la corte, el pueblo triste y silencioso no daba ya aquellas señales de afecto acostumbradas cuando el rey aparecia en público, pero nadie se atrevia á manifestarle los desaciertos de su favorito. Hízolo al fin la reina, pintándole con los mas vivos colores la miseria que oprimia á los pueblos, y su aya por otra parte le hizo tan repetidas instancias, que ya no pudo resistirse, si bien no teniendo espíritu para intinar al conde la resolucion; aguardó á que este temeroso de la tempestad que amenazaba á su privanza, solicitase su retiro. Cayó efectivamente este hombre ambicioso, pero despues de haber sido el agente y móvil de todas las desgracias, y la principal causa de la pérdida de Portugal; pues ayudado de la reina, que temia hallar un competidor al gobierno en don Juan de Austria, cuando muriese su esposo, no solamente desconceptuó sobremanera á aquel, y le privó de cuantos recursos necesitaba y tenia solicitados para sostener la guerra, sino que hizo decaerse del aprecio que justamente obtenia de su soberano. Igual suerte tuvo el duque de Osuna, quien con un pequeño ejército hizo prodijios de valor; pero este admirable ejemplo de lealtad fue desfigurado ante el rey con el mas negro colorido, por lo cual se le desposeyó del mando:

sus plenipotenciarios á Munster, donde se concluyó la paz entre el imperio, Francia, Suecia y sus aliados, quedando reconocida por Estado independiente y libre la república de Holanda; último golpe que al cabo la arrancó de la dominacion de España.

Gravemente perjudicado Felipe por los artículos de esta paz, se negó á acceder á ellos, y se empeñó en llevar adelante la guerra contra Francia, no obstante de verse solo y de hallarse á la sazón España aflijida con los estragos de la peste. Habia poco menos de cinco años que por muerte de Luis XIII gobernaba la Francia en calidad de rejeta doña Ana de Austria, durante la menor edad de su hijo Luis XIV, y viendo que su hermano don Felipe estaba determinado á continuar la guerra, se olvidó de que era española, acordándose

sin embargo, llevando el duque hasta el extremo su patriotismo solicitó de su sucesor el marques de Caracena que le admitiese en la clase de simple soldado, cuya gracia le fue negada por el marques á pretesto de no tener órdenes de la corte para ello, y además se le redujo á una dura prision, exijiéndole una multa de cien mil ducados. *Ascargorta.*

solamente de que era reina de Francia, rejeta del reino y madre del rey. Mantuvo pues la guerra contra España con el mayor ardimiento, sin considerar en su hermano otro respeto que el de enemigo de Francia, no siendo fácil decidir cual de los dos hermanos adquirió mas gloria en este animoso empeño. Logró Felipe grandes ventajas sobre los franceses en Cataluña, Italia y Flandes, donde penetrando hasta Rems el archiduque Leopoldo, general de sus ejércitos, arrasó la Picardía y la Champaña, tomando á san Venancio, la Quenoca, el fuerte de la Mote-aux-Boix, y se siguieron despues Gravelingas, Mardik y Roctoy.

Fueron echados de Nápoles los franceses despues que el duque de Guisa se habia apoderado de aquel reino: tomóse á Casal que se restituyó luego al duque de Mantua: recobróse á Barcelona con otras muchas plazas de Cataluña; y en fin la victoria de Valenciens colmó las gloriosas expediciones del rey Católico. No fueron menos brillantes las de doña Ana de Austria. Ganó á los españoles las batallas de Arras, Dunas, Lens, Rethel y la Roqueta, ocupandoles por lo

menos tantas plazas como ellos la habian tomado.

Adquirian sin duda grande gloria en esta guerra, así el hermano como la hermana, no menos por las bellas acciones de sus tropas, que por el delicado manejo de sus políticos, y por la destreza en la negociacion; pero los vasallos de una y otra monarquía, exhaustos y fatigados, suspiraban por la paz. Dejaronse convencer los corazones de ambos hermanos de unos deseos tan justos, y pensaron seriamente en consolar con la paz á sus vasallos. Efectuóse esta por el famoso tratado de los Pirineos, mediante el matrimonio de la infanta doña María Teresa con el rey de Francia. Pasaron ya reconciliadas las dos Cortes á las fronteras para celebrar las bodas, compitiendose de una y otra parte la gracia, el esplendor y la magnificencia. Hallóse en estas vistas la reina doña Ana de Austria, sumamente satisfecha al ver colocada en el trono de Francia una sobrina suya, y abrazar un hermano á quien amaba y veneraba con particular ternura. Escusandose con el rey, de la guerra que le habia hecho, respondió Fe-

lipe: "Hermana y señora, vos cumplisteis con vuestra obligacion, y por el mismo caso os estimo mas." Pasó Luis XIV de incógnito desde su campo á la corte de España por ver á la infanta doña María Teresa, y habiendole conocido Felipe por sus bellas disposiciones lo advirtió Luis y se retiró inmediatamente. Luego que se hizo entrega de la infanta, se separaron las dos Córtes recíprocamente satisfechas una de otra, y el mismo año se firmó y publicó la paz entre España y Francia, evacuando los franceses á Italia y Cataluña.

Sin embargo de haber conseguido don Felipe dar la paz á todos sus estados, no podia mostrarse indiferente al conjunto de pérdidas y desgracias, que acumulandose durante su reinado habian desvanecido hasta la esperanza de restituir la monarquía al grado de esplendor con que cien años antes se habia hecho respetar en Europa. Acongojado su espíritu á la vista de tantos afanes y desventuras, enfermó gravemente y falleció en 17 de setiembre de 1665, dejando por sucesor al príncipe don Carlos, hijo de su segunda esposa y sobrina doña María

Ana de Austria; pues los demas varones que tuvo de esta señora, y el príncipe don Baltasar Carlos que nació de su primer matrimonio con doña Isabel de Borbon, habian muerto en su infancia, ó en la flor de su edad.

CARLOS II. Cuatro años escasos contaba á la sazón el nuevo soberano, y de consiguiente fue preciso que su padre dejase encomendada su tutela y la rejen- cia del reino, hasta que cumpliese la edad competente para tomar las riendas del gobierno. Siempre fueron muy ominosas para España las minoridades de sus monarcas, y si esta circunstancia sola habia ocasionado tantos males en tiempos menos calamitosos, cuando la nacion se hallaba constituida en la situacion mas deplorable no debian esperarse mas felices resultados. La reina viuda quedó por disposicion del rey difunto encargada de la tutela de su hijo y del gobierno, asis- tida de una junta compuesta del presi- dente de Castilla, del vice-canciller ó presidente de Aragon, del arzobispo de Toledo, del inquisidor jeneral, de un grande de España, y de un consejero de estado, sin hacerse mencion de don Juan

:

de Austria, digno por su calidad, prendas y opinion de haber merecido el primer lugar en la confianza de su padre. Semejante ingratitud no podia menos de causar disgustos, y mucho mas viendo á la reina entregada esclusivamente á la voluntad de su confesor el padre Everardo Nithard, jesuita aleman, al cual, no teniendo nociones para el gobierno elevó á consejero de estado é inquisidor jeneral; y por último, siendo miembro de la junta, reunió en sí cuantas facultades pertenecian á esta, advirtiendose ademas que deseaba alejar á don Juan de Austria, teniendole por un competidor que podria oponerse á sus desaciertos.

Efectivamente, so pretesto de hallarse amenazadas por Francia las posesiones españolas de Flandes, se le confirió á don Juan el gobierno de ellas; pero previendo este le amenazaba igual suerte que sufrió en Portugal, se negó abiertamente á admitirlo. Esta repulsa le acarreó el salir desterrado de la corte; mas no estando aun satisfechos sus enemigos, pues deseaban deshacerse de él totalmente, se sobornaron personas que

finjiendo ser cómplices en una conspiracion contra la vida del padre Nithard, señalaron á don Juan por su cabeza principal. A consecuencia se decretó inmediatamente su prision, y se enviaron tropas á Consuegra para que desde allí le condujesen al alcazar de Toledo; pero noticioso don Juan se refujió en una fortaleza de Aragon, desmintió públicamente la impostura, y pidió en desagravio la remocion del confesor de la reina, haciendo ver las funestas consecuencias que de lo contrario iban á resultar. No obstante, se le concedió solamente que se acercase á la corte; mas deseoso don Juan de acelerar por este medio la reparacion de su honor, se presentó en breve á tres leguas de Madrid, con una escolta de setecientos hombres de infantería y caballería en orden de batalla. En vano atemorizados los rejentos enviaron al nuncio pontificio para que le manifestase un breve del papa, en que le exhortaba á transijir sus diferencias con la corte, y ademas se le pidieron cuatro dias de término para darle una completa satisfaccion, pues el agraviado caballero contestó: "Que habiendo tenido la

reina mucho tiempo para deliberar, exijia por primera satisfaccion la separacion del padre Nithard, dentro de dos dias, y su salida de España." Los temores de una guerra civil, la proximidad del enemigo, y el amor que le profesaba toda la nacion, la cual se hubiera reunido al momento en su defensa, obligaron á la reina á despedir su confesor, si bien lo hizo con el honor posible, enviandole á Roma en calidad de embajador extraordinario. En seguida solicitó don Juan la remocion del presidente de Castilla, y algun otro miembro de la junta, de los que habian contribuido á ensalzar al padre Nithard, y pidió el vi-reynato de Aragon y Cataluña, ó bien una plaza en el consejo de estado; pero se le exijió antes de contestarle que despidiese la tropa que le acompañaba, y lejos de acceder don Juan á esta peticion se acuarteló en Guadalajara, temiendo quisiesen desarmarle y dejarle burlado. Espidió nuevas ordenes la reina para que entregase la caballería, so pena de ser tratado como rebelde; mas se resistieron sus soldados á abandonarle, y tuvo al fin la reina que entablar una capitula-

cion bastante favorable á don Juan, quien la admitió con la protesta de que no licenciaria las tropas hasta que le cumpliesen las condiciones. Sin embargo se retardó bastante el llevarlas á efecto, y aun se esparció la voz de que se trataba de engañarle, lo cual motivó que todo el reino se conmoviese, ofreciendole socorros, y amenazase por do quiera la guerra civil. Insistió don Juan en que la administracion del real patrimonio debia depositarse en manos fieles; que no se continuasen estrayendo caudales de España para Alemania, al paso que los pueblos estaban sobrecargados de tributos y el erario exhausto; mas la reina á todo contestó ambiguamente, sin acceder á nada. Por último se encargó al nuncio mediase en el asunto, y este usó de tan fina política en la negociacion, que don Juan abandonó sus disposiciones hostiles, si bien con las condiciones de que no se le obligaria á tomar el gobierno de los Países Bajos, y de que se le nombraria, como efectivamente se le nombró, virey y vicario jeneral de Aragon, Cataluña, Valencia, Islas Baleares y Cerdeña, estableciendo su resi-

dencia y corte en Zaragoza.

Aunque restablecida algun tanto la tranquilidad, no por eso cesaron los desordenes de la corte. El lugar y la preponderancia á que llegó el padre Nithard le obtuvo despues don Fernando de Valenzuela, el cual escluido de la casa del duque del Infantado, donde sirvió de paje, se vió de pronto elevado á caballero mayor, grande de España y dueño absoluto de la voluntad de la rejen-te. Eran de esperar fatales consecuencias de esta arbitrariedad, y desde luego se manifestó quejosa la nobleza á pesar de los obsequios que recibió del nuevo favorito; pero afortunadamente cumplió el príncipe los quince años, y encargandose del gobierno inmediatamente, llamó á don Juan al ministerio, desterró á la reina á Toledo, desposeyó á Valenzuela de todos sus honores y rentas, y le confinó en las islas Filipinas. En vista de tan felices disposiciones era muy probable se hubiese restablecido el orden totalmente, á no haber acaecido la muerte de don Juan; mas con motivo de esta, y la débil complecsion, pusilanimidad ó encojimiento del monarca, volvió á sumer-

jirise el reino en un piélago de males é infortunios. Acostumbrado Carlos II desde su niñez á seguir los consejos de los que le rodeaban, siempre ambiciosos del supremo poder, era incapaz de dirigir por sí solo el timon del estado, y por lo tanto llamó á la reina madre; pero como esta, aun cuando no interviniere directamente en los negocios políticos, no obtenia ya la confianza pública, y las providencias del gobierno eran poco conformes para tranquilizar los ánimos y reparar las profundas llagas del estado, acabó de arruinarse la agricultura é industria, llegando al extremo la pobreza y abatimiento de la nacion. Por otra parte, en vez de alentar al comercio (base principal de la felicidad nacional) con oportunos reglamentos, se publicaron pragmáticas reduciendo el valor de varias monedas, prohibiendo el curso de otras, y franqueando el de algunas, aunque con restricciones. Tales desaciertos entorpecieron las negociaciones, y el estado se vió precisado á recurrir al indecoroso medio de vender los principales empleos de todas clases, llegando á ser el dinero un título superior al mérito. Por último

decajó estraordinariamente el valor y disciplina militar, y la falta de poblacion, tropas y caudales fue siendo cada dia mas sensible. Este es el cuadro que ofrece la historia del infeliz reinado de Carlos II.

Tres guerras mantuvo Carlos II contra Francia. La primera fue con motivo de los derechos que la reina de Francia pretendia tener sobre el Brabante y otros dominios de los Países Bajos. Pidió Luis XIV á la reina madre cuando rejentaba la España que le hiciese justicia en esta pretension; mas como no juzgase estos derechos tan lejí-timos é incontestables como la corte de Versalles, se introdujo en Flandes el rey Cristianísimo al frente de un numeroso ejército, y se apoderó de Charleroy, Berg-Saint-Vinox, Furnes, Ath, Tournay, Duay, Ourdenad, Alost y Lilla, deshaciendo sesenta y dos escuadrones que venian al socorro de esta última plaza. Atemorizado el gobierno de España con tan rápidas conquistas, se vió en la precision de oponer á la impetuosidad de este torrente una barrera que fuese capaz de reprimirle. Formóse una

triple alianza entre Inglaterra, Holanda y Suecia para contrabalancear las fuerzas de Francia y para estorbar la invasion de los Países Bajos; pero no obstante este contrapeso, el jóven monarca conquistador se hizo dueño en una sola campaña de todo el Franco-Condado de Borgoña. Propúsosele por parte de la triple alianza, que si restituia el Franco-Condado se le dejaria en posesion de sus conquistas en Flandes, en equivalente de las demas pretensiones. Admitió la proposicion, y se firmó la paz en Aix-La-Chapelle el dia 2 de mayo de 1672.

Fue la segunda guerra á consecuencia de la que el rey Cristianísimo declaró á la república de Holanda para castigarla de algunos motivos de disgusto que habia recibido de ella. En sola una campaña quitó el héroe frances á las Provincias unidas mas de cuarenta plazas fuertes, y se dejó ver á las puertas de Amsterdam. Asustada la república al ver tan rápidas conquistas, introdujo la discordia y los zelos en las demas cortes, logrando por este medio formar una coalicion respetable, á cuyo frente se puso el emperador Leopoldo; y en la que to-

mó parte el elector de Brandemburgo, todos los príncipes del imperio, y los soberanos de España, Inglaterra y Dinamarca. Creyóse que con una confederacion tan poderosa se impondria al rey de Francia; pero lejos de acobardarse, se manifestó mas intrépido que anteriormente. Abandonó sí muchas plazas para reforzar el ejército con las guarniciones, y como si tuviese que lidiar únicamente con la Holanda hizo ofensiva la guerra. Dióse la batalla de Senef con casi igual suceso de una y otra parte, á pesar de haber quedado por los franceses el campo de batálla. Menos feliz fue en Montecasel el ejército de los aliados, donde tampoco lograron el honor de la victoria; pero en Consarbik confesaron los franceses que los españoles los habian acuchillado bien. Con todo eso en esta campaña se hicieron dueños del Franco-Condado, y se apoderaron de muchas plazas fuertes en Flandes. Volvieron á perder algunas, y se comenzó á hablar de la paz. Inglaterra ofrecia su mediacion, y en las conferencias de Nimega sacrificó España á la Francia por el bien de la paz el Franco-Condado con las

ciudades de Ipres, Valenciens, Cambray, Sant-Omer, Arras y Charlemont, recobrando al mismo tiempo otras muchas y muy importantes.

Emprendió Francia la tercera guerra con motivo de la famosa liga de Ausburg: fue obra esta liga de Guillermo de Nassau, príncipe de Oranje, jeneralísimo de las Provincias unidas; político consumado, cuya maniobra supo sembrar zelos del inmoderado poder de la Francia en todas las cortes de Europa con tanta destreza y con tanta felicidad, que llenándolas de susto, logró armarlas contra ella. Era el fin de la liga abatir esta potencia, y despojarla de todas sus conquistas antiguas y modernas para restituir las á sus primeros poseedores. Esto tenia á España mucha cuenta, y accedió al tratado con la esperanza de recobrar los bellos países que la necesidad le habia hecho ceder á Luis el *Grande*, temiendo por otra parte que este formidable guerrero aspirase á la posesion de todos los Países Bajos. Mas el fin particular del autor de la liga era disponer las cosas para que recayese en sus sienes la corona de Inglaterra. Con

esta idea representó artificiosamente á los aliados, que su suegro Jacobo II, rey de la Gran Bretaña, no solo estaba sacrificado, sino vendido á la Francia, y que mientras estas dos coronas estuviesen tan estrechamente unidas serian inútiles todos los esfuerzos de la liga. Hicieron fuerza sus razones, concluyóse el despojo de Jacobo, y fue colocado en el trono el príncipe de Oranje.

Informado Luis el *Grande* de la tempestad que le amenazaba, se previno para resistir á los aliados en el Rhin, donde el Delfin hizo una gloriosa campaña. Más por ceñirnos á lo que toca privativamente á España, todo lo que se puede decir es que por espacio de ocho años consecutivos mantuvo la guerra con mayor valor que dicha. Sin ser bastantes á embarazar sus desgracias los poderosos socorros de los aliados, perdió en Flandes las batallas de Fleurus, Leuza, Steinkerque y Nervinda: en Cataluña las de Ter y Barcelona: en Italia las de Stafarda y Marsaila; siguiéndose despues como funestas y precisas consecuencias de estos infortunios la pérdida de Rosas, Palamós, Gerona, Ostalric y Barcelona en Cata-

luña; y la de Mons, Namur, Dixmunda y Ath en Flandes, añadiéndose el bombardeo de Bruselas, mientras los aliados recobraban á Namur y se apoderaban del Casal; pero al mismo tiempo fue tomado y saqueado en América el puerto de Cartajena. Como al cabo de ocho años se vieron los aliados tan distantes de la ejecucion de sus proyectos, comenzaron á cansarse de una guerra que solo producía mayor gloria y engrandecimiento á la Francia; en cuya disposicion dieron gustosos oídos á las proposiciones de paz que se les hicieron por parte de esta potencia.

Tenia Luis el *Grande* sus ideas sobre la sucesion de España, para las cuales le acomodaba mucho concluir la paz antes de la muerte de Carlos II, que anunciaban próxima las continuas enfermedades de este monarca. Contentándose con la gloria de haber él solo mantenido ventajosamente la guerra contra todas las fuerzas de Europa confederadas, ofrecía restituir á España cuanto la habia ocupado con las armas; y no pudiendo negarse el rey Católico á condiciones tan decorosas, firmó la paz de

Risvik á 21 ó 22 de setiembre de 1697, cuyo tratado restituyó la paz jeneral á toda la Europa por la accesion de las demas potencias belijerantes. Penetró los designios de la Francia el príncipe de Orange, rey ya de la Gran Bretaña, y temiendo que por la muerte sin sucesion del rey Católico, pasasen á un príncipe frances todas las coronas de España, dispuso un proyecto de particion de esta monarquía, el cual hizo firmar en el Haya por los embajadores de la mayor parte de los príncipes de Europa. Sucedió en este tiempo la inopinada muerte del príncipe electoral de Baviera, heredero presuntivo del rey Católico, accidente que desconcertó todo el proyecto. Formóse pues otro de nuevo, por el cual se adjudicaban al archiduque de Austria, hijo del emperador Leopoldo, los reinos de España y de Indias; al delfin de Francia, hijo de la infanta doña María Teresa, los de Nápoles y Sicilia, con las costas de Toscana, Guipúzcoa y la Lorena; dándose al duque de Lorena el ducado de Milan por equivalente.

Reclamó altamente contra este re-

partimiento el emperador, el cual pretendia por entero la sucesion. El rey de Francia, que tenia las mismas pretensiones, no habló palabra; pero aunque mostró esteriormente contentarse con una parte de la herencia, continuó tambien negociando por el todo en Madrid, aunque en secreto. El rey Católico, que por medio de sus embajadores habia protestado contra el primer convenio, no pudo sufrir sin indignacion que las cortes extranjeras quisiesen disponer á su arbitrio de unos reinos cuyo soberano aun vivia, y no habia declarado su última voluntad. Sin embargo, el estado de su salud no permitia se difiriese mucho tan importante dilijencia. La grandeza, el confesor del rey y los ministros no cesaban de estrecharle á que cuanto antes nombrase sucesor, y libertase á la nacion de los males que de lo contrario la amenazaban; pero incierto en la eleccion, hizo varias consultas á personas cuyos pareceres fueron tan diversos como sus respectivos intereses. La irresolucion en que quedó el rey por esta causa, dió márgen á que los embajadores de Francia y Alemania, conti-

nuando sus esfuerzos para ganar parciales, dividiesen la corte, y á que cada uno de los partidos pusiese en movimiento todos los resortes de la intriga para debilitar á su contrario. La casa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarla el rey, como descendiente de ella, y por el influjo de la reina, del almirante de Castilla, del marques de Melgar y del conde de Oropesa, que tenian de tal modo esclavizada su voluntad, que el vulgo solia decir que le habian hechizado. El cardenal Portocarrero y el inquisidor jeneral Rocaberti, que estaban por la casa de Borbon, procuraron estender esta voz supersticiosa, la cual infundi6 cierta desconfianza en el ánimo del rey, y sus dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores.

Por otra parte el P. Fr. Froilan Diaz, su nuevo confesor, apoyaba de buena fe la ficcion, exorcizándole repetidas veces por medio de un capuchino aleman, cuyas voces y anatemas aterraban al doliente sin curarle y aumentaban su pusilanimidad. El pueblo escandalizado pidió á gritos la separacion de

los supuestos hechiceros; y el rey se vió precisado á condescender, perdiendo por este medio la casa de Austria unos agentes tan poderosos. Entonces redoblaron sus esfuerzos los de la de Borbon, y agitado el monarca entre tanta diversidad de pareceres, resolvió consultar tan grave negocio con el pontífice Inocencio XII y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictamen, á pesar de algunos que le contradecian, fue que el derecho á la sucesion de España pertenecia á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin, como nieto de doña María Teresa de Austria, hermana mayor del rey, y segun leyes del reino lejítima heredera de la corona con preferencia á doña Margarita, hermana menor, que estuvo casada con el emperador Leopoldo, y fue abuela del difunto príncipe elector de Baviera. Pretendia el emperador heredar los derechos de este, y pasarlos á su hijo segundo el archiduque Carlos, alegando que no debia atenderse á la primojenitura de doña María Teresa, supuesta la solemne renuncia que habia hecho del trono de España al tiempo de contraer

:

matrimonio con Luis XIV ; pero replicaba Francia, que aun quando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que no habia tenido otro objeto que impedir se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España : inconveniente que cesaba habiendo dejado aquella señora dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia. Convencido finalmente Carlos II de tan sólidas razones, y sacrificando á ellas sus inclinaciones particulares, otorgó su testamento en 2 de octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, duque de Anjou; y habiéndose agravado sus dolencias, espiró en 1.º de noviembre siguiente, dejando encargado el gobierno durante la ausencia de aquel príncipe á una junta compuesta de la reina viuda, del arzobispo de Toledo, de los presidentes de los consejos de Castilla y Aragon, del inquisidor jeneral, del conde de Frijiliana, como consejero de estado, de don Francisco Casimiro Pimentel, conde de Benavente, como grande de España, y del

marques de Ribas don Antonio de Ubi-
lla, como secretario de estado. Con su
muerte se estinguió en España la línea
austriaca que habia reinado muy cerca
de dos siglos, y mudó de aspecto la mo-
narquía con la importante revolucion
acaecida á principios del siglo XVIII.

FELIPE V. Luego que llegó á Fran-
cia el testamento de Carlos II, deliberó
Luis el *Grande* con su consejo de Esta-
do si le aceptaria ó se acomodaria con
el tratado de repartimiento. El tratado
era ventajoso al reino, el testamento al
reino y á la familia. Todo bien conside-
rado se resolvió á aceptar las disposicio-
nes del testamento, como lo hizo el dia
6 de noviembre, y el 19 fue saludado el
duque de Anjou como rey de España
por toda la corte de Francia. La de Ma-
drid le proclamó por su rey en 24 del
mismo mes. Inmediatamente partió para
sus estados, y el dia 4 de abril del año
siguiente hizo su entrada pública en la
capital del reino entre un numeroso
concurso de personas de todas clases, en
medio de las aclamaciones de los gran-
des y del pueblo, con toda la pompa y
magnificencia imaginable para mostrar al

nuevo rey la alegría pública por su elevación á la corona. La fama se habia anticipado á formar un bello retrato de este monarca; pero su presencia escedió á la fama, y se conoció que la copia era inferior al orijinal. Las gracias de la juventud, la disposicion airosa de su cuerpo, el agrado del semblante, las modales nobles y alhagüeñas, su afabilidad, su bondad y su relijion, todo concurría á pintarle al gusto de sus vasallos, y todo les encantaba. No se cansaban de verle ni de admirarle. Mostraron bien en lo sucesivo por la fidelidad, y por el inviolable amor de los castellanos, que aquellas demostraciones eran sinceras, y que sus raices habian prendido en lo mas hondo del corazón; pero aunque el derecho de la sangre, la justicia del testamento del difunto rey, la posesion y los votos de la España concurriesen á asegurar el trono en Felipe, fue menester para su gloria que él tambien le asegurase con su valor. Desde luego le declaró la guerra el emperador Leopoldo, y logró algunas ventajas en las acciones de Carpi y de Chiari. Las demas potencias de Europa zelosas del

engrandecimiento de la casa de Borbon, corridas de verse burladas en el tratado de repartimiento, y engañadas todavía con las esperanzas de lograr alguna parte en la sucesion de España, se ligaron con el emperador: Inglaterra, Holanda, Portugal, Prusia, Saboya y Módena, unas mas presto, otras mas tarde, todas entraron en la liga con el especioso pretesto de restablecer el equilibrio entre las casas de Borbon y de Austria, y de asegurar por este medio el reposo de la Europa.

Acudió pronto Felipe adonde se habia encendido el primer fuego de la guerra; pasó á Italia con su ejército, y destacó tan á tiempo el duque de Vandoma contra un cuerpo de tropas imperiales acampadas en santa Vitoria á las ordenes del jeneral Visconti, que logró sorprenderle y derrotarle completamente. Viéndose atacado tan de cerca el duque de Módena, y sin esperanza de recibir á tiempo el socorro que le prometian los aliados, entregó á los españoles á Módena, Rejio, Correjio y Carpi.

Dueño del Modenes el rey católico, acampó cerca de Luzara á vista de los

imperiales mandados por el príncipe Eujenio de Saboya, el mayor jeneral que tuvo el emperador. Penetró Eujenio que la idea era apoderarse de Luzara, de sus municiones y de una isla que le aseguraba una línea de comunicacion con el campo volante del príncipe Beaumont. Con efecto, este era el designio del rey, cuyas medidas estaban tomadas con tanto acierto, que no era posible desbaratarlas sino á favor de una victoria. Arriesgóse Eujenio al combate; el ataque fue vigoroso, y la defensa aun mas. Muchas veces se dejó ver el rey en lo mas vivo del fuego para animar á las tropas con su presencia y con su ejemplo. Ninguna cosa entusiasmó tanto al oficial y al soldado como la vista de su príncipe, que no reservaba su persona de los mayores peligros. Rechazado el enemigo por todas partes, se retiró á sus trincheras al acercarse la noche, despues de cuatro horas de refriega, y dejando seis mil alemanes muertos y un considerable número de heridos. El ejército victorioso durmió en el campo de batalla que acababa de ganar, y se dispuso á forzar en sus trincheras al príncipe Eujenio, lue-

go que lo permitiera la primera luz del día; pero el príncipe no le esperó, y abandonó antes de amanecer á Luzara con todos sus bastimentos y pertrechos, y la isla que pretendia conservar. No se limitó á esta sola ventaja la victoria. Queriendo el rey aprovecharse de ella puso sitio á Guastala, plaza muy importante, y la obligó á capitular á los seis dias de trinchera abierta (1).

Asegurados los estados de Italia con una campaña tan gloriosa, volvió á Es-

(1) Al mismo tiempo que adquiria don Felipe tan gloriosos triunfos, se presentó delante de Cadiz una escuadra inglesa de ciento cincuenta velas, la cual despues de haber procurado por todos medios captar la voluntad de sus habitantes á favor del archiduque, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos, desembarcó en el puerto de Rota un crecido número de tropas, se apoderó de él sin resistencia, saqueó el de Santa María, y acaso se hubiera hecho dueño de la fortaleza de Matagorda, que defiende la entrada del de Cadiz, si el marques de Villadarias con una pequeña division no lo hubiera rechazado tan bizarramente que se vió obligado á abandonar el proyecto, á refugiarse precipitadamente en Rota con gravísima pérdida, y por último á reembarcarse, desengañado de que en las costas de Andalucía no habia el gran número de parciales que se habia figurado. Recobrada Rota por los españoles ahorcaron á su gobernador, mas

paña Felipe para oponerse al rey de Portugal. Este príncipe, antes aliado suyo, dejó el partido de España y se declaró por los alemanes; lo mismo hizo el duque de Saboya á pesar de ser suegro del monarca español. Hallóse pues con dos enemigos á cual mas peligroso, porque el primero abria á los alemanes una puerta franca hasta el interior de España, y el segundo les franqueaba la misma entrada hasta el centro de la Italia. Sin embargo, siendo mas inminente el

bien por traidor que por cobarde, y la escuadra enemiga dió la vela hácia las costas de Galicia, con el objeto de apresar una rica flota que se esperaba de las Indias occidentales. La dió efectivamente vista en las aguas de Vigo, y no obstante de haberse refugiado dentro de este puerto la acometió con el mayor encarnizamiento, despreciando el fuego de la plaza y de los navíos españoles y franceses que la habian convoyado. Despues de una accion reñidísima y sangrienta por ambas partes, viendo los españoles inevitable su pérdida, pusieron en salvo la jente y algunas mercaderías; y para que los enemigos no se apoderasen de las restantes y de los caudales de la flota, la entregaron á las llamas. Sin embargo, los ingleses no dejaron de libertar gran parte del dinero, retirándose victoriosos con esta presa y la de siete hajeles de guerra y otros de menor porte. *Ascargorta.*

riesgo que amenazaba por la parte de Portugal, á causa de que despues de reconocido en Viena el archiduque por rey de España y sus Indias, con el nombre de Carlos III, habia desembarcado en Lisboa con un cuerpo respetable de tropas inglesas y holandesas, marchó allá don Felipe al frente de su ejército, y á pesar de la obstinacion con que pelearon los portugueses y sus aliados se apoderó de diez á once plazas, sitió á Portalegre, obligó á su gobernador á que se rindiese á discrecion, ejecutó lo mismo con el de Castel-David, sometió todo el pais vecino, y puso en contribucion á las provincias interiores. El gozo que causó en España la felicidad de estos sucesos, se templó con la sorpresa de Gibraltar. No habia en esta plaza mas que ochenta hombres de guarnicion, y los ingleses se apoderaron de ella antes que los vecinos pudiesen tomar las armas para defenderla.

Fue despreciable esta desgracia respecto de las otras que la sucedieron. Revelaronse los catalanes, recibieron en Barcelona al archiduque de Austria, que partió desde Lisboa á sostener la insur-

reccion con sus tropas inglesas y alemanas: cundió el contagio á todo el reino de Aragon; fue proclamado el archiduque rey de España, y le pusieron en posesion de todas sus plazas fuertes. No paró aquí la desgracia; pues el ejército enemigo de Portugal, aprovechandose de estas circunstancias y del momento en que disminuido el ejército de don Felipe por el sitio puesto á Gibraltar eran superiores en fuerza á las que mandaban el marques de Bay jeneral flamenco y el mariscal de Francia Tessé, las cuales no pudieron resistirles, no solo recobró á Salvatierra, á Alburquerque y aun á Valencia de Alcántara, á pesar de la vigorosa defensa que hizo su gobernador marques de Villafuerte, quien despues de sostener cinco asaltos sobre la brecha, solo capituló cuando se vió gravemente herido (1), sino que penetró

(1) La guarnicion de esta plaza, que quedó prisionera y fue enviada á Lisboa bajo la escolta de ciento treinta caballos, aprovechándose en el camino de la negligencia de sus conductores, tuvo bastante resolucion para sorprenderlos, dejarlos atados y regresar con sus caballos á Estremadura. *Ascargorta.*

hasta Badajoz, y se hubiera apoderado de esta plaza á no haberla socorrido oportunamente el mariscal de Tessé. No obstante se introdujo despues en Castilla, se hizo dueño de Ciudad-Rodrigo, de Salamanca y hasta de la misma corte de Madrid (1), y para colmo de la adversidad, la Francia, que con las dos batallas de Turin y de Ramelley acababa de perder toda la Italia y los Países Bajos, no se hallaba en estado de socorrer á España como su urgente necesidad lo habia menester. En fin, el rey fue á poner sitio á Barcelona y se vió precisado á levantarle. Bien necesitaba Felipe un aliento superior á todos los sucesos para no

(1) Merece particular mencion el vituperable medio con que manifestaron en esta ocasion su lealtad á su lejítimo monarca Felipe V las meretrices madrileñas, entregándose voluntariamente á los soldados enemigos para emponzoñarles con la enfermedad mortífera, fruto del desarreglo de sus costumbres. Las mas enfermas eran las mas fáciles, disimulando con perfumes y afeites su estado lamentable, y tuvieron la horrible satisfaccion de ver en breves dias poblados los hospitales de una multitud de soldados, que tardaban poco en pasar á cadáveres, disminuyendo por este medio el ejército coligado en mas de diez mil hombres. *Ascargorta.*

desmayar entre tantas adversidades. Logróle con efecto, y nunca se mostró mas superior á sí mismo. Habiendo juntado prontamente un ejército visoño y coleccionado volvió á conquistar á Castilla, y recobró el reino de Murcia, de que acababan de apoderarse las tropas del archiduque. Mientras el rey batia á los portugueses, su jeneral el duque de Berwick hacia frente á los aliados en el reino de Valencia, donde tenian un ejército numeroso, compuesto de alemanes, ingleses y españoles rebeldes; y habiendolos encontrado en una posicion favorable á sus intentos, los cargó cerca de Almansa, poblacion pequeña del reino de Murcia, derrotandolos tan completamente, que ademas de cinco mil hombres que dejaron muertos en el campo de batalla, hizo mil prisioneros, sin contar diez y ocho batallones, que hallandose cortados se vieron en la precision de rendir las armas. A esta gran victoria se siguió la toma de Requena, Zaragoza, Mequinenza, Lérida, Morella y otras muchas plazas, siendo tambien fruto suyo en la campaña siguiente la de Tortosa y la reduccion de todo el reino de Valencia.

No eran menos triunfantes las armas del rey en el reino de Portugal. Habiendo sitiado y héchose dueño de Mora y Serpa en el año 1707, ganaron sobre los portugueses y sus aliados una victoria considerable cerca de Gudiña, entre Gaya y Evora, por el valor y buena direccion del marques de Bay. Consternados con tantas pérdidas los portugueses y catalanes exigieron nuevos socorros de sus aliados, los cuales se los enviaron tan considerables, que en breve se hallaron otra vez en estado de obrar ofensivamente. Tambien partió de Cataluña Staremborg, jeneral de grande reputacion, con un ejército florido, y llegó hasta Zaragoza; pero alcanzándole allí el rey le presentó inmediatamente batalla, rompió su ala izquierda y la puso en desordenada fuga. No obstante, bien fuese por el demasiado empeño con que se entregaron los españoles al alcance de los fujitivos, ó porque el ala izquierda del ejército real no cumpliese con su deber, logró derrotarla el jeneral aleman, y á escepcion de las guardias españolas, que se retiraron en buen orden, á pesar de que procuró forzarlas, el resto del

ejército del rey fue deshecho, muerto ó prisionero. No se detuvo Staremberg en sitiarse plazas, y persuadido á que su victoria pondría en consternacion á los castellanos, y que si estos recibían al archiduque se decidiría el pleito á su favor, le condujo á Madrid. No omitieron los alemanes circunstancia alguna que pudiese añadir ostentacion y aparato á la entrada triunfante que hizo el archiduque Carlos en la corte; pero la soledad de las calles, el silencio de los vecinos, las puertas y ventanas cerradas, dieron á entender sobradamente que si el archiduque poseía los edificios, don Felipe era dueño de los corazones de sus habitantes, y durante tres meses que las tropas del archiduque estuvieron en Madrid, apenas ganaron una persona de distincion para su partido; notable constancia de fidelidad en que es muy dudoso si se interesó mas el honor de Felipe V que la inmortal gloria de los castellanos. El príncipe amado de sus vasallos, tiene recursos mas vigorosos y mas seguros en la lealtad de sus corazones, que en la fuerza de los tesoros ni en la resistencia de las murallas. Persuadido el

archiduque de que su persona no estaba muy segura en una corte desafecta á su dominacion, la abandonó; y el rey volvió á entrar en ella el dia 3 de diciembre de 1709, restituyendola con su vista los dias claros que la tempestad habia obscurecido. Salió á recibirle toda la villa, y estaba inundado de jente el camino por donde habia de pasar. En toda aquella prodijiosa muchedumbre no se veian mas que demostraciones de alegria, ni se oian mas que repetidas aclamaciones de *viva el rey*. Cada uno se figuraba que habia recobrado á su padre, ó á su protector; y con efecto, Felipe era el protector y el padre de cada uno. Todos ansiaban verle, y ninguno se saciaba por mas que le veia. Con todo eso no concedió el rey mas que tres dias á aquel estremado alborozo de su pueblo. La fidelidad de este habia triunfado del ejército enemigo; era razon que el valor del rey entrase á la parte en aquel triunfo, para que el príncipe y los vasallos encontrasen su gloria por diferentes caminos en la misma revolucion.

Habia tomado el archiduque el camino de Barcelona, y Staremberg seguia

el de Zaragoza, aunque á pequeñas jornadas por falta de bastimentos. Alcanzó el rey sus tropas cerca de Brihuega, y noticiosos de que estaban alojados en aquella poblacion ocho batallones, é igual número de escuadrones ingleses, dió orden para que fuese embestida. Era menester ganarla al primer acometimiento, porque á no ser así al dia siguiente se hallaria el ejército castellano entre el fuego de los alemanes y de los ingleses, siendo indudable que los primeros acudirian al socorro de los segundos. Los oficiales veteranos tuvieron por imposible este golpe; pero el rey opinó de otra manera. La artillería, que fue servida con prontitud y oportunidad, abrió diferentes brechas; el rey formó tres distintos ataques, y á pesar del continuo fuego de los sitiados se apoderó de las murallas de la villa con espada en mano. Atrincheraronse los ingleses en las calles y en las casas; pero batidos en todas partes con el mayor valor, se vieron precisados á rendirse prisioneros de guerra con su jeneral Stanhope; accion gloriosa que fue obra de un solo dia, y no pudo desconocerse en

ella al nieto de Luis el *Grande*. No persuadiéndose Staremberg que seis mil ingleses bien atrincherados dentro de una poblacion, aunque pequeña, pudiesen ser forzados en el corto término de un dia, avanzó para socorrerlos en la confianza de sacarlos de aquel ahogo. El dia que fueron atacados estaba á una marcha de ellos, y con todo eso el rey le ahorró la mitad del camino, porque le alcanzó junto á Villaviciosa. Colocarónse en órden de batalla los dos ejércitos, púsose don Felipe al frente de su ala derecha sobre la izquierda de los alemanes, donde estaban las tropas mas valerosas del ejército enemigo, forzóla despues de alguna resistencia, y apoderándose de su artillería, la apretó tan vivamente, que la puso en precipitada fuga sin que los oficiales pudiesen rehacerla. El duque de Vandome, que mandaba el ala izquierda de los españoles, halló mas obstáculos que vencer y gastó mas tiempo en abrirse camino con la espada; pero al cabo como tan maestro en el arte de pelear, dos veces restableció su órden de batalla, y pasó por medio del enemigo á la tercera carga.

Ya no disputaba Staremborg la victoria, pues lo daba todo por perdido, y solo prolongaba el combate hasta la noche. Llegó esta, y se salvó á favor de las tinieblas dejando en el campo de batalla tres mil muertos, gran número de heridos y tres mil prisioneros. A estos se añadieron otros dos mil que se hicieron en el alcance con casi toda su caballería, cañones, bagajes, banderas, estandartes y cuantos trofeos sirven á aumentar relieves al lustre de una victoria, todo lo cual cayó en manos del vencedor. Apenas pudieron fugarse tres mil hombres del ejército alemán, y tampoco se hubieran estos salvado si la falta de víveres no impidiese á los españoles ir en su seguimiento. Con aquellas miserables reliquias de su florido ejército, aceleró Staremborg su marcha hácia Zaragoza; y aunque por el camino iba publicando que acababa de conseguir una completa victoria y de sujetar toda la Castilla, era difícil conciliar lo que divulgaban los alemanes con la precipitación y el desórden de su marcha. Aun era mas dificultoso concebir como despues de haber conquistado á Castilla, la

abandonaban con tanta jenerosidad al rey don Felipe; mas al fin no dejaron de producir su efecto aquellas gasconadas, porque en virtud de ellas los dejaron pasar libremente, que era todo lo que pretendian. Mientras tanto el monarca lejítimo recojió los frutos mas sólidos, pues cuanto poseian los imperiales desde Brihuega hasta las cercanías de Barcelona, todo cayó en su poder de grado ó por fuerza. Desconfiando ya los aliados de restablecerse en España, y mucho mas de arrancar á Felipe una corona que defendia con tanto valor y gloria, comenzaron á disgustarse de la guerra, y la muerte del emperador José I, hijo y sucesor de Leopoldo, acabó de desconcertar la liga. No habiendo dejado descendencia masculina, fue llamado al trono su hermano el archiduque; y si el deseo de mantener el equilibrio de la Europa habia servido á los aliados de pretesto para tomar las armas, por temer que la casa de Borbon adquiriese una preponderancia extraordinaria sobre las demas potencias, era consiguiente que tampoco mirasen ahora con indiferencia la reunion en una misma

cabeza de todas las coronas, que en otro tiempo hicieron tan formidable á la casa de Austria. Efectivamente, Inglaterra y Portugal convinieron desde luego en una suspension de armas con Francia y España. No obstante, coronado emperador el archiduque, quiso continuar la guerra con los demas aliados suyos; pero la Francia los trató tan mal en Flandes por la victoria que consiguió sobre ellos en Danain, cojiéndoles todas las municiones de guerra y boca, como asimismo por el levantamiento del sitio de Landrecis, y la pérdida de las plazas de Bouchain, de Bethune y de Douay, que se templó infinito su cólera y pensaron en la paz. Tuvieronse las conferencias en Utrecht y se concluyó el tratado en 1713; pero los alemanes no quisieron acceder á él, á pesar de haber tenido que evacuar á Barcelona por no poderla conservar. Desde luego hubiera entrado en su deber por sí misma aquella capital de Cataluña, si el dictamen y el consejo del clero y la nobleza hubiera podido prevalecer contra el ciego furor del populacho. En lugar de someterse á la clemencia del rey, agravaron su rebelion

los barceloneses declarando la guerra á España y Francia, sublevando nuevamente la Cataluña y las islas del reino de Mallorca, y por último solicitando el favor del emperador de Alemania y la Puerta Otomana. A semejante insulto correspondieron España y Francia sitiando á Barcelona por mar y tierra. Los socorros que procuraban introducir en la plaza los rebeldes de Mallorca y de Cataluña fueron interceptados: la trinchera se adelantó vivamente, ocuparonse las fortificaciones exteriores á pesar de la vigorosa defensa de los ciudadanos que peleaban como hombres desesperados, resueltos á vencer ó á quedar sepultados en las ruinas de su ciudad. Derramados en pelotones los miqueletes, así en la campaña como en las gargantas y en los desfiladeros de los montes, inquietaban sin cesar á los sitiadores, cortabanles los víveres, uníanse para sorprender su campo, mataban inhumanamente á cuantos castellanos y franceses encontraban desviados, y causaban mas embarazo y fatiga en el campo real, que el sitio mismo. Pero mientras que se batian las murallas, cayó una cortina y

abrióse bastante brecha. Intimidados los sitiados á que se rindiesen, respondieron que estaban esperando el asalto; y le recibieron con tanto valor, que su defensa mereceria los mayores elogios sino fuera nuevo delito la defensa misma. Arrojadados de la muralla se atrincheraron en las calles, pareciéndoles que siempre les sobraba y quedaba terreno para morir con las armas en la mano.

Con efecto, no esperaban otra suerte, y en realidad no la merecian, sin que pudiese quejarse la razon y la justicia, aunque todos hubiesen sido pasados á cuchillo; pero la clemencia del rey, superior á la obstinacion de los rebeldes, tenia anticipadas las mas benignas providencias para la conservacion de su salud. Nunca dudó aquel juicioso monarca que el furor de la rebellion precipitaria á los barceloneses á los últimos excesos; y con esta prevision, desde el principio del sitio tenia dadas las órdenes mas rigorosas para que en todo caso se les salvase la vida. No pudo olvidarse que era padre de aquel pueblo, y aunque consideraba á sus vecinos como hijos rebeldes, le pareció que podia cas-

tigarlos sin perderlos. Venció la misericordia á la justicia, y fue obedecido esactamente. A la conquista de Barcelona se siguió la rendicion de Mallorca. No era menos delincuente que Barcelona; pero fue menos obstinada, aunque no obstante esperó á ser sitiada y apretada para rendirse, y no mereciendo mas gracia, no por eso tuvo menos parte en la clemencia del rey.

Perdonar despues de haber vencido, y dejarse de vengar teniendo el cuchillo en la mano y el enemigo á los pies, es una grandeza de alma superior á las heroicidades comunes. Domados por las armas del rey los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, y forzados á rendirse á discrecion, tienen motivos para conservar perpetuamente en la memoria y en el agradecimiento la bondad paternal del soberano, que se contentó con el moderado castigo de quitarles los privilegios de que habian abusado. Persuadidos de esta verdad los mismos pueblos despues que dejaron las armas, solo conservaron el dolor de haberlas empuñado contra un príncipe que la esperiencia les hizo conocer merecia todo su

amor, y era acreedor á su fidelidad.

El mismo año de 1715 en que tuvieron fin estas guerras civiles, se acabó tambien la que restaba con el emperador, y desde entonces comenzó España á gustar los dulces frutos de la paz.

Viéndose ya el relijioso monarca en pacífica posesion de sus estados, se aplicó á reparar las brechas que las turbulencias y la licencia de las armas abren siempre en la relijion, en la justicia y en el buen gobierno. Dedicóse á poner en buen estado la marina, á reparar las plazas fuertes, y á mantener en pie un buen número de tropas que hiciesen respetar y asegurasen la tranquilidad del reino. Habiéndole encontrado en situacion muy diferente, le puso en estado de pensar en recobrar sus pérdidas. Ya habia vuelto á conquistar los reinos de Cerdeña y Sicilia, y se disponia á restituirse el de Nápoles, cuando la poderosa liga que se formó entre el emperador, Inglaterra y Francia desbarató una empresa que no se puede dudar estaba bien concertada.

Hasta aquí el reinado de Felipe V se vió lleno de sucesos grandes. A la ver-

dad, no todos habian sido felices; pero todos fueron gloriosos, porque mostrándose siempre grande este insigne monarca en una y otra forma, en ambas mereció el renombre de Felipe el *Valiente*, el *Animoso*. Ninguno de sus predecesores desde el tiempo de Carlos V se habia dejado ver tantas veces al frente de sus ejércitos. Podia Felipe gozar tranquilamente el fruto de sus fatigas en el seno de la paz y en medio de sus vasallos, ganados unos por sus virtudes y conservados otros por su clemencia. Nada faltaba ni á su gloria, ni á su dicha, y no obstante cuando al parecer le lisonjaban mas unas circunstancias tan alhagüeñas, tomó la resolucion de huir de los negocios del mundo, por dar toda su atencion á los de la eternidad. Renunció, pues, la corona en favor de su hijo don Luis, príncipe de Asturias, y se retiró en 1724 á la soledad de san Ildefonso, donde él mismo habia fabricado el mas bello palacio real que hay en España, adornándole de hermosísimos jardines y de suntuosísimas fuentes, cuya amenidad, magnificencia y buen gusto pueden competir con los de Versalles.

Luis I. Era Luis I un príncipe de grandes esperanzas. Subió al trono con todas aquellas prendas que constituyen á un rey, el padre y las delicias de su reino. Con todo eso no costó poco dolor á España ver que el padre abreviaba los años de su imperio por dilatar el de su hijo. ¡Pero qué inciertas son las disposiciones de los hombres! Ellos forman proyectos para lo futuro, y la divina Providencia no pocas veces dispone los sucesos contra toda su espectacion. Al ver al rey Luis con la salud mas robusta en la flor de su juventud, ¿quién no le pronosticaria un imperio dilatado? Y con todo no hizo Dios mas que mostrarlo á España pasajeraamente, sin conceder á este príncipe amable un año entero de intervalo entre el trono y el sepulcro (1); á manera de aquella brillante aurora, cuyo resplandor se descubre con rapidez, y al retirarse se deja ver el sol, que habia coronado con sus rayos. Brevísimo fue el reinado de don Luis; pero afortunadamente ecsistia aun

(1) Falleció de viruelas á los diez y siete años de edad y diez meses de reinado.

el digno príncipe de quien habia recibido la corona y la vida, el cual volvió á ocupar el trono.

Continuacion del reinado de Felipe V.

Inmediatamente que finó don Luis, representaron á don Felipe todos los estados del reino la indispensable necesidad que habia de que volviese á encargarse del gobierno, á fin de evitar los graves males que podian sobrevenir á la nacion en caso contrario; y don Felipe, despues de oir el parecer de su consejo, no pudo menos de condescender, aunque con repugnancia, al voto jeneral de sus vasallos. Continuó, pues, España bajo sus auspicios, adquiriendo nuevas fuerzas y prosperidad, y cuando lo juzgó oportuno determinó el monarca recobrar á Oran, de cuya plaza se habian apoderado los mahometanos mientras se halló ocupado don Felipe en arrojar á los aliados del interior de sus dominios. Conveniale mucho al rey Católico no dejar en poder de los infieles aquella porcion de sus estados, y confió la ejecucion de su plan al duque de Montemar, cuyo jeneral

acreditó la buena elección del rey. Presentarse delante de Oran, batir al ejército de los moros, y hacerse dueño de la plaza, fue obra de un solo día.

A la guerra de Africa se siguió inmediatamente la de Italia. Habia tomado las armas el rey de Francia en favor de su suegro Estanislao, electo segunda vez rey de Polonia. Interesóse Felipe en la razon y en la justicia de su augusto sobrino. Envió á Italia un ejército florido á las órdenes del mismo duque de Montemar, y este entró en el reino de Nápoles, mientras los franceses se apoderaban de la Normandía. Animado por la presencia y valor del infante don Luis, hijo de don Felipe en segundas nupcias, se apoderó de Nápoles, Gaeta y Capua. Tenian los alemanes en aquel reino un ejército igual al español, y era preciso vencerle para acelerar el progreso de las armas católicas. Buscóle el duque de Montemar en el territorio de Barri y le encontró atrincherado en las cercanías de Bisonto; atacó las trincheras con increíble valor, las forzó, y derrotó tan completamente á los imperiales, que fueron pocos los que se salvaron

por la fuga. Hizo prodijios de valor en esta gloriosa accion la infantería y caballería española; y despues que el duque de Montemar rompió aquel dique que se oponia á la rapidez de sus conquistas, se derramó como un torrente por los reinos de Nápoles y Sicilia, apoderándose en menos de un año de todas las plazas que ocupaban los imperiales. Desde allí vino á desalojarlos de las costas de Toscana, y solo la paz puso límites á sus conquistas, dejando á don Carlos en pacífica posesion de los reinos de Nápoles y Sicilia.

Murió en 1760 el emperador de Alemania Carlos VI, último varon de la casa de Austria, dejando por heredera á su hija María Teresa, gran duquesa de Toscana, que inmediatamente tomó posesion de su patrimonio, y fue reconocida reina de Hungría; pero al momento aparecieron dos competidores, que poniendo en combustion la Europa, redujeron á aquella princesa á la situacion mas crítica. El elector de Baviera pretendia la sucesion en virtud del testamento de Fernando I, y en representacion de su cuarta abuela, instituida en

defecto de varones de la casa de Austria.

La pretendia tambien el rey de Polonia, elector de Sajonia; alegando los derechos de su mujer, hija mayor del emperador José, hermano de Carlos VI. Francia tomó las armas favoreciendo las pretensiones del elector de Baviera; el rey de Cerdeña se declaró por la reina de Hungría; y aunque Felipe V aspiraba al todo de la herencia por descendiente de la reina doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, é hija del emperador Maximiliano II, el temor con que verian las potencias europeas á una rama de la casa de Borbon pretender toda la herencia de la de Austria, le obligó á modificar sus pretensiones, limitándose á las provincias que María Teresa poseia en Lombardía, y á establecer en ellas al infante don Felipe, hijo segundo de su segundo matrimonio, así como lo habia hecho en Nápoles con el infante don Carlos.

A fines del año 1741 partieron á Italia bajo las ordenes del célebre duque de Montemar quince mil hombres, los cuales se incorporaron en Orbitelo con igual número de auxiliares que envió el

rey de Nápoles; pero precisado aquel digno jeneral á seguir unos planes mal concertados y peligrosos, no pudo impedir que los austro-sardos ocupasen los ducados de Módena y Reggio, cuando á haber tenido libertad para obrar, en una sola campaña, y quizás sin disparar un fusil, hubiera podido apoderarse de toda la Lombardía. Su prudente conducta, que mereció el elogio aun de los mismos enemigos que estaba acostumbrado á vencer, se interpretó siniestramente en la corte, y fue desposeido del mando del ejército. Tampoco fue mas afortunado el infante don Felipe, pues debiendo penetrar en Italia por la Saboya, que habia abandonado el rey de Cerdeña por cubrir otros puntos mas importantes, tuvo que contentarse con pasar el invierno en la capital de aquel ducado. El rey don Carlos se mantenía neutral, pues no creía que enviando un cuerpo de tropas auxiliares al ejército de su padre, se le habia de considerar como potencia beligerante; pero los ingleses, á la sazón en guerra con la España, y declarados por la reina de Hungría, se presentaron con

una escuadra delante de Nápoles, y amenazaron bombardear esta capital, si el rey no prometia retirar sus tropas del ejército español. Una hora de término se le concedió para deliberar, y no hallándose don Carlos en estado de defensa, se vió precisado á acceder á la necesidad y á firmar la promesa de retirar sus tropas.

En 1743 el conde de Gajes, sucesor de Montemar, en cumplimiento de las ordenes de España, pasó tranquilamente el Tanaro con ánimo de atacar á los austro-sardos, llamar por este lado la atencion del rey de Cerdeña, y facilitar la entrada en el Piamonte al infante don Felipe. Noticiosos los enemigos de este movimiento, le esperaron á pie firme en las inmediaciones del lugar de Campo-Santo, y allí se dió una sangrienta batalla que costó muchos guerreros á los dos ejércitos, los cuales se atribuyeron ambos la victoria; pero lo cierto es que los españoles volvieron á Bolonia con las compañías disminuidas y sin oficiales, con carros llenos de heridos, y los equipajes desordenados. Conociendo Gajes que con las débiles fuerzas á que habia

quedado reducido el ejército, ya por esta acción, ya por la retirada de las tropas napolitanas, ya por la deserción, y ya finalmente por las dolencias, no estaba seguro cerca de un enemigo que por el contrario se enrobustecía diariamente con refuerzos considerables, anduvo casi todo un año retirándose, haciendo alto y combatiendo por el Bolonés, Ferrara y Marca de Ancona, hasta que estrechado por el general Lobkowitz, al frente de treinta mil hombres, hubo de refugiarse en el reino de Nápoles, manifestando á don Carlos los motivos que le habian precisado á violar la neutralidad de sus dominios. El compromiso era de los mas fuertes para este soberano, y dudó por algun tiempo el partido que debería tomar; por último, convencido por los movimientos del ejército austriaco de que las intenciones de María Teresa eran apoderarse igualmente de las dos Sicilias, pensó sin dilacion en prevenirlas, y resolvió pasar en persona á auxiliar al ejército español, reuniendo el suyo para la comun defensa. Incorporados los dos ejércitos español y napolitano, y deseando

don Carlos libertar á sus pueblos de las calamidades de la guerra, se introdujo en los estados pontificios con ánimo de esperar al enemigo en ellos, é impedirle la entrada en el reino, que al parecer proyectaba. A este fin recojió toda su jente hácia Veletri, estableciendo su cuartel jeneral en aquella ciudad, situada sobre una eminencia á seis leguas de Roma, estendiéndose por aquellos contornos y el monte de los Capuchinos. Lobkowitz se dirijió tambien hácia este punto con resolucion de desalojar al príncipe; pero reconociendo su ventajosa situacion, no se atrevió á embestirle en sus mismas trincheras, y tuvo que contentarse con acampar á la vista, quedando separados ambos ejércitos por un valle profundo. Las escaramuzas eran frecuentes, pero nada decisivas; si bien para don Carlos no dejaba de ser ventajoso contener al enemigo, y conservar á pesar de sus esfuerzos la comunicacion con los paises que tenia á sus espaldas. Así permanecieron por algun tiempo, cuando de improviso Lobkowitz, sugerido por el jeneral Brown, determinó efectuar en Veletri la misma sorpresa

que en Cremona habia ejecutado el príncipe Eujenio por los años de 1702; y no hay duda que á haber correspondido el éxito, hubiera concluido gloriosamente la campaña y aun la guerra, quedando dueño del reino de Nápoles y de su soberano.

Al amanecer del dia 11 de agosto de 1744 acometieron la ciudad por diferentes puntos seis mil austriacos conducidos por el mismo Brown, fueron muertas las descuidadas centinelas, pasados á cuchillo cuantos intentaban defenderse, y los que no se salvaban por la fuga, caian en manos del vencedor. Todo era consternacion y terror, solo un momento faltaba para decidir de la suerte; las tropas alemanas inundaban las calles y las plazas, é iban ya á saltar el palacio del príncipe don Carlos, cuando este, apenas despierto y mal vestido, tuvo la fortuna de ponerse en salvo por entre los arcabuces enemigos, y refugiarse con el duque de Módena en el monte de los Capuchinos. Perdido este golpe, todo lo demás era de menos importancia; y por otra parte los austriacos en vez de perseguir á los fujiti-

vos se entregaron al pillaje tan prematuramente, que volviendo en sí los españoles y napolitanos, dieron sobre ellos con admirable denuedo, sembraron las calles de cadáveres, arrojaron á los agresores y recuperaron la ciudad. Entre tanto Lobkowitz asaltó con nueve mil hombres los atrincheramientos del monte de los Capuchinos; pero la jente estaba ya sobre las armas, y todas sus ventajas se redujeron á ocupar algunos puestos. El fuego de los españoles fue tan vivo y tan bien dirigido, que cuantos alemanes avanzaban, rodaban muertos hasta el fondo del valle, en términos que despues de una porfiada lucha se vió obligado Lobkowitz á retirarse abandonando los puestos ocupados. Concluida la escena, cada una de las partes ensalzaba desmesuradamente las pérdidas de la otra; pero los mas convienen en que los austriacos perdieron dos mil hombres, y el ejército combinado cuatro mil, con once banderas, muchos bagajes, utensilios y caballos. La gloria fue igual, porque si no puede negarse á los austriacos el honor de haberse aventurado á una de las mas arduas y memorables

hazañas, es preciso conceder también á los españoles y napolitanos el de haberse sabido defender con el denuedo y bizarría correspondiente á tan apurado lance. Ambos ejércitos permanecieron en observacion por espacio de mas de dos meses, sin intentar accion de consecuencia, hasta que convencido Lobkwitz de la imposibilidad de penetrar en el reino de Nápoles, como vanamente se habia lisonjeado, levantó el campo, y con dos crecidos cuerpos de tropas tomó el camino de Roma. El rey de Nápoles, lejos de ceder á sus enemigos el lauro, se puso en seguimiento suyo con diez y ocho mil hombres, y aunque se le huyeron de las manos, consiguió ausentarlos de los estados pontificios.

Entre tanto el infante don Felipe, arrojado de la Saboya por el rey de Cerdeña, encontró auxilio en un ejército frances á las órdenes del príncipe de Conti, pasó el Var, rio que divide la Italia de la Francia, sometió el condado de Niza, y forzando los fuertes y terribles atrincheramientos que encontró en los Alpes, flanqueó el paso de Villafranca, considerado como una de las mejo-

res barreras del Piamonte, y arrostrando mil peligros se introdujo hasta Montalban. Allí asaltando con bizarría unas fortificaciones de una escarpada roca, consiguió desalojar al rey de Cerdeña, que detras de este punto animaba con su presencia á las tropas, se apoderó despues de Castel-Delfin, penetró hasta Dumont en el valle de Stura, se hizo dueño de esta fortaleza respetable por su situacion, desembarazó las llanuras del Piamonte, y puso sitio á Coni.

Tan rápidos progresos por entre obstáculos casi insuperables, y tantos sucesos brillantes, inspiraban la engañosa confianza, que se aumentó con una victoria. La guarnicion de Coni, haciendo una salida atacó á los sitiadores dentro de sus mismas trincheras, y aunque la acertada combinacion de sus planes la aseguraba al parecer la victoria, halló una resistencia que no habia podido figurarse, y se vió en la precision de refugiarse apresuradamente en la plaza, dejando mas de cinco mil hombres en el campo. A pesar de todo, los rigores de la estacion (era por el mes de octubre) las inundaciones y las dificultades que

hacen tan peligrosa la guerra de Italia, cuando se tiene por enemigo al señor de los Alpes, obligaron al ejército combinado á levantar el sitio y á repasar los montes.

Si pudo semejante contratiempo malograr las ventajas de tan gloriosa campaña, no por eso fueron menos rápidos los progresos de la siguiente en 1745. Génova, que hasta entonces habia observado una escrupulosa neutralidad, precisada á abandonarla por conservar su independencia política y la integridad de su territorio, hizo un tratado con España; y las tropas que mandaba el infante, sostenidas por diez mil genoveses, hallaron el paso franco por los estados de esta república para penetrar en Lombardía. El conde de Gajes, con orden de la corte de Madrid, despues de haber perseguido á los austriacos hasta Módena, pasó el Apenino, se introdujo tambien en el estado de Génova, y cerca de Alejandría de la Palla se incorporó con el ejército del infante, que ascendió entonces á cerca de noventa mil hombres. Con tan respetables fuerzas rompió por el Tortones, que en breve quedó reducido

á obediencia. Por otra parte un destacamento de diez mil españoles, entrando en Plasencia sin oposicion, rindió la fortaleza, pasó á Parma, y con la misma felicidad se hizo dueño de esta plaza. Las guarniciones austriacas quedaban prisioneras, ó se ponian en fuga sin aguardar á los vencedores; y los naturales de aquellos ducados, viéndose restituidos á la casa de Farnesio, se entregaban al mas vivo placer. El rey de Cerdeña fortificado sobre el Tanaro, junto á Bisignano, intentó disputar el paso al ejército combinado, y se trabó una accion muy sangrienta; pero al fin fueron forzados los atrincheramientos y perseguidos los enemigos hasta Casal y Pavía. Estas dos plazas, la de Valencia, la ciudad de Asti y el Monferrato cayeron en poder de don Felipe, quien después de arrojar á los austro-sardos de casi toda la Lombardía, entró en Milan sin resistencia. Era la tercera vez que esta ciudad habia mudado de dueño en el corto espacio de nueve años. Por desgracia, en la campaña siguiente de 1746, la reina de Hungría habiendo hallado medio de desembarazarse de los enemigos que ha-

bian tenido ocupadas sus fuerzas por la parte de Alemania, hizo refluir á Italia un considerable número de tropas aguerridas, y ocasionó una nueva serie de sucesos. Su primer golpe fue la sorpresa de Asti, en la cual quedaron prisioneros cerca de seis mil franceses; y el ejército combinado, que por cubrir una estension de terreno desproporcionado á sus fuerzas, se encontraba sumamente disminuido, no pudo resistir al torrente impetuoso de enemigos que inundaron toda la Lombardía. Fue preciso evacuar aceleradamente á Milan, Casal, Parma, Guastala y cuanto habia conquistado don Felipe á costa de tanta sangre, poniendo colmo á los infortunios la pérdida de la batalla de Plasencia. El príncipe de Lichtenstein tuvo el atrevimiento de sitiarse al infante, que con los cortos restos de su jente se sostenia en la plaza; y para su salida tuvo que trabarse una sangrienta batalla, en la que perdió el ejército combinado nueve mil hombres: ya entonces no quedó otro recurso que emprender una retirada pronta; pero estaba tan declarada ya la suerte, que aun esta causó una segunda ba-

talla. Cerca del rio Tidoná atacaron los austro-sardos al ejército de las tres coronas, y consiguieron una de las mas completas victorias.

En medio de estos desastres recibió el infante la inesperada y dolorosa nueva de la muerte de su padre don Felipe V. Un accidente apoplético acabó sus dias casi repentinamente en los brazos de la reina su esposa en 11 de julio de 1746, á los sesenta y dos años de edad, dejando penetrada á la nacion de un vivo sentimiento. Era á la verdad un príncipe digno del amor de sus vasallos. Siempre se le encontró dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todos ramos. Restableció la disciplina militar, creó una marina, de que absolutamente carecia á fines del reinado de Carlos II la potencia que mas la necesita: reformó varios tribunales, y fundó establecimientos, no menos conducentes á la utilidad, que al lustre de la monarquía. La Real Biblioteca de Madrid, el Seminario destinado á la educacion de la nobleza, la

Academia de la Historia y la Española, cuyo instituto es la conservacion del lenguaje castellano en toda su pureza, son otros tantos insignes monumentos de su piedad, providencia y liberalidad verdaderamente réjia.

FERNANDO VI. Entró inmediatamente á sucederle su hijo primojénito don Fernando VI, que desde 1729 se hallaba casado con doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil. Este monarca, tan propenso á la paz, logró darla á sus pueblos por medio del tratado hecho el año 1746 en Aquisgran, ó Aix-la-Chapelle, para la pacificacion jeneral. Entre tanto el marques de la Mina, nombrado sucesor en el mando del conde de Gajes, conociendo que el ejército del infante no podia subsistir en Italia sin evidente riesgo de perderse todo, lo fue retirando poco á poco al Genovesado, al condado de Niza y á la Provenza, sin poder evitar que la república de Génova, que como ya hemos visto se habia manifestado aliada de la casa de Borbon, quedase al descubierto. El rey de Cerdeña se hizo inmediatamente dueño de todas sus riberas de po-

niente; los austriacos se acercaban apresuradamente á las murallas de la capital, y sus habitantes consternados se vieron en la necesidad de implorar la clemencia de los vencedores, sometiéndose á las condiciones mas duras. Orgullosos aquellos por su situacion, abusaron con demasiado rigor del derecho de la victoria, y el pueblo oprimido y tratado como esclavo, entró en furor, tomó las armas, y con los bríos que infunde la desesperacion se hizo temible en pocos dias á los mismos opresores que le despreciaban. El marques de Botta-Adorno, jeneral de los austriacos, que hubiera podido sofocar la fermentacion desde sus principios, dió lugar con su inaccion á que un príncipe Doria, poniéndose al frente de aquella multitud enfurecida, cargase con intrepidez sobre su jente, la desbaratase, hiciese mas de cuatro mil prisioneros, y la obligase á pasar rápidamente el puerto de la Bochetta.

Este inesperado acontecimiento influyó no poco en la invasion de la Provenza, en donde ocuparon los austrosardos mas de cuarenta leguas de pais, y en donde los españoles y franceses,

unidos por el peligro comun y reforzados con varios socorros, mostraron con denuedo el rostro á los invasores y los precisaron á repasar el Var contra su voluntad y con bastante pérdida. Los austriacos se arrojaron entonces de nuevo sobre Génova, mandados por el general Scherlemburg, que tenia orden de su soberana para restablecer á toda costa el honor de las armas imperiales. El rey don Carlos que creyó ser decoro suyo sostener á aquella república moribunda, la socorrió inmediatamente con hombres, víveres, municiones y dinero; y tanto el desesperado valor de los genoveses, quanto la fuerte situacion de aquella capital inespugnable mas por naturaleza que por arte, obligaron á los austriacos á levantar el sitio y á retirarse al Piamonte.

Cansadas las potencias europeas de una guerra tan destructora, y en la que se veian cada vez mas distantes de su objeto, trataron de poner fin á unas hostilidades que arruinaban á los pueblos sin utilidad conocida. Ocupado el trono imperial por el gran duque de Toscana, esposo de María Teresa, y siendo por la

misma razon mas dificil privar á esta princesa de la herencia paterna, parecia que las potencias debian abandonar unas pretensiones irrealizables, y contentarse con aquellas ventajas que pudiesen reportar de una amistosa transaccion.

Así pues, á principios del año 1748 se convocó un congreso en Aquisgran, en que despues de varias contestaciones quedó reconocida emperatriz de Alemania la reina de Hungría, recobrando el ducado de Milan; se cedieron al infante don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala, con la cláusula de reversion á la princesa, en caso de que algun dia cayesen en él la corona de Nápoles, por pasar don Carlos á la de España; y se concertaron con la Inglaterra ciertas diferencias que se habian suscitado sobre varios puntos de comercio.

Apenas empezó España á descansar de las ajitaciones y calamidades de la guerra, convirtió el pacífico monarca toda su atencion á restablecer el comercio, á aumentar la marina y estender la navegacion, á fomentar las manufacturas, á construir algunos caminos públicos y canales, y á promover las

artes y todo lo perteneciente al gobierno económico: tareas dignas de un soberano que deseaba la felicidad de sus pueblos, y que hacen mas honor á su reinado que las brillantes conquistas y gloriosas expediciones de otros príncipes. Los franceses é ingleses volvieron á encender la guerra en 1756; pero constante don Fernando en su saludable sistema, se abstuvo en tomar parte en ella, empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio.

Débese á este monarca benéfico el concordato obtenido de la Corte de Roma en 1753, que terminando las antiguas altercaciones sobre el Patronato Real le dejó perpetuamente anejo á la corona, y desde entonces quedó asegurado al rey el derecho de presentar para las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España, á escepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la Santa Sede. Se le debe tambien el establecimiento de la Academia de san Fernando, destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, como tambien la del grabado; pues aun-

que desde el año de 1744 había ya aprobado su augusto padre don Felipe V una junta preparatoria, no se erigió en formal academia hasta ocho años después, enviándose á Roma y á París algunos discípulos de ella para adiestrarse, así como algunos jóvenes pensionados por el real erario para perfeccionarse en el grabado. La salud pública le debe el establecimiento de un jardin botánico; y por último no omitiendo su zelo, verdaderamente paternal, medio alguno de fomentar la instruccion de sus vasallos, hizo viajar fuera de España, á sus expensas, sujetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones, que adquiriesen nuevas luces, y se hiciesen por este medio mas útiles á la patria.

Tales eran las ocupaciones de tan digno monarca, cuando de resultas de la pena que le causó la pérdida de la reina su esposa, que falleció en 27 de agosto de 1758, le sobrevino una larga y penosa enfermedad, de que murió en 10 de agosto de 1759 sin sucesion alguna directa, por lo cual pasó la corona á su hermano don Carlos que reinaba en Nápoles.

CARLOS III. Convencido por el es-

crupuloso ecsamen de varios médicos y ministros de su corte de la imposibilidad absoluta de su hijo primojénito el infante don Felipe, que aflijido desde la infancia de continuos insultos de epilepsia, se hallaba sumerjido en la mas lamentable estupidez, cedió con pública solemnidad la corona de las dos Sicilias á su hijo tercero don Fernando, en quien por consiguiente se habian traspasado los derechos de segundo, y ciñendole la misma espada que habia recibido del rey don Felipe al subir á aquel trono, le dijo estas notables palabras: "Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo y mi padre: este me la dió á mí, y yo os la entrego para que os sirváis de ella en defensa de la religion y de vuestros vasallos."

Hízose á la vela en Nápoles para España la escuadra que conducia al nuevo soberano con la reina su esposa doña María Amalia Walburg, al príncipe de Asturias don Carlos Antonio, y á la demas familia real, quienes desembarcaron felizmente en el puerto de Barcelona, entre los alegres y festivos aplausos de los moradores de aquella populosa ciu-

:

dad. En ella apenas se detuvo el rey mas tiempo que el necesario para hacer como el primer ensayo de su clemencia, de su bondad y de su beneficencia, confirmando á aquellos naturales una gran parte de los privilejios que habian gozado antes de la revolucion de 1640 y de las guerras de sucesion. Continuó su viaje por Zaragoza á Madrid, y las públicas demostraciones de gozo y de ternura con que fue recibido en la corte, acreditaron bien las justas esperanzas que habian formado sus nuevos vasallos de la sabia administracion y admirable conducta del monarca.

Luego que empezó á dirigir los negocios políticos, todo su conato fue desterrar la languidez que se habia difundido durante la dilatada enfermedad de su difunto hermano. Dejó en sus respectivos cargos á todos los empleados que no desmerecian su confianza, y para consolidar mejor la de sus vasallos mandó publicar un decreto arreglando el modo como queria se pagasen las deudas de Felipe V su padre, y consecutivamente las de la corona, que debia servir de norma para liquidar enteramente

las de Carlos I, Felipe II, III y IV y de Carlos II, las cuales ascendian á sumas inmensas, que en gran parte absorbían las mejores rentas. Una economía sabia y arreglada es tan útil á los estados como á las familias. Muchas tierras las mas pingües y feraces yacian incultas, efecto de la escasez de algunos años, que habian privado á los labradores, particularmente de Andalucia, Murcia y Castilla la Nueva, hasta de lo preciso para sembrar; pero el pródigo y magnánimo Carlos, persuadido de que la agricultura es la fuente de la verdadera riqueza de los pueblos, no solo perdonó á aquellos colonos la considerable suma con que debian satisfacer al real erario los empréstitos de granos y dinero que habian recibido desde el año 1648 hasta el de 1754, sino que á sus espensas hizo conducir de paises extranjeros gran cantidad de granos, que distribuyó con generosa mano, para que pudiesen continuar y acrecentar sus sementeras. Convirtió despues sus cuidados al fomento de la marina, á pesar de hallarse en un estado bastante floreciente; y la nacion aplaudia las justas disposiciones de su monarca,

todas dirigidas á su mayor esplendor.

Entre tanto la guerra suscitada en 1756 continuaba con furor increíble de la una á la otra estremidad del orbe; los ingleses y franceses se combatian desesperadamente en el vasto espacio de los mares; pero habían conseguido los primeros tales ventajas sobre la marina francesa, que esta se hallaba casi aniquilada; y ademas del Canadá, Cabo-Breton y la Martinica, casi todos los establecimientos del rey Cristianísimo en América estaban para caer en manos de los afortunados bretones. Esta nacion orgullosa con sus victorias, parecía amenazar tambien á los del rey Católico y disponer despóticamente del comercio de sus vasallos. Ya las naves españolas habían sufrido repetidas veces la vejacion de ser detenidas, registradas y en ocasiones despojadas con un pretexto ú otro, y don Carlos que deseaba la neutralidad se vió en la precision de tomar las armas para vengar los insultos hechos á su pabellon y poner á cubierto sus dominios de América. A consecuencia en 1761 se firmó en Madrid un tratado de amistad y union, llamado *pacto de familia*, que tenia por

objeto una recíproca defensa entre España y Francia; en el año siguiente se declaró formalmente la guerra, se espidieron las ordenes al efecto para hacer salir al mar todas las fuerzas navales, se fortificaron los puertos mas importantes de la península, y últimamente, para quitar á los ingleses el abrigo de los de Portugal, sobre cuyo gobierno ejercia el gabinete de Londres una influencia ilimitada, se le convidó á entrar en la liga, bajo el supuesto de que se le trataria como enemigo á no acceder á ella. Sin embargo, nada pudo obligar al rey de Portugal á que abandonase los intereses de su aliada la Gran Bretaña. Esta aun procuró deslumbrar al gabinete de Madrid con frívolos prestos; pero finalmente convencido Carlos III de cuan infructuosos eran sus amistosos oficios, ordenó á sus tropas que invadiesen aquel reino. Los españoles penetraron libremente hasta Miranda, ciudad de la frontera, que cayó inmediatamente en su poder; de aquí se avanzaron á la provincia de Tras-os-Montes, cuyos naturales habiendose sujetado primero, y sublevadose despues, fueron tratados con el mayor

rigor; pero cuando á vista del odio inveterado de los portugueses á los castellanos debia esperarse alguna accion ruidosa, se redujo casi toda la campaña á pequeñas escaramuzas con sucesos varios. No obstante, la corte de Lisboa, persuadida de su inferioridad, pidió auxilio á Inglaterra, la cual inmediatamente la proporcionó diez mil hombres al mando del conde de la Lipa Buklemburgo, guerrero formado en la escuela del Gran Federico II. Este experimentado jeneral, que era sin duda muy capaz para reparar las quiebras padecidas y volver por el honor de las armas portuguesas, pretendió interceptar los víveres al ejército español, y lo consiguió en parte; pero no pudo impedir que el marques de Sarria, jeneral de las tropas, derrotase completamente un destacamento de cinco mil hombres, apostados ventajosamente en Villafior, haciéndose despues dueño de la ciudad de Mancorvo, ni que cayese luego en poder de los españoles la importante plaza de Almeyda, que franqueaba el camino á lo interior del reino, y hasta la misma capital.

En medio del júbilo de la corte de

Madrid por tan singulares ventajas, se recibió la infausta noticia de que los ingleses con una poderosa armada, bajo la direccion del almirante Pokok, habian invadido la isla de Cuba, y ocupado á viva fuerza su capital la Habana, considerada como la llave de las Indias españolas. Cuando se declaró el rompimiento entre Londres y Madrid, los ingleses se encontraban ya apercebidos para obrar desde luego con toda actividad, y por el contrario las providencias de don Carlos, ó por la distancia llegaban tarde á los países de la América, ó se ejecutaban con lentitud, quizás por no considerarse tan próximo el peligro. El gobernador de aquella plaza don Juan de Prado se defendió no obstante con singular intrepidez por espacio de veinte y nueve dias; pero al cabo se vió precisado á capitular, cediendo al almirante enemigo, ademas de los ricos tesoros que se conservaban en ella, esperando una ocasion favorable de remitirlos á España, nueve bajeles de línea de setenta cañones y tres fragatas, pérdida inmensa é irreparable en tan críticas circunstancias. A esta desgracia se siguió á

pocos meses la de la conquista por los mismos ingleses de la riquísima ciudad de Manila, del fuerte de Cavite, y seguidamente de todas las islas Filipinas, y ademas cayó en su poder un galeon que habia salido de Acapulco cargado de efectos y dinero, cuyo valor ascendia á tres millones de pesos fuertes. En medio de la afliccion, que no podia menos de causar en España estos desastres, descubrió el monarca español toda la grandeza de su alma, pues lejos de suspender los designios que habia formado, se dispuso á proseguir con mas vigor la guerra, para resarcir por tierra las pérdidas dolorosas acaecidas en el mar; y el amor que en tan apuradas circunstancias le manifestaron sus vasallos, le infundió nuevos alientos, y dulcificó en gran parte las amarguras que padecia su corazon.

Si los atrevidos comandantes británicos amenazaban desembarcar en las costas de la península y dejarlas arrasadas, tambien la nobleza de Granada, las de Murcia, Valencia, Cataluña y la de la isla de Mallorca, inflamadas del mas vivo entusiasmo dirijieron al trono representaciones enérgicas en que brillaba el fuego

de la nacion española, pidiendo á su soberano las confiase la defensa de sus respectivos países, y tomando á su cargo acreditar á los ingleses que aun no se habian estinguido en los pechos de sus naturales aquel espíritu que les habia sido tan fatal en otros tiempos. Aceptó el rey con singular complacencia este rasgo de patriotismo; pero por fortuna no se vió en la necesidad de aprovecharse de él, habiendose concluido improvisamente la paz entre las Córtes Borbónicas y la Gran Bretaña á fines de 1762. El duque de Choiseul y el de Bedford se habian unido para convencer á los gabinetes respectivos de Versalles y Saint-James, de que la guerra entre las potencias mas poderosas solo servia para enriquecer á las pequeñas, mientras se arruinaban mutuamente. Convino gustoso don Carlos en las proposiciones hechas, pues como escribia á su plenipotenciario el marques de Grimaldi: *mas queria ceder de su decoro que ver padecer á sus pueblos; y no seria menos honrado, siendo padre tierno de sus hijos.* En fuerza de este tratado la Francia y la Gran Bretaña se restituyeron recíprocamente gran

parte de sus conquistas, y España recobró cuanto había perdido en la isla de Cuba, con la plaza de la Habana, en el mismo estado en que se hallaba; pero hubo de ceder la Florida á la Gran Bretaña, bajo de ciertas y determinadas condiciones, y restituir al rey de Portugal todas las plazas y demas ocupado durante esta guerra.

Constantemente desvelado don Carlos por la prosperidad de sus vasallos, creyó no poder jamas hacer mejor uso de la paz que convirtiendo exclusivamente su atencion hácia los planes que tenia ideados para propagar en su reino la agricultura, la industria y el comercio. No dejó de ocasionarle amargura la mala intelijencia de algunas jentes mal aconsejadas, que cuando su soberano se ocupaba solo en hacer sus delicias, y procurarles una dicha permanente, intentaron perturbar el sosiego público; pero conociendo Carlos III, que en un padre de sus pueblos la dulzura sola basta para reducir los ánimos á su deber, y siguiendo su carácter naturalmente manso y apacible, se mostró á sus vasallos, y quedó restablecido el orden y

la tranquilidad. Sin embargo, este acontecimiento pudo influir no poco en la espulsion de todos los relijiosos de la compañía llamada de Jesus, que se verificó en el año 1767.

La actividad, el zelo y sabias disposiciones de tan digno monarca, no podian menos de tener una ventajosa trascendencia en las clases subalternas del estado; todas se disputaban el honor y la gloria de coadyuvar á sus benéficas intenciones; se erijieron varios establecimientos públicos, y entre ellos se distinguió el de la Real Sociedad Económica Matritense, cuyos individuos quisieron decorarse con el apreciable título de *Amigos del Pais*, y cuyo instituto tiene por objeto el fomento de la economía rural, de la industria, de las artes, del comercio y de la poblacion, sirviendo de ejemplo y modelo este cuerpo patriótico para la ereccion de otros muchos, algunos de los cuales sobresalen en la utilidad pública de sus tareas. Un vastísimo espacio de terreno fértil, situado cerca de las montañas llamadas *Sierra Morena*, despoblado, casi inculto desde el tiempo de los reyes austriacos, y que solo servia de abrigo á fo-

rajidos y animales feroces, se vió muy en breve transformado en apacible morada de hombres honrados y laboriosos, atraídos de países extranjeros por la munificencia del rey, para que poblandole de nuevo le hiciesen al mismo tiempo fecundo con ventaja comun, estendiendo su jenerosidad hasta proveer á estas jentes de habitaciones, ganados, capitales, víveres y otros auxilios, que jamas les faltaron, hasta que pudieron vivir comodamente con el fruto de su aplicacion y trabajo. Otro de los cuidados que ocuparon la atencion de este infatigable monarca fue el arreglo de la moneda, que tanto influye en el comercio y en el mayor ó menor precio de las mercaderías. Las monedas, tanto de oro como de plata, que circulaban por los dominios de España, se hallaban sumamente desgastadas por el uso de muchos años, y por consecuencia disminuido su justo precio y valor intrínseco. En tiempo de Carlos II se habia introducido otra moneda de inferior calidad, de cuyas resultas, escarmentados los pueblos, miraban con desconfianza qualquiera novedad en esta materia, y esto ocasionaba todos

los dias graves inconvenientes; sin embargo, conociendo Carlos III la importancia de mantener el crédito público, dispuso que toda la moneda antigua se llevase al erario real, y se cambiase por la nueva acuñada para este efecto, de mas ley, hermosura y comodidad. Esto no podia hacerse sin que el príncipe perdiese de sus intereses; pero lejos de detenerse por esta consideracion quiso, con liberalidad propiamente real, que todos los gastos del año cediesen en perjuicio de sus mismas casas de moneda.

No por dedicarse Carlos III á promover las artes de la paz, dejó de estender su vijilancia al fomento de las de la guerra, como tan importantes para asegurar á la monarquía su independenciam y seguridad. Mejoró la milicia, acostumbrándola á la nueva táctica adoptada por las potencias europeas en sus tropas, bajo el pie de la de Prusia, que pasaba por la mejor de todas. Aumentó sus fuerzas navales, haciendo construir en los arsenales de América un gran número de navíos de línea, y logró la satisfaccion de ver su marina en el pie mas floreciente que jamas habia tenido hasta

entonces, ya por el número de buques, ya por lo bien equipados. Se pusieron también las plazas en el mejor estado de defensa tanto en orden á las fortificaciones, como á las guarniciones, artillería y demas aprestos militares; y en una palabra, Carlos III, sin abandonar su sistema de economizar cuanto fuese posible la sangre y las facultades de sus vasallos, procuró ponerse á cubierto de cualquiera agresion imprevista.

Tuvo la felicidad de conservarse en paz hasta el año 1773 en que el emperador de Marruecos, violando pérfidamente los tratados que tenia concertados con España, embistió con un poderoso ejército la importante plaza de Melilla, situada en las costas africanas. Los conocimientos que en esta agresion manifestaron los marroquíes, persuadieron que algun europeo dirijia sus operaciones, y aun se esparcieron rumores de que los ingleses habian soplado el fuego de esta guerra, con el fin de que precisado don Carlos á atender á los negocios del Africa, no pudiese convertir su atencion á los de América, ni diese auxilio á las colonias británicas de

la parte septentrional de aquel nuevo mundo, que habian tomado las armas para sacudir el yugo de su metrópoli. Sin embargo, el comandante de la plaza don Juan Sherloch se defendió con singular denuedo, y rechazó valerosamente los asaltos de los africanos. Igual suerte experimentaron en el sitio de la célebre fortaleza marítima llamada el *Peñon de los Velez*, defendida por don Florencio Moreno. Despues de cuatro meses empleados inútilmente y con gran pérdida de jente y artillería, desesperados y confusos los moros, hubieron de desistir del empeño y retirarse á sus hogares, con mucha gloria para las armas españolas.

Con este motivo pensó entonces el gabinete español en abatir la insolencia de los arjelinos, que orgullosos infestaban con sus piraterías el Mediterráneo, y en especial las costas de Andalucía, Valencia y Cataluña. La empresa era de las mas arriesgadas, y en vano habia sido intentada varias veces, porque Arjel, situada en la costa de un mar casi siempre borrascoso, y resguardada de este modo por la naturaleza misma,

ofrece por esta parte dificultades casi insuperables, y por la de tierra ademas de ser arriesgadísimo el desembarco, es casi inevitable el peligro de ver perecer de sed á las tropas por la suma escasez de agua. Ademas los comerciantes marseleses, holandeses é ingleses surtian continuamente á los arjelinos de armas y de municiones, con el objeto de hacerlos cada vez mas temibles y obligar á los comerciantes de las demas potencias á valerse de sus bastimentos exclusivamente para el transporte de sus jéneros y mercaderías. Sin embargo, resuelta la expedicion empezaron á verse en las provincias y puertos de la península desusados aprestos militares, se reclutaron, se alistaron y se pusieron en movimiento las mas floridas tropas, se equiparon perfectamente de cuanto era necesario naves de guerra, fragatas y otros buques menores, y con extraordinaria celeridad quedó preparada una escuadra de casi cuatrocientas velas, sin contar un crecido número de naves auxiliares toscanas, maltesas y napolitanas que se incorporaron posteriormente. Presentóse este formidable armamento á la vista de Ar-

jel, despues de haber luchado largo tiempo contra las tempestades, los vientos y las corrientes; pero mal podian esperarse resultados favorables de una expedicion en que los jenerales encargados de ella se hallaban discordes sobre el modo de ejecutarla. Los enemigos de España, por otra parte, habiendo penetrado muy desde luego el objeto, suministraron previamente á los arjelinos quanto necesitaban para fortalecerse y hacer una defensa vigorosa; y así, aunque las tropas intentaron el desembarco sobre la playa, apenas pusieron el pie en tierra se vieron precisadas á retroceder con bastante confusion. Ocho horas duró el combate sangriento, sin que los españoles, espuestos al terrible y bien dirigido fuego de los moros, pudiesen adelantar un palmo de terreno, hasta que por fin el jeneral, no queriendo ver sacrificado inútilmente aquel ejército valeroso, dispuso su reembarco, que se ejecutó con bastante riesgo y pérdida; pues toda retirada hecha con precipitacion y en presencia de un enemigo vencedor, ha de costar precisamente mucha sangre. Quedaron en el campo

cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos: la escuadra dió vuelta á España con tan infausta nueva, y fue preciso reservar la ejecucion de la empresa para ocasion mas oportuna; pero entre tanto Carlos III, superior á este contra-tiempo, dispuso que una fuerte armada de navíos de línea, fragatas y jabeques continuase cruzando á lo largo de las costas de Berbería para impedir la salida de aquellos puertos á sus corsarios, y atacar y echar á pique á cuantos quisiesen entrar en ellos, persiguiéndolos con ardor por todas partes si tenian la osadía de presentarse. Pocos años despues se encendió la famosa guerra entre Inglaterra y Francia, con motivo de la propension que el rey Cristianísimo Luis XVI habia manifestado á favorecer la insurreccion de las colonias inglesas de América; y el gabinete de Versalles apuró todos los recursos de su política para inducir á Carlos III á que tomase parte en ella, persuadiéndole á que habia llegado el momento de humillar el orgullo de aquella nacion, que se habia abrogado el dominio de los mares. No era el monarca español el menos interesado en

que esto se verificase, y por otra parte deseaba con ansia una ocasion para arrancar del poder de aquellos insulares los puertos de Gibraltar y Mahon, perdidos desgraciadamente en la guerra de sucesion de Felipe V; pero temia comprometer su reputacion, uniéndose con Francia, que aunque potencia poderosa, no se hallaba en disposicion de sostener á un mismo tiempo y con igual actividad y vigor la guerra marítima y la continental que ajitaba á la Alemania, y en que habia tomado parte. Sin embargo, la conducta de la Gran Bretaña acabó de decidirle. Los ingleses á pretesto de que en los puertos españoles se habia dado acogimiento á los buques mercantes y de guerra que navegaban con la nunca vista bandera americana, se atrevieron á insultar al pabellon español, ya visitando y saqueando las naves de esta potencia, ya atacandolas en plena paz, y ya interceptando la correspondencia ultramarina. Sus escuadras amenazaban insolentemente á los dominios de la corona en América: en algunos puntos habian llegado á las vias de hecho; y la pérvida política con que se

manejaba en aquella época el gobierno de Saint-James, habia soplado el fuego de la sublevacion en algunas naciones indias, pacíficas habitadoras de la Luisiana. Tan repetidos agravios, y de tal entidad, ecsijian una satisfaccion, y don Carlos se vió en la precision de abandonar sus disposiciones pacíficas para vindicar el honor de su corona, el decoro de su propia dignidad personal, y dispensar á sus vasallos la proteccion que reclamaban justamente.

Por desgracia, las primeras operaciones de esta guerra no fueron muy lisonjeras para España, pues los ingleses con fuerzas inferiores, y sin entrar en accion, no solo burlaron los esfuerzos de toda una escuadra de mas de cincuenta y dos navios franceses y españoles que pretendian enseñorearse del canal de la Mancha é interceptar su comercio, sino que aprovechando los vientos que suelen reinar en aquellas aguas procelosas, introdujeron á su vista, y sin poderlo impedir, dos ricos y numerosos comboyes procedentes de las Antillas. En América hubo bastante variedad en los sucesos, aunque por lo jeneral fueron

mas felices. Don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, al frente de dos mil valientes guerreros, cuerpo respetable en aquella parte del mundo, distinguió las armas de su soberano, tomando á los ingleses los fuertes de Misislimakinak, Panmure y el de Batonrouge, de suma importancia y difícil acceso por su situacion, reuniendo por este medio á los dominios españoles un pais de 430 leguas sobre el Misisipi, muy fértil y rico por su gran comercio de peletería. El écsito feliz de esta primera tentativa le animó para nuevas empresas, y pensó en despojar á los ingleses de los dos fuertes de Mobilla y Panzacola. El primero hizo poquísima resistencia, y capituló muy pronto; y aunque el segundo se defendió por algun tiempo, al cabo la guarnicion no tuvo otro recurso que entregarse prisionera de guerra.

Desde el principio de esta hasta el dia de la rendicion habían gastado los ingleses mas de diez mil libras esterlinas en las fortificaciones de esta plaza: se valuaron en mas de millon y medio de pesos fuertes las obras construidas desde

que la tenían en su poder, y se encontraron además en ella ciento ochenta y nueve piezas de artillería, con muchas municiones y víveres. De este modo volvió Panzacola á poder de la España, como habia estado antes de cederse á los ingleses por el tratado de 1762, y con ella todo el vasto continente de la Florida occidental, que está al levante del rio Misisipí; pero como en la guerra se ve muy pocas veces un bien que no venga seguido de una desventura, los ingleses lograron por su parte apoderarse del fuerte de san Juan, que les abria el camino para la nueva Granada, aunque por su distancia de los establecimientos británicos les era mas embarazosa que útil.

Al mismo tiempo don Roberto de Ribas, gobernador interino de la provincia de Yucatan, atacó los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras, en donde se les habia concedido por un artículo del último tratado la libertad de cortar palo de tinte, edificando para abrigo de los que se empleasen en esta fatiga solamente chozas, pero de ningún modo fortines; bien que los in-

gleses, saliendo de la Jamaica, á las ordenes de los comandantes Dalrimple y Lutrel, marcharon apresuradamente contra los españoles, y mientras se ocupaban estos en aquellas conquistas se apoderaron de la plaza de san Fernando de Omoa, que es la llave de la bahía de Honduras, y cuyo puerto sirve de escala en tiempo de guerra á las naves del registro, que conducen desde Guatemala los tesoros de la América española. Esta pérdida fue de mucha consecuencia por las circunstancias que la acompañaron; pues ademas de que el punto era muy importante, sus fortificaciones habian costado sumas inmensas al erario; y aunque los ingleses solamente hallaron ocho mil pesos fuertes en la caja militar, se regulaban en tres millones los que contendrian las naves de registro que apresaron en el puerto, sin contar el valor de las producciones de la América, ni doscientos cincuenta quintales de plata labrada que habia sido conducida de Europa. Por fortuna Rivas, apenas supo tan infausta nueva, partió á marchas forzadas á arrancarles de las manos tan interesante presa; y se pasaron pocos

meses hasta que los ingleses, viéndose sin arbitrios para prolongar la resistencia, hubieron de evacuar el fuerte, que los españoles ocuparon inmediatamente.

Bien conocian las dos Cortes aliadas que era de suma importancia hacer la guerra con el mayor vigor en América, donde era posible estender las conquistas y arrojar finalmente á los ingleses del golfo mejicano en que se habian mantenido tantos años; pero Carlos III no podia tampoco perder de vista el recobro de unas plazas tan importantes como Gibraltar y Mahon. La expedicion destinada contra esta última á las ordenes del duque de Crillon, ocupó desde luego toda la isla de Menorca, á excepcion del fuerte de san Felipe, al cual se puso inmediatamente sitio, cuidando de asegurar todas las calas ó senos del mar, por donde su gobernador Murray hubiera podido recibir refuerzos. Sería molesto describir por menor todos los acontecimientos de este asedio, la intrepidez de los agresores y defensores, la pericia de los ingenieros, y sobre todo la direccion de los jefes principales. Baste decir, que despues de una porfiada y

vigorosa resistencia de mas de ocho meses , en que sitiadores y sitiados dieron señaladas pruebas de su valor, se vió la plaza en la necesidad de rendirse, como lo ejecutó á 4 de febrero de 1782, quedando el jeneral enemigo prisionero de guerra con toda la guarnicion. De este modo volvió Menorca al dominio español reinando Carlos III, despues de haber estado separada de él por espacio de setenta y cuatro años. Los isleños conservaron sus propiedades y privilejios, y fueron convidados á disfrutar de la bondad del soberano hasta aquellos que estaban armados con bandera enemiga para hacer el corso.

el Conquistado puerto Mahon, pasaron las fuerzas combinadas españolas y francesas á reforzar la escuadra que tenia bloqueada á Gibraltar hacia cerca de dos años, bajo el mando del valeroso comandante don Antonio Barceló; pero la situacion de la plaza y su bahía, y las corrientes de su estrecho, sujeto á tanta variedad de vientos, imposibilitaron siempre á los españoles el lograr que no recibiesen los sitiados víveres y bastimentos de los arjelinos y otras naciones

neutrales, á pesar de todos sus esfuerzos. Con este motivo habia continuos encuentros, en los cuales acreditaron los españoles su natural bizarría; mas aunque apresaban algunas naves pequeñas que entraban y salian del puerto, no era bastante toda su vijilancia para estorbar se introdujesen varios refrescos.

El gabinete ingles, interesado sobremanera en la conservacion de Gibraltar, y conociendo se hallaria exhausta de municiones y víveres, encargó al almirante Rodney la atrevida y peligrosa empresa de socorrer la plaza á todo trance. Los españoles, para cerrar la entrada á los socorros, habian formado un campamento en san Roque, que al paso que la cercaba por la parte de tierra, la abrasaba con el fuego de sus baterías; y por la parte del mar don Antonio Barceló en el Mediterraneo, y don Juan Langara en el Océano, interceptaban cuantos bastimentos se presentaban; pero á pesar de todo, el intrépido ingles arrolló la escuadra de Langara, que se batió bizarramente, aunque era muy inferior en fuerzas, é introdujo en Gibraltar ciento ocho transportes cargados de

tropas, víveres y municiones, de los cuales gran parte pertenecía á un comboy español que habia apresado en el camino.

En vano, aunque desconcertado de este modo el proyecto de los sitiadores, redoblaron estos sus esfuerzos, pues los sitiados se defendieron tambien con el mayor teson, y al cabo de muchos meses de continuo fuego solo habia sufrido algun daño uno ú otro edificio, sin que las fortificaciones invencibles por la naturaleza, é insuperables por su difícil acceso, padeciesen la mas mínima lesion. El comandante de la escuadrilla lijera don Antonio Barceló, hizo quanto es posible para bloquear la plaza por mar; pero jamas logró cerrar las entradas á los refuerzos y auxilios procedentes de Africa y de las costas de Italia. Por otra parte el gobernador Eliot era un oficial activo, infatigable, de un valor heróico, escelente ingeniero, fecundo en expedientes y de amables prendas, cuyas circunstancias hacen casi siempre invencible á un hombre. Los españoles creyeron que mudando de jefe variaria su fortuna, y á pesar de ser su comandante

don Martin Alvarez un militar de mucho mérito y exacto en el cumplimiento de sus deberes, juzgaron que el conquistador de Menorca infundiria mayor confianza en las tropas, y fue encargado en el mando.

En efecto, el duque de Crillon pasó al campo de san Roque con un respetable cuerpo de tropas, y estrechó el bloqueo vigorosamente; mas aunque una multitud de baterias hacian tan horrible fuego, que parecia imposible se resistiesen mucho tiempo los sitiados, apenas causaba perjuicio á la plaza, por ser el punto mas elevado del peñon por donde se batia. Un oficial frances, llamado Mr. Arson, concibió el proyecto de construir unas baterias flotantes para combatir diametralmente el nuevo muelle que está de la parte del mar, por ser al parecer el paraje mas débil; y despues de abierta brecha, dar un asalto jeneral.

Es indudable que la idea era excelente, y por lo tanto mereció la jeneral aprobacion; pero despues de gastar inmensas sumas en construir las baterias en disposicion de resistir el fuego de cañon como una nave de setenta, y cuan-

do en 13 de setiembre de 1782, dia señalado para la empresa, se hallaban ya situadas á trescientas toesas de las fortificaciones enemigas, despidieron estas tal multitud de bala roja de grueso calibre, que en un momento quedó reducido todo el armamento á cenizas. A esta desgracia sucedió la de reinar un temporal tan borrascoso desde aquel mismo dia, que en la noche del 10 de octubre una furiosa tempestad destruyó enteramente el campo, y se vió la escuadra combinada en el conflicto de estrellarse contra la costa, ó de chocar los navíos unos con otros.

Aprovechó esta ocasion el almirante inglés Howe, para proveer la plaza de hombres y víveres, como asimismo de un viento fuerte de Levante, repasando á favor de él el Estrecho á los tres dias con igual felicidad, sin que pudiesen empeñarle en accion las escuadras combinadas, que le fueron dando caza con treinta y dos bajeles de los mas veleros. Entonces considerando que era infructuoso prolongar el sitio y cuantas tentativas se hicieron, le levantaron, siendo este el décimotercio que sufrió

esta plaza desde que se construyó en tiempo de los mahometanos.

No obstante, si la nación inglesa podía jactarse de tener los mejores marinos de Europa, y las mas brillantes escuadras, por otra parte su comercio estaba entorpecido, su deuda se habia aumentado considerablemente, y los pueblos ansiaban la paz al verse sobremanera cargados de impuestos. Logróse en efecto restablecerla con motivo de haberse mudado el ministerio inglés, reemplazando al impetuoso y sanguinario lord Pitt, el sabio y moderado marques de Rockingham, el cual hizo tales proposiciones, que las potencias aliadas descendieron á ellas gustosamente, y se firmó la paz en 20 de enero de 1783. Por este tratado recobró España la isla de Menorca y la Florida, y se restituyeron recíprocamente las potencias beligerantes cuantas conquistas hicieron durante la guerra.

En seguida quiso Carlos III hacer tambien la paz con los arjelinos, que continuaban infestando las costas meridionales con sus piraterías; pero aunque la solicitó á la sublime Puerta, la rejen-

cia de Arjel desobedeció abiertamente las ordenes de su soberano, y las negociaciones fueron infructuosas. Entonces don Carlos, que aun poseia una marina respetable y muchos y valientes capitanes, mandó bombardear la ciudad, destinando al efecto á don Antonio Barceló con una fuerte escuadra, capaz de haber reducido á cenizas toda la poblacion, á no haber estado la estacion muy adelantada, y no poder permanecer mas tiempo en aquellas aguas. No obstante, al año siguiente 1784 volvió con fuerzas superiores, y se agregaron en clase de auxiliares algunas naves portuguesas y maltesas; pero el ecsito fue el mismo, á causa de que aunque los arjelinos sufrieron algun daño, se defendieron denodadamente, y una multitud de lanchas que echaron al mar incomodaron sobremanera. Ademas, así los ingleses como los holandeses habian provisto á los moros de cuantos bastimentos de boca y guerra necesitaban, y aun se vieron muchos oficiales provenzales que, disfrazados en traje africano, dirijian las operaciones de los arjelinos. ¡ Tanto pueden la envidia y la emulacion, sostenidas por la codicia de un sórdido interes.

Fue preciso desistir de la empresa, pues cada dia se hacia mas dificil; por otra parte los arjelinos se manifestaban ya propensos á negociar la paz, y habiendo insistido la Puerta Otomana y el rey de Marruecos en su mediacion, si bien hubo algunas altercaciones, se concluyó un tratado amistoso con aquella rejencia en el año 1786.

A pesar de estas ajitaciones, siempre perjudiciales á todos los estados, no descuidó el jenio benéfico de Carlos III ningun medio para promover la felicidad pública; y las muchas y sabias providencias que dictaba diariamente para corregir aun los mas pequeños abusos, ayudado del célebre ministro conde de Floridablanca, son pruebas nada equívocas de su zelo por el bien jeneral, y del amor que profesaba á sus vasallos. Se debe á su beneficencia el utilísimo proyecto de construir un canal en el reino de Murcia para facilitar el riego y cultivo de las incultas campiñas de Lorca, como asimismo el del canal real de Aragon, el cual fertiliza los campos y es navegable desde las cercanías de Tudela, hasta dos leguas mas abajo de Zaragoza, frente de cuya ciudad tiene el puerto de

Miraflores en el monte Torrero, y si llega á concluirse facilitará la navegacion desde Navarra al Mediterráneo.

Erijó el Banco nacional de San Carlos y la compañía de Filipinas: hizo un tratado de comercio con la Puerta Otomana, por el cual proporcionó á sus súbditos el comercio de Levante; y por último, convencido de cuan útil y necesario era formar un nuevo código de leyes, segun se lo propuso el sabio fiscal del Consejo de Castilla conde de Campomanes, nombró á los mas célebres jurisconsultos para que compilando las leyes españolas mas adecuadas al estado actual del reino, llevasen á efecto tan importante y delicada empresa.

Tantos y tan útiles monumentos debidos á su desvelo paternal le hacian digno de ocupar eternamente el trono de los Fernandos é Isabelas (1); pero la pérdida de su hijo el infante don Gabriel, y la de su esposa doña Mariana Victoria de Portugal, que le sucedió á

(1) El mayor elogio que puede hacerse de este monarca es citar la máxima por la cual reglaba todas sus acciones, á saber: *“Que aunque la buena fe se desterrase del mundo, debería hallarse en los palacios de los soberanos.”*

poco tiempo, aceleraron demasiado el término de sus dias; por otra parte el continuo ejercicio de la caza, al cual era sumamente aficionado, habia quebrantado mucho su salud, y atacandole á principios de diciembre de 1788 una fiebre inflamatoria, que dejeneró en pulmonía, le arrebató á sus pueblos al amanecer del dia 14 del mismo mes, á los setenta y tres años de edad, dejando por sucesor á su hijo don Carlos IV, padre del augusto soberano que felizmente nos gobierna.

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
26	1	engruesado	engrosado.
31	15	resorverlos	resolverlos.
55	1	veves	veces.
id.	20	de	contra.
93	10	dignas.	digna.
94	4	cincuenta y seis	cuarenta y nueve.
95	2	recluyó á	recluyó en.
96	3	seis	ocho.
147	4	se conspiraron	conspiraron.
162	2	hijos don.	hijos de don.
179	4	secorrerle	secorrerla.
183	18	viniese	viviese.
242	25	ocho	once.
244	27	eina	reina.
255	20	conspirada	que conspiraba.
341	17	á los jueces	de los jueces.
414	23	trastorn	trastorno.
432	27	llamada	llamadas.
464	11	Rems	Reims.
489	19	desembarcó	desembarcó.
498	4	noticiosos	noticioso.
532	28	servia	servir.
535	18	prestos	pretestos.

TABLA CRONOLOGICA

DE LOS REYES DE ESPAÑA.

REYES GODOS.

<u>Principio de su reinado.</u>	SIGLO V.	<u>Duracion de cada reinado.</u>
414 Ataulfo.		2.
416 Sigerico.		9 dias.
id. Walia.		3. (1)
419 Teodoro.		32.
451 Turismundo.		3.
454 Teodorico.		13.
467 Eurico.		16.
483 Alarico.		23.
SIGLO VI.		
506 Gesaleico.		5.
511 Amalarico.		20.
531 Teudis.		17.
548 Teudiselo.		1 y 6 m.
550 Agila.		4.

(1) Despues de la muerte de Walia hicieron una irrupcion los vándalos en la península, y ocuparon sucesivamente el trono Gunderico y su hermano Genserico; pero siendo monarcas ilegítimos no se les incluye en la tabla como tales, conforme lo han hecho los célebres escritores Mariana y Duchesne.

Principio
de su
reinado

Duración
de cada
reinado.

554	Atanagildo.	13.
567	Liuva I.	2.
570	Leovigildo.	16.
587	Recaredo I.	14.

SIGLO VII.

601	Liuva II.	2.
603	Witerico.	6 y 6 m.
610	Gundemaro.	1 y 10 m.
612	Sisebuto.	8 y 6 m.
621	Recaredo II.	3 meses.
id.	Suintila.	9.
630	Sisenando.	6.
636	Chintila.	3 y 9 m.
640	Tulga.	2.
642	Chindasvinto.	6 y 8 m.
649	Recesvinto.	23 y 6 m.
672	Wamba.	7 y 3 m.
680	Ervigio.	7.
687	Egica.	14.

SIGLO VIII.

701	Witiza.	8.
709	Rodrigo.	3.

REYES DE ASTURIAS, DE OVIEDO,
Y DESPUÉS DE LEON.

718	Pelayo.	19.
737	Favila.	2.
759	Alonso I <i>el Católico</i>	18.
757	Fruela I.	11.
768	Aurelio.	6.
774	Silo.	9.
783	Mauregato.	6.

Principio
de su
reinado.

Duración
de cada
reinado.

789	Bermudo I <i>el Diácono</i> .	3 y 6 m.
793	Alonso II <i>el Casto</i> .	49.

SIGLO IX.

842	Ramiro I.	8.
850	Ordoño I.	16.
866	Alonso III <i>el Grande</i> .	44.

SIGLO X.

910	García.	4.
914	Ordoño II.	10.
924	Fruela II.	1 y 2 m.
925	Alonso IV <i>el Monge</i> .	5 y 6 m.
930	Ramiro II.	20.
950	Ordoño III.	5.
955	Sancho I <i>el Craso</i> .	12.
967	Ramiro III.	15.
982	Bermudo II.	17.
999	Alonso V.	28.

SIGLO XI.

1027	Bermudo III.	10.
------	--------------	-----

REYES DE CASTILLA Y DE LEON.

1037	Fernando I y Sancha.	28.
1065	Sancho II.	7.
1072	Alonso VI.	36 y 6 m.

SIGLO XII.

1109	Urraca.	17.
1126	Alonso VII.	31.

REYES PRIVATIVOS DE CASTILLA.

1157	Sancho III <i>el Deseado</i> .	1.
1158	Alonso VIII.	56.

SIGLO XIII.

1214	Enrique I.	3.
1217	Fernando III <i>el Santo</i> .	13.

REYES PRIVATIVOS DE LEON.

SIGLO XII.

1157	Fernando II.	31.
1188	Alonso IX.	42.

REYES DE CASTILLA Y DE LEON.

SIGLO XIII.

1230	Fernando III <i>el Santo</i> .	22.
1252	Alonso X <i>el Sabio</i> .	32.
1284	Sancho IV <i>el Bravo</i> .	11.
1295	Fernando IV <i>el Emplazado</i> .	17.

SIGLO XIV.

1312	Alonso XI.	38.
1350	Pedro I <i>el Cruel</i> .	19.
1369	Enrique II.	10.
1379	Juan I.	11.
1390	Enrique III.	16.

Principio
de su
reinado.

SIGLO XV.

Duración
de cada
reinado.

1406	Juan II.	47.
1454	Enrique IV.	20.
1474	Fernando V é Isabel.	5.

REYES PRIVATIVOS DE ARAGON.

SIGLO XI.

1035	Ramiro I <i>el Espúreo</i>	28.
1063	Sancho Ramirez.	31.
1094	Pedro I.	10.

SIGLO XII.

1104	Alonso I <i>el Batallador</i>	30.
1134	Ramiro II <i>el Monge</i>	3.
1137	Ramon.	25.
1162	Alonso II.	34.
1196	Pedro II <i>el Católico</i>	17.

SIGLO XIII.

1213	Jayme I <i>el Conquistador</i>	63.
1276	Pedro III.	9.
1285	Alonso III <i>el Liberal</i>	6.
1291	Jayme II.	36.

SIGLO XIV.

1327	Alonso IV.	9.
1336	Pedro IV <i>el Ceremonioso</i>	51.
1387	Juan I.	8.
1395	Martin.	15.

Principio
de su
reina to.

SIGLO XV.

Duración
de cada
reinado.

1410	Fernando.	6.
1416	Alonso V.	42.
1458	Juan II.	21.
1479	Fernando V é Isabel.	27.

SIGLO XVI.

1506	Felipe <i>el Hermoso</i>	9 meses.
1507	Fernando V, segunda vez.	5.

REYES PRIVATIVOS DE NAVARRA.

SIGLO IX.

885	García Sanchez Iñiguez.	6.
-----	---------------------------------	----

SIGLO X.

905	Sancho Garcés llamado <i>Abarca</i>	19 y 6 m.
924	García Sanchez II <i>el Trémulo</i>	46.
970	Sancho II <i>el Mayor</i>	64.

SIGLO XI.

1035	García III.	19.
1054	Sancho III.	22. (1)

(1) A pesar de haber dejado tres hijos no le sucedió en el trono ninguno de ellos, y estuvo agregada esta corona a la de Aragón desde su rey don Sancho Ramirez (Sancho IV de Navarra) hasta el reinado de don Ramiro II, llamado *el Monge*; por cuyo tiempo volvieron á hacerse independientes los navarros elijiendo por rey á don García Ramirez: se ignora el año en que principiaron á reinar los monarcas cuyas datas no se anotan.

Principio
de su
reinado.

SIGLO XII.

- 1134 García Ramirez. 16.
 1150 Sancho V. 44.
 1194 Sancho VI *el Sabio*.
 Sancho VII *el Retraido*.

SIGLO XIII.

- 1234 Teobaldo I. 19.
 1253 Teobaldo II. 17.
 1270 Enrique. 4.
 1274 Juana I. 31.

SIGLO XIV.

- 1305 Luis Utin. 11.
 1316 Carlos I *el Hermoso*.
 Juana II.
 1349 Carlos II *el Malo*. 39.
 1388 Carlos III *el Noble*. 37.

SIGLO XV.

- 1425 Juan I de Navarra y II de Ara-
 gon. 55.
 1480 Leonor. 6 meses.
 1481 Francisco Fox, llamado *Febo*. 2.
 1483 Juan y Catalina. 29.

MONARCAS ABSOLUTOS DE ESPAÑA.

SIGLO XVI.

- 1512 Fernand V. 5.

CASA DE AUSTRIA.

1517	Cárlos I de España y V Emperador de Alemania.	39.
1556	Felipe II.	42.
1598	Felipe III.	23.

SIGLO XVII.

1621	Felipe IV <i>el Grande</i>	44.
1665	Cárlos II.	35.

SIGLO XVIII.

CASA DE BORBON.

1701	Felipe V.	23.
1724	Luis I.	10 meses.
1725	Felipe V, segunda vez.	21.
1746	Fernando VI.	13.
1759	Cárlos III.	29.
1788	Cárlos IV.	20.

INDICE

de las páginas á que corresponden los sucesos mas memorables; en qué año acaecieron, y el principio de cada reinado.

<i>Situacion de España, etimología de este nombre, su ámbito y estension, sus producciones, carácter de sus habitantes, y quiénes fueron sus primeros pobladores (año 2170 antes de Jesucristo).</i>	5
<i>Dominacion de los cartajineses en España (237).</i>	9
<i>Guerra y destruccion de Sagunto (216).</i>	16
<i>Intentan los romanos dominar la España; declaran la guerra á los cartajineses; los españoles son sojuzgados alternativamente por unos y otros (210).</i>	20
<i>Dominacion de los romanos en España (201).</i>	29
<i>Viriato: sus hazañas (144).</i>	30
<i>Bloqueo de Numancia (134).</i>	35
<i>Destruccion de esta ciudad; heroica resolucion de sus moradores (133).</i>	42
<i>Sertorio: sus proezas militares (78).</i>	43
<i>Dominacion de los godos en España (año 411 despues de Jesucristo).</i>	56
<i>Ataulfo, primer rey godo.</i>	59
<i>Sigerico.</i>	<i>id.</i>
<i>Walia.</i>	60
<i>Irrupcion de los suevos, vándalos y alanos (420).</i>	<i>id.</i>
<i>Gunderico, rey vándalo.</i>	<i>id.</i>
<i>Genserico, rey vándalo.</i>	61

Teodoredo, rey godo y sucesor legítimo

<i>de Walia.</i>	61
<i>Turismundo.</i>	62
<i>Teodorico.</i>	<i>id.</i>
<i>Eurico.</i>	63
<i>Alarico.</i>	<i>id.</i>
<i>Gesaleico.</i>	64
<i>Amalarico.</i>	65
<i>Teudis.</i>	66
<i>Teudiselo.</i>	67
<i>Agila.</i>	<i>id.</i>
<i>Atanagildo.</i>	68
<i>Liuva I.</i>	<i>id.</i>
<i>Leovigildo.</i>	69
<i>Recaredo I.</i>	70
<i>Liuva II.</i>	71
<i>Witerico.</i>	<i>id.</i>
<i>Gundemaro.</i>	<i>id.</i>
<i>Sisebuto.</i>	<i>id.</i>
<i>Recaredo II.</i>	72
<i>Suintila.</i>	<i>id.</i>
<i>Sisenando.</i>	73
<i>Chintila.</i>	74
<i>Tulga.</i>	<i>id.</i>
<i>Chindasvinto.</i>	<i>id.</i>
<i>Recesvinto.</i>	75
<i>Wamba.</i>	<i>id.</i>
<i>Ervigio.</i>	78
<i>Egica.</i>	79
<i>Witiza.</i>	<i>id.</i>
<i>Rasgo eminente de patriotismo de una noble matrona de Valderas (711).</i>	81
<i>Rodrigo.</i>	82
<i>Irrupcion de los sarracenos (711); sus verdaderas causas; batalla de Jerez; traicion de los hijos de Witiza, y fin de la monarquía goda (714).</i>	83

REYES DE ASTURIAS, DE OVIEDO,
Y DESPUES DE LEON.

<i>Pelayo</i> (718) por su esfuerzo y valor reporta muchas victorias sobre los mahometanos, y funda los reinos de Oviedo y de Leon (756).	87
<i>Favila</i>	89
<i>Alonso I</i> el Católico.	id.
<i>Fruela I</i>	90
<i>Aurelio</i>	91
<i>Silo</i>	id.
<i>Mauregato</i>	id.
<i>Bermudo I</i> el Diácono.	92
<i>Alonso II</i> el Casto.	93
<i>Ramiro I</i>	94
<i>Ordoño I</i>	96
<i>Alonso III</i> el Grande.	id.
<i>García</i>	99
<i>Ordoño II</i>	id.
<i>Fruela II</i>	101
<i>Alonso IV</i> el Monge.	102
<i>Ramiro II</i>	id.
<i>Ordoño III</i>	104
<i>Sancho I</i> el Craso.	105
<i>Heroicidad de la infanta doña Sancha, esposa del conde Fernan-Gonzalez</i> (965).	108
<i>Ramiro III</i>	110
<i>Bermudo II</i>	111
<i>Alonso V</i>	113
<i>Bermudo III</i>	115

REYES DE CASTILLA Y DE LEON.

<i>Fernando I y Sancha</i>	118
<i>Sancho II</i>	124
<i>Alonso VI</i>	127

<i>Urraca.</i>	133
<i>Alonso VII.</i>	134

REYES PRIVATIVOS DE CASTILLA.

<i>Sancho III el Deseado.</i>	135
<i>Alonso VIII.</i>	139
<i>Memorable batalla de las Navas de Tolosa (1212).</i>	140
<i>Enrique I.</i>	141
<i>Fernando III el Santo. Abdica en él la corona de Castilla su madre doña Berenguela (1217).</i>	142

REYES PRIVATIVOS DE LEON HASTA SU INCORPORACION A LA CORONA DE CASTILLA.

<i>Fernando II.</i>	144
<i>Alonso IX.</i>	146

REYES DE CASTILLA Y DE LEON.

<i>Continuacion del reinado de Fernando III el Santo; incorporase la corona de Leon á la de Castilla.</i>	149
<i>Conquista de Córdoba (1236).</i>	150
<i>Id. de Jaen (1244).</i>	152
<i>Id. de Granada (1245).</i>	153
<i>Id. de Sevilla (1248).</i>	id.
<i>Intenta incorporarse en la Cruzada contra la Tierra Santa, pero la muerte ataja sus proyectos; sus virtudes le hacen digno de nuestra veneracion en los altares (1252).</i>	154
<i>Alonso X el Sabio: formó el código de las siete Partidas (1260).</i>	155
<i>Sancho IV el Bravo.</i>	171

<i>Sitio de Tarifa: heroicidad de don Alonso</i>	
<i>Perez de Guzman el Bueno (1292).</i>	177
<i>Fernando IV el Emplazado.</i>	179
<i>Conquista de Jibraltar; desgraciada muerte de Guzman el Bueno (1309).</i>	184
<i>Injusticia é inhumanidad de don Fernando con los Carvajales; su emplazamiento ante el tribunal del Juez eterno; muerte al cumplirse el plazo (1312).</i>	<i>id.</i>
<i>Alonso XI.</i>	185
<i>Pedro I el Cruel.</i>	204
<i>Enrique II.</i>	230
<i>Juan I.</i>	235
<i>Memorable y desgraciada batalla de Aljubarrota; jenerosidad de Pedro Gonzalez de Mendoza (1385).</i>	240
<i>Enrique III.</i>	242
<i>Juan II.</i>	248
<i>Privanza de don Alvaro de Luna (1420).</i>	251
<i>Don Alvaro es preso y condenado á muerte (1453).</i>	268
<i>Enrique IV.</i>	270
<i>A su muerte se declara el reino por don Fernando y doña Isabel.</i>	281

REYES PRIVATIVOS DE ARAGON HASTA LA INCORPORACION DE ESTA CORONA A LA DE CASTILLA.

<i>Ramiro I el Espúreo.</i>	287
<i>Sancho Ramirez.</i>	<i>id.</i>
<i>Pedro I.</i>	<i>id.</i>
<i>Alonso I el Batallador.</i>	288
<i>Ramiro II el Monge.</i>	290
<i>Ramon.</i>	<i>id.</i>
<i>Alonso II.</i>	292

<i>Pedro II el Católico.</i>	293
<i>Jayme I el Conquistador.</i>	294
<i>Conquista de Valencia.</i>	297
<i>Pedro III.</i>	300
<i>Alonso III el Liberal.</i>	306
<i>Jayme II.</i>	308
<i>Alonso IV.</i>	310
<i>Pedro IV el Ceremonioso.</i>	312
<i>Juan I.</i>	316
<i>Martín.</i>	317
<i>Fernando.</i>	320
<i>Alonso V.</i>	321
<i>Juan II.</i>	325
<i>Continuación del reinado de los reyes Ca- tólicos don Fernando y doña Isabel.</i>	331
<i>Sorpresa de Alhama; hazaña de Juan de Ortega y sus compañeros (1482).</i>	333
<i>Conquista de Granada (1492).</i>	334
<i>Descubrimiento del nuevo mundo por Cris- tobal Colon (1492).</i>	342
<i>Felipe el Hermoso.</i>	347
<i>Continúa el reinado de don Fernando el Católico, después de la muerte de su es- posa la reina doña Isabel.</i>	354

REYES PRIVATIVOS DE NAVARRA HASTA LA IN-
CORPORACION DE ESTA CORONA A LA DE
CASTILLA,

<i>García Sanchez Iñiguez.</i>	361
<i>Sancho Garcés, llamado Abarca.</i>	<i>id.</i>
<i>García Sanchez II el Trémulo.</i>	362
<i>Sancho II el Mayor.</i>	<i>id.</i>
<i>García III.</i>	363
<i>Sancho III.</i>	364
<i>Desmembración y repartimiento de la Na-</i>	

<i>varra entre el rey de Aragon don Sancho Ramirez (Sancho IV de Navarra) y don Alonso VI de Castilla (1076).</i>	365
<i>Sacuden los navarros el yugo, y elijen á don Garcia Ramirez (1134).</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho V.</i>	366
<i>Sancho VI el Sabio, y Sancho VII el Fuerte ó el Retraido.</i>	<i>id.</i>
<i>Teobaldo I.</i>	367
<i>Teobaldo II.</i>	368
<i>Enrique.</i>	369
<i>Juana I.</i>	<i>id.</i>
<i>Luis Utin.</i>	370
<i>Cárlos I el Hermoso.</i>	<i>id.</i>
<i>Juana II.</i>	371
<i>Cárlos II el Malo.</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos III el Noble.</i>	372
<i>Juan I de Navarra y II de Aragon.</i>	373
<i>Leonor.</i>	382
<i>Francisco Fox, llamado Febo.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan y Catalina.</i>	383

MONARCAS ABSOLUTOS DE ESPAÑA.

<i>Conclusion del reinado de don Fernando el Católico.</i>	387
<i>Cárlos I de España y V Emperador de Alemania.</i>	389
<i>Oríjen de la guerra de las Comunidades de Castilla (1520).</i>	392
<i>Batalla de Villalar; prision y muerte de los principales jefes de los comuneros; obstinacion de Toledo en no rendirse; heroismo de doña María de Pacheco que la defendia; capitulacion de los comuneros toledanos y conclusion de esta guerra (1525).</i>	396
<i>Batalla de Pavía, en la cual quedó pri-</i>	

<i>sionero Francisco I, rey de Francia</i> (1525).	400
<i>Muerte del célebre poeta Garcilaso de la Vega</i> (1536).	408
<i>Felipe II.</i>	416
<i>Memorable jornada de san Quintin</i> (1557); <i>ereccion del célebre templo del Monasterio del Escorial</i> (1563).	417
<i>Oríjen y principios de la guerra de Flandes</i> (1559).	419
<i>Gloriosa batalla de Lepanto</i> (1571).	431
<i>Heróica defensa de Túnez por don Pedro Portocarrero</i> (1574).	432
<i>Invasion de los ingleses en las costas de Galicia; asalto de la Coruña; valerosa defensa de sus moradores y heroica accion de una gallega</i> (1589).	437
<i>Felipe III.</i>	445
<i>Espulsion de los moriscos</i> (1609).	450
<i>Felipe IV el Grande.</i>	453
<i>Rebelion de Portugal y sus causas; hácese independiente</i> (1647).	460
<i>Felipe IV reconoce la independenciam de la república de Holanda</i> (1648).	463
<i>Cárlos II.</i>	467
<i>Felipe V.</i>	485
<i>Memorable victoria en las llanuras de Almansa</i> (1707).	494
<i>Batallas de Brihuega y Villaviciosa</i> (1710).	498
<i>Abdica la corona en su hijo Luis I</i> (1724); <i>prematura muerte de este jóven príncipe; vuelve su augusto padre á encargarse del reino</i> (1725).	508
<i>Fernando VI.</i>	525
<i>Cárlos III.</i>	530
<i>Espulsion de los Jesuitas</i> (1767).	541
<i>Conquista de Menorca</i> (1782).	554
<i>Sitio de Jibraltar</i> (1782).	555
<i>Sensible pérdida de tan digno Monarca.</i>	564





00001189903

L.T.
3265

UNED